

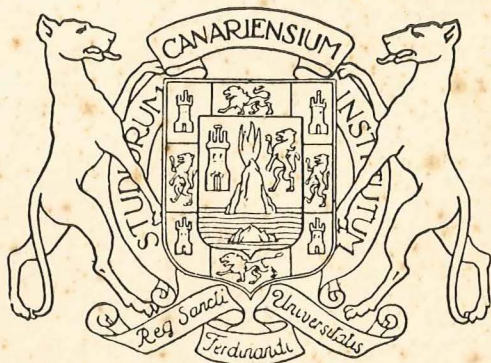
BUENAVENTURA BONNET Y REVERÓN

Fondo Elias Serra Rafols.

LAS CANARIAS Y LA CONQUISTA
FRANCO-NORMANDA

II

GADIFER DE LA SALLE



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

LA LAGUNA DE TENERIFE

1954
1953

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

LAS CANARIAS Y LA CONQUISTA FRANCO-NORMANDA

II

GADIFER DE LA SALLE

INSTITUTO DE
ESTUDIOS CAROLIS



LA LAGUNA - TENERIFE

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

MONOGRAFIAS

SECCIÓN I: CIENCIAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

VOLUMEN X (5 DE LA SEC. I)

929 Salle, Gadifer de la

E.S.R. 106

Fondo Elias Serra Rafols.

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

LAS CANARIAS Y LA CONQUISTA
FRANCO - NORMANDA

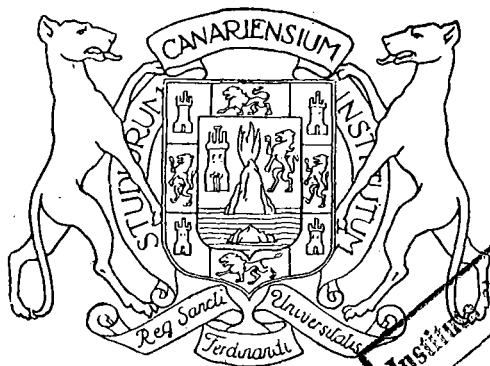
II

Gadifer de la Salle

(Estudio crítico)

POR

BUENAVENTURA BONNET Y REVERÓN



Instituto de Estudios Canarios

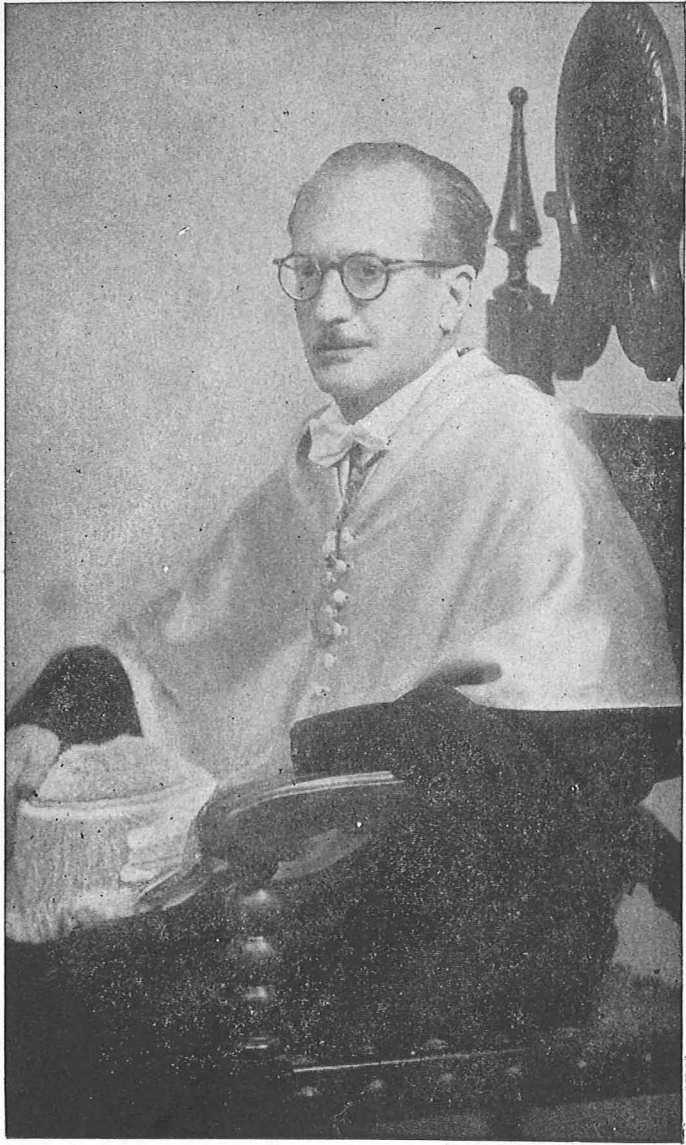
BIBLIOTECA

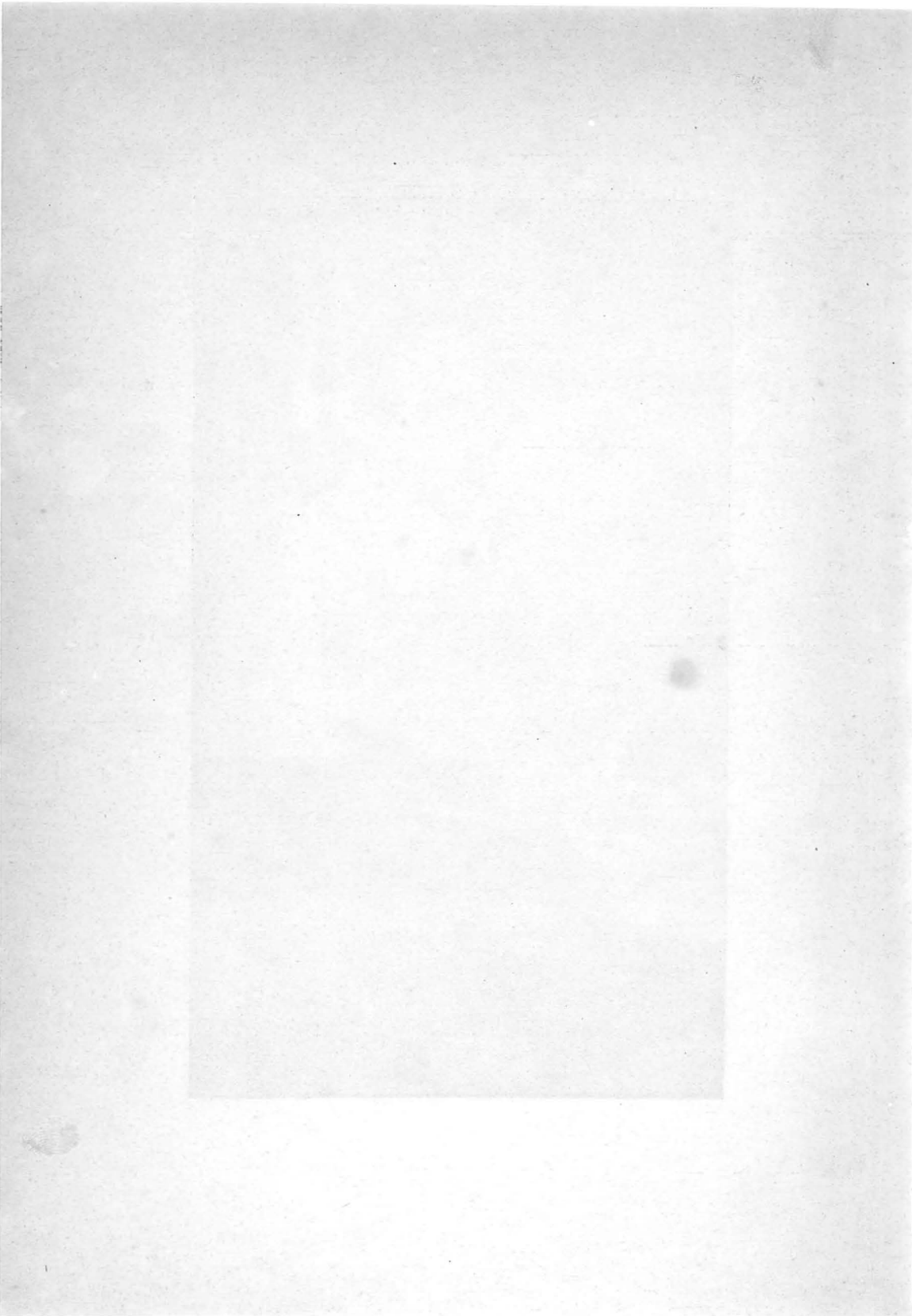
R.2273

LA LAGUNA DE TENERIFE

1954

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1954





LA FIGURA Y LA OBRA DEL HISTORIADOR
BUENAVENTURA BONNET
1883 - 1951

El historiador Bonnet ha sido uno de los más destacados impulsores de la renovada actividad de los estudios históricos en Canarias. En tres aspectos distintos contribuyó de modo destacadísimo a impulsar estos estudios: como autor de extraordinaria fecundidad que aportó su obra personal a este trabajo que, afortunadamente, ha venido a ser colectivo; como crítico de inflexible exigencia y audacia que apartó, con su autoridad, de este campo de estudio a tantos indocumentados; en fin, como entusiasta divulgador del pasado desde las columnas de la prensa diaria o de cualquier lugar ocasional de publicidad. Su papel en el grupo limitado de los que hemos cultivado la historia canaria a lo largo del segundo cuarto de este siglo, fué tan destacado que alcanzó a ser el más asiduo colaborador de «Revista de Historia», órgano ordinario de expresión del mencionado grupo, y de la que fué director en un largo período de sus primeros tiempos (1924-27); ello sin perjuicio de publicar también a menudo en «El Museo Canario» de Las Palmas de Gran Canaria y, últimamente, en «Revista de Indias», de Madrid. En el seno de las entidades científicas, su presencia activa fué constante, en este INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS fué uno de los fundadores, siempre directivo, y en su catálogo de publicaciones figura su nombre repetidamente; en la Real Sociedad Económica de Tenerife, su labor le alcanzó justamente la categoría de miembro de honor, y la entidad le publicó su más destacada obra histórica. Pero, además

habló, siempre con la misma orientación concordante, desde todas las tribunas isleñas y escribió en todas las publicaciones, diarias o esporádicas, y ello con trabajos de calidad no inferior a los destinados a páginas más permanentes.

Sus artículos en determinadas fechas conmemorativas o de celebración periódica, eran desde muchos años un elemento indispensable y, aún después de su fallecimiento han persistido mediante reproducciones de trabajos anteriores, recurso al que nunca apelaba él en sus contribuciones directas.

Y, con todo, esto apenas puede dar una idea del vacío que ha dejado en los estudios históricos de Canarias, la muerte reciente del historiador Buenaventura Bonnet, pues su labor trascendía más allá de los escritos redactados personalmente, para manifestarse muy a menudo, a través de discusiones previas o de datos suministrados, en los trabajos de otros colaboradores de la misma empresa.

Para nosotros personalmente Bonnet era todavía mucho más: era un amigo constante y un maestro insustituible. Cuando, transcurridos algunos años ya de nuestra entrada en el claustro universitario de La Laguna, se fué concretando nuestro interés permanente por la historia insular, esta atracción se produjo indudablemente a través de las conversaciones con nuestro entonces reciente amigo y los estímulos de trabajo que él nos proponía. Sin duda comprendimos ambos que podíamos ayudarnos mutuamente. Creemos que las reflexiones amistosas del que suscribe fueron parte para alejar a Bonnet de temas inasequibles, en los que por entonces esterilizaba su labor, como aquellos de los remotos antecedentes orientales de la primitiva población canaria, para venir a atender a la historia stricto sensu; por nuestra parte admiramos enseguida en Bonnet la exigencia crítica con que salió por entonces a la palestra pública pidiendo la anulación, que consiguió, de cierto librito de pseudo historia de un tal señor Utrera, librito que por cierto había sido nuestra primera adquisición, no muy acertada, de bibliografía canaria. Sólo gracias a Bonnet pudimos rápidamente esquivar estos escollos y movernos con seguridad en el complicado laberinto de la producción historiográfica local. Y esto, conocer la labor positiva ya realizada por otros, era y es el trámite previo para laborar en cualquier campo histórico y aun científico en general. Una amistad y una colaboración de más de veinte años, no sujeta a vicisitudes—a di-

ferencia de la relación de otros estudiosos con el mismo Bonnet—, a prueba de discrepancias de interpretación en tal o cual tema concreto, no puede extinguirse sin dejar huella, una huella muy íntima que, por lo mismo, sólo siente la propia alma y no interese a los demás. En lo que sigue procuraremos, al contrario, apartar de nuestro espíritu estos afectos y sólo tratar de sugerir al lector el positivo valor del historiador Buenaventura Bonnet y Reverón, que la muerte inexorable ha arrebatado a la escuela histórica canaria.

*
**

Buenaventura Bonnet y Reverón nació en Santa Cruz de Tenerife el 17 de julio de 1883, hijo de un activo industrial tipógrafo y periodista establecido en la calle de San Francisco, D. Abelardo Bonnet y Torrente. Aunque creemos poco en el interés de las oriúndeces lejanas, precisaremos que descendía de una familia de escribanos catalanes de origen francés como indica la ortografía de su apellido. Por su madre D.^a Paulina Reverón y Baute, Buenaventura Bonnet se enorgullecía de su ascendencia guanche. En su niñez, Buenaventura colaboró con su padre y hermanos en la industria familiar; pero, destacada su aplicación desde la escuela primaria, cursó el bachillerato pensionado por el ayuntamiento de su ciudad. Ganó luego el grado de Maestro Elemental y, en oposiciones lucidas, en las que obtuvo el número 1, alcanzó plaza en propiedad en su carrera y fué destinado a Candelaria. A la sombra de la Patrona de Canarias se concretaron sus aficiones históricas, pues él fué quien examinó por primera vez los restos semiabandonados del archivo conventual del santuario y halló entre ellos el interesante pleito que los naturales, que guardaban allí su personalidad étnica en pleno siglo XVII, sostuvieron con los señores del Cabildo que pretendían desposeerles de los privilegios de que gozaban tradicionalmente en el culto de la Sagrada Imagen. Documento, por cierto, que vino poco después a manos del publicista don Manuel de Ossuna Van den Heede, en cuyo poder lo consultó el venerable historiador Rodríguez Moure para extractarlo en su obra sobre Candelaria (1915).

Al crearse una plaza de oficial administrativo en la Sección Provincial de Instrucción Pública el joven maestro de Cande-

laria la obtuvo también por oposición (1905). Esta plaza le abrió la puerta de la escala del servicio administrativo del Estado, profesión que, notablemente mejorada más tarde, desempeñó con competencia y probidad hasta su fallecimiento, en 11 de octubre de 1951. En ella alcanzó la categoría de Jefe de Administración Civil de Primera Clase y estaba próximo a ascender a Jefe Superior de Administración.

Sin abandonar, naturalmente, su profesión, inició estudios superiores, más en consonancia con su vocación y talento. En Sevilla cursó como alumno libre la licenciatura en Filosofía y Letras, y con tal motivo hizo frecuentes y a veces prolongadas permanencias en la capital andaluza. También alcanzó el grado superior en el Magisterio, en Barcelona y en Las Palmas (1913). Pero fué en Sevilla en donde se formó su especial afición por los temas artísticos, bajo la orientación de su mejor maestro el catedrático don Francisco Murillo Herrera; allí también fué donde hizo su primer ensayo en este campo al publicar en el diario «El Noticiero», del 30-VII-1917, un estudio, titulado *La Virgen de la Salud*, de la imagen llamada la Virgen Canaria, por haber sido la especial devoción de los nativos expulsados de Gran Canaria y confinados en un barrio extramuros de la ciudad andaluza. Estaba en la iglesia de San Isidoro y ha perecido la Efigie en tiempos recientes.

Para acabar de reseñar la carrera académica de Buenaventura Bonnet diremos que ya licenciado ingresó de Ayudante del Instituto de Segunda Enseñanza de La Laguna en 1920, alcanzó la situación de Auxiliar numerario en 1932 en el mismo, luego en el de Santa Cruz. Más tarde, al crearse la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad (1940), formó en su profesorado, claro que con carácter provisional. Fuimos nosotros quienes entonces le incitamos a coronar sus estudios oficiales con el grado de Doctor, que había merecido sobradamente sin licitarlo y que esperábamos le daría neta preferencia en su situación interina. Con gran brillantez alcanzó la borla en Madrid, ante el tribunal presidido por el inolvidable don Antonio Ballesteros Beretta (diciembre de 1944), con quien y con su colega don Ciriaco Pérez Bustamante ligó desde entonces buena amistad.

Paralelamente a esta carrera académica oficial desarrolló otra que podríamos llamar privada, no menos valiosa y brillante. Inició su actividad periodística con el artículo *La muerte de*

Tinguaro en el «Diario de Tenerife» de 25-V-1912; su primera conferencia en 1912 en el Ateneo de Santa Cruz, siendo secretario de la Sección de Letras, de dicha Sociedad, fué sobre *La literatura heroica castellana y el lirismo provenzal*. Ya dijimos que desde 1924 fué director de «Revista de Historia» hasta 1927, inclusive, y luego y siempre el más fiel colaborador; al crearse en 1932 el Instituto de Estudios Canarios, fué uno de sus miembros fundadores y secretario de su Sección de Historia; miembro de mérito de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife (21 de enero de 1951), en cuyos concursos literarios, así como en otros organizados por diversas entidades, fué repetidamente premiado; vocal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro de su Delegación en Canarias, desde que se constituyó ésta. Miembro de Mérito de la Sociedad Española de Arqueología. En fin, Académico correspondiente de la de la Historia, nombrado en sesión del 6 de junio de 1947. Ultimamente el Exce-lentísimo Cabildo Insular le había asignado una beca en reconocimiento a los merecimientos de su investigación constante.

*
* *

Dar una visión, siquiera sea sumaria, de la labor de historiador y escritor de Buenaventura Bonnet es tarea difícilísima. No ya por la ingente cantidad de piezas de que se compone, ni aún por lo dispersas que se hallan por cualquier parte, sino por el especial carácter de muchas de ellas, que, si unas veces pueden estimarse independientes, otras son meras continuaciones o renovaciones de otras anteriores. En efecto, debemos insistir en las tendencias que dominaron en la labor científica de nuestro difunto amigo. Bonnet fué como historiador, ante todo, un crítico, en el más valioso sentido de la palabra, y un divulgador, mejor diríamos un propagandista.

En una primera época de su labor pública le atrajeron preferentemente los temas de crítica de arte, en los que trató de aplicar a casos concretos canarios los principios abstractos recién aprendidos en las aulas de Sevilla, intento en el cual, según nuestro modesto juicio de imperitos, no le acompañó siempre la suerte. Enfocó después temas de excesiva envergadura, en los que sólo la dialéctica y las variadas lecturas po-

dían lucirse; pero cuando regresó al terreno de la historia positiva lo hizo provisto no sólo de un vasto conocimiento de la documentación disponible; sino de un acerado espíritu de duda sistemática, de comprobación, de exigencia en acudir a las fuentes originales. Algunos de estos trabajos fueron concretamente de censura para improvisaciones históricas, sin siquiera méritos literarios; la mayoría se refirieron a episodios de nuestra historia insular de los más sonados, esparcidos desde las primeras navegaciones y exploraciones navales de las Islas hasta la fundación y organización de sus ciudades cristianas, incluyendo por tanto toda la conquista; temas, cómo se ve, nada nuevos en las plumas de nuestros historiadores locales. Pero Bonnet, por primera vez en la mayoría de los casos, los estudia desde un nuevo ángulo; no se trata ya de nuevas exaltaciones patriótico-sentimentales de recuerdos locales, sino que la preocupación del autor se centra en la cuidadosa revisión de las fuentes y la tradición de ellas en los autores, para llegar casi siempre, por un mejor aprovechamiento de materiales conocidos pero a menudo olvidados y por exclusión de mixtificaciones gratuitas, a una reconstrucción nueva y mejor del episodio escogido. Como se ve, labor ante todo de crítica histórica. También es frecuente y muy natural en esta actitud revisionista del autor que el estudio no se refiera a un episodio histórico, sino que se cifa a una fuente: una crónica, una relación de viajes, un documento tocantes a nuestra historia, campo propio de la heurística, en el cual consigue sólidos triunfos.

Esta labor es persistente y de una manera natural, casi espontánea, da lugar con el tiempo a conjuntos de estudios coordinados, que ya con ligero esfuerzo, en la última etapa de la vida científica de Bonnet, se convertían en libros, no todos publicados ni elaborados todavía en esa forma cuando le sorprendió el siempre inesperado fin. *U*mas veces nos ha dejado, *rt* pues, el estudio de un período histórico entero, otras la de un personaje o de una institución, otras veces los materiales completos para una síntesis de este tipo.

El valor científico de esa obra de conjunto es positivo. Puede decirse que ha abolido el tratamiento ligero, acostumbrado en la historia local canaria, y que ya nadie se atreve a *movella* sin estar con la crítica a prueba. Este ha sido un beneficio inmenso que Bonnet ha dejado en el coto de la historia canaria. Y ello con independencia de que las conclusiones de sus estu-

dios críticos fuesen o no, siempre, del todo acertadas. Algunas veces interpretó mal un dato o un documento, otras se deslizó por la pendiente misma a que sometía todo conocimiento histórico y cayó de lleno en la hipercrítica, rechazó hechos reales simplemente porque eran admitidos por todos sin discusión; ejemplo de esto fué su estudio, de otro lado tan interesante para comprender a Viera, acerca de los menceyes de Tenerife. De lo primero, una mala interpretación de palabras de Abreu Galindo sobre la soberanía de Nápoles en Aviñón, que él trasladó a Canarias (1) —si bien el culpable del deslíz fué Marín y Cubas, a quien Bonnet siguió demasiado confiado, contra su hábito—. En fin, no deja de haber otros casos en que el deseo de obtener resultados nuevos le hace aventurarse demasiado y presentar lo probable o posible por seguro, como en el caso de la lepra de Béthencourt. Todo ello son lunares insignificantes ante una obra ingente de revisión histórica, tan necesaria.

Pero decíamos arriba que Bonnet fué también un propagandista y apuntábamos que ello hace difícil la reunión ordenada de sus obras. Si Bonnet con su exigencia crítica consiguió alejar del campo de la historia a muchos malos aficionados, también supo evitar el peligro que ello significaba de desinteresar al gran público del conocimiento, tan apasionante, de nuestro pasado. Con una constancia sólo comparable a la que puso en su labor crítica, llenó las columnas de toda clase de prensa diaria o eventual con artículos de entusiasta comentario de los hechos gloriosos o luctuosos del pasado o de exaltación de nuestra riqueza artística o tradicional. El, junto sin duda con otros publicistas menos fecundos, llegó a hacer habituales de todas las fechas solemnes de la vida canaria los artículos periodísticos, presentando algún aspecto histórico de esta vida; comparando el pasado con el presente o evocando los remotos orígenes de las cosas nuevas. Por esto un mismo tema es tratado por Bonnet infinitas veces, sin apenas repetirse; a los cambios de enfoque une, en el aspecto científico, cada vez algún nuevo dato, alguna nueva sugerencia, y en lo

(1) Abreu, cap. VII, párrafo 1.º «D. Luis de la Cerda... para ir en demanda de las islas Fortunadas, por concesión que de ellas le había hecho el Papa Clemente VI, francés de nación, que a esta sazón estaba en Aviñón tomando posesión de ella, que se la había dado, [la ciudad de Aviñón] la reina doña Juana de Nápoles, cuya era...»

literario ya se resume, ya se extiende con morosa citación de fuentes y de autores que trataron antes la cuestión. Es difícil decir si tal o cual artículo es la forma definitiva que al asunto reservaba el autor.

En fin, la actividad histórica polifacética de Bonnet, si a nuestro juicio tomó esos dos aspectos característicos, crítica y difusión, alcanzó todavía otros. Su curiosidad, con el denominador común de lo canario, era tan vasta, que no vaciló en penetrar repetidamente en la antropología más estricta o en la etnografía, y a veces con considerable acierto; en la bibliografía, la biografía moderna, el americanismo, la genealogía. Materia esta última tan habitual a la mayoría de los historiadores canarios, le atrajo a él en cambio de forma muy episódica. Precisamente en los primeros años de «Revista de Historia», cuando los genealogistas acaparaban sus páginas con copudos árboles y entronques inacabables, los artículos de Bonnet, perdidos en medio de ese inmenso bosque, son los únicos que permiten al raro lector descansar a veces la vista por espacios más abiertos. Este solo detalle permite entrever ya la novedad que Bonnet representaba en la historiografía canaria.

Pero, en fin, el trabajo directo en las fuentes históricas inéditas, en los archivos—que a algunos nos parece la labor principal del historiador—, si no fué la forma habitual en que trabajó Bonnet, tampoco le fué ajena y, al fin de su carrera científica, dió uno de sus más maduros frutos. Hemos recordado que su vocación se manifestó por primera vez ante los papeles de un archivo deshecho. Luego se procuró a menudo documentos de varia procedencia y los manuscritos le atrajeron como los impresos—nuestro primer trabajo mayor en historia canaria fué una colaboración con él en la publicación de una crónica manuscrita, y la iniciativa fué suya—; en fin, su mayor obra, *La Junta Suprema de Canarias*, se basa esencialmente en material inédito, estudiado y puesto a la luz por su diligencia.

Intentaremos ahora dar una relación sumaria de esta labor ingente y dispersa de Bonnet, presentando sus trabajos no cronológicamente, sino por temas o materias afines.

*
* *

Como dijimos, sus primeros estudios originales se refirieron

ron a temas de arte histórico y en ellos persistió Bonnet en todo tiempo y con evidente progreso en los posteriores, cuando dedica una laudable atención a la documentación de las obras, que al principio descuidaba hasta el punto de que al ocuparse, precisamente en el primer número de «Revista de Historia», del Santo Cristo de Tacoronte, el editor no pudo menos que añadir por nota las más elementales noticias históricas del mismo, que el autor silenciaba (*Nuestros viejos Cristos. El Señor de Tacoronte*, «Revista de Historia», I, 1924, pág. 16). De este mismo tema trató luego otras veces, y ya con amplitud de datos: «Gaceta de Tenerife», 29 marzo de 1934; «Amanecer», 26 de septiembre 1937...

Anterior, como adelantamos, fué su nota sobre la Virgen Canaria, de Sevilla, que solo conocemos de referencia; artículos sobre un cuadro de Santa Ana, de Roelas, en el trascoro de la catedral de Las Palmas; sobre piezas del Museo Municipal de Arte de Santa Cruz (*La perla de nuestro Museo*, «Diario de Tenerife», 28-XII-1912; el supuesto Boabdil atribuido a Rincón; un Jordaens, «Diario de Tenerife», 4-V-1914); también una serie de ellos sobre *La Pintura Canaria* en «Diario de Tenerife», 23-IX-1913, 2 y 21-I-1914 y 16-IV-1914. Estudió, desde luego, la imagen tan venerada del Santísimo Cristo de La Laguna, especialmente en «Gaceta de Tenerife», 14-IX-1933, pero también en «La Prensa», 14-IX-1932, «La Tarde», 13-IX-1930, «Amanecer», 14-IV-1938 y en fin en «El Día», 14-IX-1951, escrito semanas antes de morir.

Mencionemos todavía, entre los artículos de estudio o divulgación artísticos: *Santa María de Gracia*, «La Prensa», 7-VIII-1920 y ss.; *Luján Pérez*, «Diario de Tenerife», 1 y 16-IV-1931; *El primer templo de Santa Cruz y las transformaciones que sufrió*, «La Prensa», 28-V-1933; *La Semana Santa en La Laguna*, 13-IV-1938; *Los pasos de nuestra Semana Santa*, «El Día», 1940; *Notas sobre algunos templos e imágenes sagradas de Lanzarote y Fuerteventura*, «Revista de Historia», VIII-1942, pág. 183 y ss.; *La Virgen del Socorro de Tegueste*, «La Tarde», 9-VII-1942; *Santa Catalina de la Catedral de Las Palmas*, «La Tarde», XV, 1949, pág. 98 y ss.

Entre los trabajos puramente críticos mencionemos los justos ataques a la Historia de Canarias del Sr. Utrera Cabezas, «La Prensa», III 1927 y al folleto *Canarias* de la «Enciclopedia Gráfica Cervantes», «La Prensa», VIII-1930; contra estimacio-

nes de D. Dacio V. Darías en su *Breve Resumen* tocantes a las crónicas de la conquista de Gran Canaria, «La Tarde», 5 y 10-IX-1934; y también incluiremos en ese grupo el más famoso: *El mito de los nueve Menceyes*, publicado en «Revista de Historia», VI, 1938, pág. 33 y ss., pues lo que en él hay de más positivo es el estudio crítico de Viera y de sus antecesores, en este tema concreto. Bonnet demostró por primera vez que nuestro gran historiador, si supo aplicar su aguda crítica de buen sentido a la historia moderna, no supo o no quiso extenderla a la de nuestros aborígenes, para los cuales, como para los héroes aqueos, la crítica histórica no regía en su concepto.

Entre los temas históricos por él revisados con fortuna hay que citar todos los de los viajes pre-bethencúricos a Canarias: ya en «La Prensa», febrero de 1929 y luego en «Revista de Historia», VII, 1941, pág. 288 y ss., VIII, 1942, pág. 38 y ss., IX, 1943, pág. 112 y ss., X, 1944, 326, XI, 1945, pág. 186 y ss.; trabajos todos que, reunidos y añadidos sobre todo con el capítulo *Viajes apócrifos*, constituyeron su tesis doctoral: *Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV*, que fué publicada en «Revista de Indias», de Madrid, en 1944 y 1945 y en copiosa separata.

No menos atención prestó al propio barón normando. Ya en «La Prensa», 25 y 26-III-1936 abordó este tema, que siguió cultivando a través de sus estudios del *Canarien* y que culminó en su precioso libro *Juan de Béthencourt*, Instituto de Estudios Canarios, 1944, primero de una serie de tres en su pensamiento, de los cuales el último, consagrado al estudio de la crónica citada, ha sido impreso recientemente por «Revista de Indias», IX, 1949 (publ. 1951), págs. 669-729, y el segundo que permanecía todavía inédito, es el presente estudio de Gadifer de la Salle, el desafortunado compañero del normando, con cuya publicación salda el Instituto de Estudios Canarios una deuda de honor contraída hace largos años con el autor de la mejor biografía de Bethencourt.

Los episodios de la conquista de Gran Canaria le atrajeron, desde que publicó, con quien esto escribe, una de sus crónicas inéditas. Puso en claro el paso de Colón por la isla en su primer viaje, y sus conclusiones han coincidido con las de los más ilustres historiadores que han tratado el asunto posteriormente («Revista de Historia», IV, 1930, n.º 28); trató de los mártires dominicos (Id., VIII, 1942, pág. 67); de la fecha de la

proclamación de su conquista (Id., XIII, 1947, págs. 62 y 358), de la figura de *Diego de Silva* («El Museo Canario», VII, 1946 y VIII, 1947, publicado en 1951).

De historia gomera trató en *El condado de Guillén Peraza* («Revista de Historia», VI, 1945, pág. 132) y en *La sentencia que declaró libres a los gomeros esclavizados por Pedro de Vera* (Id., XIII, 1947, pág. 554). Y naturalmente más trabajó en la de Tenerife. Nuestra Candelaria, junto a la cual se despertó su vocación de historiador, fué objeto de muchísimos escritos de Bonnet. Prescindiendo de aquellos más bien tocantes a su historiador P. Espinosa, que luego mencionaremos, la imagen, su culto histórico y legendario, su misteriosa aparición dieron lugar a trabajos de gran interés, casi desconocidos, extraviados como se hallan en la prensa diaria: Ya en enero de 1917 publicaba en «Diario de Tenerife» el artículo *La Virgen de Candelaria, su origen y antigüedad*; en 1924, en «Gaceta de Tenerife», insistía sobre el mismo tema; luego *Leyenda e Historia. La Virgen de Candelaria y Antón el Guanche*, en «La Tarde», 14-VIII-1930; *Leyenda, Arte y Fe. La Virgen de Candelaria*, «El Día», 14 y 15-VIII-1941; *Iconología y Epigrafiología. La Virgen de Candelaria*, «El Día», 15-VIII-1943; *La aparición de la Virgen de Candelaria*, «El Día», 15-VIII-1946; *La Virgen de Candelaria y los guanches*, «El Día», 2-II-1950; *De nuestro pasado. La Virgen de Candelaria*, «El Día», 15-VIII-1950 (1). También puso en claro la existencia de la antigua cofradía y su distintivo: *La medalla de la Virgen de Candelaria*, «El Día», 15-VIII-1948; y *La Virgen de Candelaria y Hernán Cortés*, «Revista de Historia», XIV, 1948, pág. 61.

De la conquista militar de la isla, de sus episodios y del gobierno del adelantado Alonso de Lugo trató en infinitas ocasiones: *Una fecha memorable. El dos de noviembre de 1494*, «La Tarde», 3-XI-1930; *Traición a los guanches después de la batalla de Acentejo*, «Revista de Historia», V, 1932, pág. 115; sobre lo mismo, *La perfidia de Lugo, los guanches y el alemán Münzer*, «La Prensa», 21-VII-1933; *Bencomo o Benitomo, Bensor y Archajuaga*, «La Tarde», VI-1932; *Alonso Fernández de Lugo y sus conquistas en Africa*, «Revista de Historia», V, 1933,

(1) Varios de estos estudios formando serie han sido reproducidos como introducción a la nueva y cuidada edición de la obra del P. Espinosa, llevada a cabo por Goya Ediciones, de Santa Cruz de Tenerife.

pág. 138; acerca de este tema, también en «La Prensa», 8 a 10-XI-1933: *Una carta de rendición del primer Adelantado*, «Revista de Historia», VI, 1938, núm. 45; *Jorge Grimón y la rendición del Sur de Tenerife*, Idem, VI, 1938, núm. 41; *La batalla de La Laguna*, Idem, XIV, 1948, pág. 267; *La Conquista de Tenerife*, «El Día», 3-V-1947; *La rendición de Tenerife. Dos fechas memorables*, «El Día», 29-9-1948; *La lápida del Adelantado don Alonso Fernández de Lugo*, «La tarde», 1-X-1942; reseña de *Acuerdos del Cabildo de Tenerife, I*, en la que dió noticias de abusos de poder de Lugo y sus delegados contra los guanches, «Revista de Historia», XV, 1949, pág. 436; *Lugo y los mercaderes genoveses*, Idem, XVI, 1950, pág. 248; *La Cruz de la Conquista*, «El Día», 3-5-51; *Fundación de La Laguna*, «El Día», 27-VII-51; *Las antiguas ordenanzas de la Isla de Tenerife*, «La Prensa», 19 y 20-X-1935, con ocasión de la obra del mismo título, del Dr. José Peraza. En relación al culto de la sagrada imágen del Señor de La Laguna, estudió la fundación franciscana que la custodia y la cofradía que la venera: *Cuatro siglos de fe y religión. La Venerable Esclavitud del Santísimo Cristo de La Laguna. La cofradía más antigua de Canarins*, extenso trabajo publicado en «El Día», 13-IX-1942, que no es todo lo que sobre su tema tenía trabajado Bonnet (1); *El convento de San Miguel de las Victorias. La fundación más antigua de la Orden franciscana en Tenerife*, «El Día», 14-IX-1945; *Origen del convento grande San Miguel de las Victorias*, «El Día», 14-IX-1946.

Pero tal vez, desde nuestro punto de vista de la eficacia para renovación de los estudios históricos canarios, fueron todavía más interesantes los trabajos de Buenaventura Bonnet sobre las fuentes narrativas y los historiadores que, hasta la incorporación de nuevas fuentes documentales, eran la base casi única de la historia insular. Son en gran número y a veces constituyen aportaciones que pueden estimarse nuevas a nuestro acervo. Sobre textos no propiamente históricos trató en *La Geografía de Ptolomeo y las Islas Canarias*, «Revista de Historia», II, pág. 3; *La Geografía medieval y las Canarias*, Idem, II, pág. 33; *Las Canarias y el primer libro de geografía medieval, escrito por un fraile español en 1350*, Idem, X, 1944,

(1) Recientemente la Venerable Esclavitud ha publicado en un bello volumen este trabajo completo

pág. 205. De la famosa crónica llamada el *Canarien*, a la que antes nos referíamos, se ocupó en *Los Bethencourt de Tenerife y el «Canarien» de Bergeron*, «Revista de Historia», VI, 1939, pág. 161; *El problema del «Canarien» o «Libro de la Conquista de Canarias»*. *Estudio histórico-bibliográfico*, «Revista de Indias», X, 1949, pág. 669, ya mencionada. En *Un manuscrito del siglo XV. El navegante Diogo Gómez en las Canarias*. «Revista de Historia», VII, 1940, pág. 92, dió a conocer un texto generalmente olvidado sobre la vida guanche. Ya hemos citado la edición en que colaboramos de la crónica anónima, llamada luego *Lacunense* por Millares Carlo, publicada como iniciación de la serie «Fontes rerum Canariarum» en 1933, con su correspondiente estudio. Dos textos que acompañaban en copia al de la crónica citada fueron estudiados también por Bonnet: *Descripción de las Canarias en el año 1526, hecha por Thomas Nicols, factor inglés*, «Revista de Historia», V, 1933, pág. 206 (fecha errónea que no pudo rectificar hasta años después: *El inglés Thomas Nicols y su Descripción de las Canarias*. Idem, XIV, 1948, pág. 459); *Observaciones del caballero inglés Sir Edmond Scory acerca de la Isla de Tenerife y del Pico del Teide*, «El Museo Canario», núm. 8, 1936, pág. 44.

Estudios muy interesantes dedicó a la obra del dominico fray Espinosa, primera fuente histórica para Tenerife de la que Bonnet alcanzó a estudiar el ejemplar que perteneció a la Biblioteca Municipal de Santa Cruz, luego perdido: *La obra del Padre Fray Alonso de Espinosa*, en «Revista de Historia», V, 1932, núm. 34; trabajo continuado en *La obra del P. Espinosa Cómo fué destruido un valioso libro de la historia de Canarias*, «La Prensa», 5-V-1933. Todavía *La Virgen de Candelaria y el P. Espinosa*, «El Día», 16-VIII-1942 (1).

A propuesta del prof. López Estrada escribió Bonnet una conclusiva nota sobre las fuentes de información del historiador renacentista Botero Benes acerca de las Canarias («Revista de Historia», XIV, 1948, pág. 54). También tradujo y anotó otro texto barroco sobre Canarias: *Descripción de las Canarias por Pierre Bergeron en 1630*, Idem, VII, 1940, pág. 1. De la personalidad y de la obra de varios historiadores canarios nos ha dejado: *El cronista D. Juan Núñez de la Peña*, «Revista de

(1) Ya hemos citado la reciente edic. de esta obra por Goya Ediciones con introducción a base de estos trabajos de Bonnet.

Historia», XIII, 1947, pág. 297 y XIV, 1948, págs. 12 y ss. y 217 y ss.; *Tenerife en el siglo XVIII. Del diario del regidor Anchieta y Alarcón*, en la «Biblioteca Canaria», folleto publicado en 1940; *Diario del regidor Anchieta y Alarcón*, «El Día», enero de 1950, cinco números del 7 al 12. De Viera trató por lo menos en dos ocasiones: *Viera y Clavijo y sus cartas familiares*, «La Prensa», 27-XII-1931 y en un trabajo enviado al concurso abierto por El Museo Canario en el segundo centenario del historiador (1932) y que no sabemos si quedó inédito.

Algunos de los trabajos que venimos citando son propiamente biográficos, tanto de los referentes a personajes históricos: Diego de Silva, Béthencourt, Jorge Grimón, como a escritores: Núñez de la Peña, Anchieta, Viera y Clavijo. Dentro de este género hay que mencionar todavía: *Una autobiografía del historiador Rodríguez Moure en Póstumo homenaje al Pbro. D. José Rodríguez Moure, Cronista de La Laguna*, R. Sociedad Económica, 1940, al cual Bonnet profesó gran afecto; *El Excmo. e Illmo. Sr. D. Nicolás Rey Redondo*, «Revista de Historia», VIII, 1942, pág. 209 y ss.; *Vida del estudiante Benito Pérez Galdós*, «La Tarde», 10-V-1943 y «Revista de Historia», IX, 1943, págs. 154 y ss.; *Dos cartas inéditas del Duque del Parque Castrillo*, Id. XI, 1945, pág. 282; notas a la *Vida de don Antonio Aniceto Porlier, actual Marqués de Bajamar*, Id. XIII, 1947, pág. 153 y ss.

La Antropología y la Etnología fueron también incluídas en su campo. Dentro de aquella fué notablemente afortunado el primer trabajo que conocemos, *El tipo negroide en las Canarias*, «La Prensa», 20 a 26-VII-1929, en que puso en evidencia ligerezas de método del americano Hooton. Escribió también *Estudio de los cráneos antiguos de Canarias*, «Revista de Historia», V, 1933, pág. 161, resumen de un trabajo del Prof. Barras de Aragón; *Los antiguos habitantes de Canarias*, «La Prensa», 17-VII-1935; *Los libios, primitivos pobladores de Canarias*, «Revista Nacional de Geografía», San Sebastián de Guipúzcoa, abril de 1939 y sabemos que en sus últimos tiempos se ocupaba de un trabajo sobre las momias canarias. Pero, falto de la técnica específica necesaria para realizar obra original en ese campo científico, no podía pasar en él de distinguido aficionado. Más accesible le habría sido la etnología, pero trabajo menos en ella: *Los primitivos habitantes de Canarias*, «Revista de Historia», I a V, 1924 a 1932, passim, vasto tra-

bajo heterogéneo que de la mitología pasó a la etnología, iba subtítulo *Estudios etnográficos* y, en efecto, en él se hizo una exposición de los datos tradicionales de historiadores y cronistas sobre la vida indígena canaria; pero el material comparativo, especialmente, era deficiente. De mayor interés fueron, en nuestro concepto, pequeños trabajos monográficos: *El lenguaje silbado*, artículo reproducido en un folleto de la «Biblioteca Canaria», 1940; *Productos antiguos que dieron celebridad a Tenerife*, «Mirador de Canarias», XII-1940.

Temas sueltos a los que, sin duda entre otros, alcanzó la atención de Bonnet son *La imprenta en Tenerife*, «El Día», 25-V y 13-VII de 1947 y 13-V y 27-VIII de 1948, serie de artículos que todavía dió lugar a una *Carta abierta* en «La Tarde», 5-VII-1949; y *El primer periódico publicado en estas islas*, «La Tarde», 14-VII-1950; *La Isla de San Borondón. Las expediciones emprendidas para encontrarla y la llevada a cabo por el capitán D. Juan Franco de Medina*, «Revista de Historia», II y III, 1927 a 29, passim; un único trabajo genealógico, *El Mencey de Adeje y sus descendientes*, «Revista de Historia», VI, 1939, pág. 193; temas canario-americanistas como *América y las Afortunadas. La catástrofe de Canarias*, «Hoy», 1-I-1934, sobre cese del comercio indiano según el Memorial de D. Tomás de Nava Grimón, siglo XVIII; *Canarios en América. Tres fases de la actuación isleña*, «La Prensa», 28-VI-1936; *Las Canarias y el descubrimiento de América*, «Amanecer», 12-X-1937; *Presencia, hazaña y aventura de los canarios en el orbe*, «El Día», 11-X-1942; *América, espacio vital de nuestro archipiélago*, conferencia en el 450 aniversario del Descubrimiento, en la Real Sociedad Económica, 12 de octubre de 1942, La Laguna, 1943.

Acabamos de mencionar una conferencia pública de Bonnet. No era sin duda éste el terreno por él preferido, porque sus condiciones naturales no se prestaban a la improvisación oratoria. Pero, en su inagotable esfuerzo propagandista de la historia y de la gloria de Canarias, no rehuyó tampoco la tribuna siempre que fué necesario y, por lo menos, sus condiciones de lector no eran malas. Recordamos oraciones suyas en todas las tribunas de Tenerife: en el Círculo de Bellas Artes, en el 2.º curso de extensión universitaria realizado por la Universidad de La Laguna, en que versó sobre el *Libro del Conocimiento de todos los Reinos*; en el Ateneo de La Laguna, sobre los *Cronistas de Canarias*; la mencionada en la Real So-

ciudad y otras en la misma cátedra; en la Facultad de Letras, sobre *San Isidoro y sus ideas sobre las Afortunadas, recogidas en la cartografía medieval*. También disertó en Las Palmas, en El Museo Canario, en más de una ocasión; recordamos las lecciones sobre *La leyenda de Diego de Silva*, luego vertidas en trabajados artículos.

Sin duda la obra más importante en sí misma de las publicadas por el Dr. Bonnet ha sido la patrocinada en su ejecución e impresión por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, bajo el estímulo entusiasta del que ha sido muchos años su director, Dr. D. Tomás Tabares de Nava, el mencionado libro *La Junta Suprema de Canarias*, cerca de mil páginas de apretada prosa. Bonnet fué atraído al tema casi accidentalmente, al colaborar en los trabajos del historiador suizo Geisendorf des Gouttes en la espléndida obra que publicó acerca de *Les prisonniers de guerre sous le Première Empire*. Este primer contacto con la documentación de la Junta Suprema conservada en manos privadas, de los sucesores del que fué su Secretario Juan Tabares de Róo, y luego las excitaciones del citado director de la Sociedad Económica, le llevaron a emprender y coronar felizmente esa ingente labor de varios años, con la que Canarias dispone, al fin, de un estudio de esa época agitada, que ya tenían casi todas las regiones y comarcas españolas.

Al presentar a nuestros lectores este estudio sobre Gadifer de La Salle, que de tiempo les debíamos, pensamos ante todo en honrar la memoria del amigo y del compañero que nos ha precedido en el eterno camino. Y tenemos que excusarnos por ciertas imperfecciones que acaso se noten, muy singularmente la pérdida de parte de las notas que debían acompañar al texto, por no haber dispuesto del original definitivo del autor, extraviado al someterlo a trámites de censura que eran obligados en los momentos en que el Instituto se comprometió a su publicación. Hemos creído ahora que cualquier reconstrucción de nuestra parte, antes constituiría una profanación que una mejora de la obra de nuestro perdido amigo.

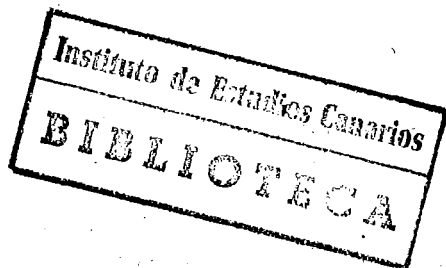
ELIAS SERRA

GADIFER DE LA SALLE

ESTUDIO CRÍTICO



Detalle de la miniatura del *Canarien*, manuscrito de Londres.



GADIFER DE LA SALLE, PRIMER CONQUISTADOR DE LAS ISLAS CANARIAS

La preeminente figura de este caballero y sus hazañas en Europa y en este archipiélago han sido poco estudiadas por los historiadores. Relegado a segundo término por el autor del códice de Juan V para encumbrar a Bethencourt, la injusticia sobreviviría aún si la casualidad no hubiera hecho descubrir el verdadero manuscrito de la conquista francesa debido a la pluma de Pierre Boutier.

El estudio detenido de la crónica de Juan V señala tantas contradicciones que llevan al ánimo la vehemente sospecha de que su autor, aún siendo un mistificador hábil y astuto, con la cultura del siglo XV, cae en yerros tan groseros y en interpolaciones tan evidentemente falsas, que su lectura hace pensar en una crónica o relato anterior que sirviera de base a su narración en la cual existía algo que pretende ocultar.

Esa crónica es la de P. Boutier. En ella Gadifer de la Salle aparece de una manera muy diferente a la descrita en el códice de Juan V, que lo retrata como un aventurero envidioso y egoísta, ennegreciendo su memoria. Nada de eso es cierto: Gadifer es la personificación viva del caballero de su época, generoso y magnánimo, no solo en las Canarias sino en Francia, en Prusia y en Berbería. Su figura contrasta visiblemente

con la pequeñez de alma de Juan de Bethencourt, al cual eclipsa en todo momento.

En estas líneas hemos querido reparar la injusticia que hace cuatro siglos pesa sobre el nombre de Gadifer, aprovechando para ello los materiales que nos da la Crónica de Boutier, la obra de Pierre Margry, y «Le Canarien» de G. Gravier traduciéndolos al castellano, tarea difícil y pesada por tener que interpretar los giros del francés del siglo XIV. Además, la obra de P. Margry es difusa, oscura y desordenada en su distribución, caso único quizá en los escritores franceses y que tiene como disculpa el haber fallecido su autor sin dar el último retoque a su libro.

P. Margry comenzó su trabajo con objeto de honrar a Juan de Bethencourt, allá por el año 1860, y tras largos períodos en que lo dejó abandonado reanuda su obra cuando se descubre el manuscrito de Boutier y lo inserta en su libro. Entonces cambia de opinión, hace copiar el manuscrito de Londres y ensalza a Gadifer. Ese cambio se advierte fácilmente en su obra. Sus citas son siempre de Bergeron como fuente, y, ni menos, usa las ediciones posteriores.

Con esos materiales y algunos otros aportados por nosotros tales como las fuentes españolas y regionales, estudiaremos a este célebre personaje y formularemos nuestra tesis, identificando a Gadifer con el don Gaiferos de los romances viejos castellanos, considerando, además, al caballero pòtevino como el primer conquistador de las Canarias, a quien la historia, la leyenda y los romances prestan una aureola digna de su valor y de su época.

GADIFER DE LA SALLE ANTES DE SU AVENTURA TRASATLÁNTICA

Por los documentos hoy conocidos se sabe que Gadifer era hijo de Ferrand de la Salle y tuvo un hermano llamado Brandelys (Lettres de remision accordées en 1384). En 1373 figura con cinco caballeros y veinte y dos escuderos en el préstamo de dinero hecho a los hombres de armas que pelearon a las órdenes del duque de Berry, en Guyena. En esa fecha ya había asistido al cerco de cuatro plazas de importancia que estaban en poder de los ingleses, a saber: La Rochesur-Yon, Montagne-sur-Sèvre, Luzignan y Gençay. El sábado 5 de marzo de 1373, primero de Cuaresma, Gadifer con otros caballeros, puso sitio a Luzignan, plaza situada a 134 metros de altura y que dominaba el camino de Poitiers a Saint-Maixent y Niort.

El cerco de la plaza duró hasta mediados del siguiente año de 1374 en que cayó en poder de los franceses. Esta larga resistencia, supuso el duque de Berry, fué debida a un poder sobrenatural: al hada Mélusine que según la leyenda había fundado aquella fortaleza. El heroico comportamiento de Gadifer, hizo que el duque le colmara de distinciones y mercedes. De igual edad que el tercer hijo de Juan el Bueno, el caballero potevino era un hombre que sabía unirse a las más

nobles compañías, encontrando siempre el medio de complacer a un príncipe fastuoso, amante de las letras y de las artes que generalmente iban unidas a los guerreros de la época, y de cuyo gusto participaba con entusiasmo el mismo Gadifer.

El duque de Berry que estimaba a Gadifer, le dió en 1378 cien francos de oro para su viaje a Prusia con el fin de combatir a los infieles, campaña que todos los años hacían los más ilustres caballeros. Dos años más tarde (31 de agosto de 1380) el rey Carlos V poco antes de morir, autorizaba a Gadifer para que fortificara su castillo de Lingron, en la castellanía de Thouars, feudo de Clison. El cargo de chambelán que Gadifer desempeñaba en la casa del duque de Berry, le abrió las puertas del palacio real, aspirando entonces a la senescalía del Bigorre, la que obtuvo algún tiempo después, pues en 1390 se sabe por documentos de la época que ejercía ese alto cargo.

En 1386 al casarse el duque de Turena con Valentina de Milán pasó al servicio de este príncipe. Allí se encontraron Juan de Bethencourt y Gadifer, ambos desempeñaban cargos honoríficos en el palacio del duque y de ahí nació la amistad que más tarde los llevó a la conquista de las Canarias. Cuando Juan de Bethencourt obtuvo del príncipe cien francos de oro para ayuda de gastos para la proyectada expedición a Berbería, Gadifer recibió 200 francos (7 de mayo 1390) o sea doble cantidad por la misma causa, y esto demuestra la importancia de este personaje en relación con Juan de Bethencourt.

En 16 de noviembre del mismo año, el duque de Turena entrega a Gadifer cien francos para una segunda expedición a Prusia. Al duque le agradaban los relatos de países lejanos y comentar el espíritu caballeresco y el progreso de la cristianidad en el este de Europa. A la casa de los Piast había sucedido en Polonia, después del reinado de Luis el Grande de Hungría (1370), la de los Jagellones, por el matrimonio del duque Jagellón de Lituania, o Wladislao V, con Hedwige, segunda hija de Luis (1386). Wladislao gobernó con gloria, hizo

predicar el cristianismo en la Lituania, sometió la Moldavia y la Valaquia y derrotó a la Orden teutónica en Tanneberg. Gadifer en sus expediciones a Prusia traía noticias de esos acontecimientos que tanto agradaban al duque de Turena.

En 8 de marzo de 1394 el duque de Turena que ya entonces lo era de Orleans, con cuyo título se continúa nombrando, regaló a Gadifer cien libras. Como dato interesante haremos constar que este caballero selló el recibo con su sello manual: tres roeles, que eran sus armas personales. Ese documento lo confirma el Libro de Blasones franceses, que al número 927 del Gabinete de títulos, señala entre los caballeros potevinos de pendón: «El señor de la Salle: de sable con tres cruces pateadas de oro.» El libro añade: «Gadifer lleva esas armas cuarteladas de plata, con tres roeles de azur en faja.»

La amistad con Luis de Orleans llegó a ser muy estrecha. En la peregrinación a Chartres, así como en la de Mont-Saint Michel (1394), esa intimidad se manifestó en el juego. El príncipe se dedicaba durante el día a prácticas devotas, y por las noches jugaba al trinquet con Mr. Charles d'Albret y otros señores, pero a la noche siguiente lo hacía con Gadifer a los échecs (ajedrez), perdiendo en una ocasión 71 soles. Más tarde, en 1396, el duque llegó a perder mayores sumas, pues llegó a empeñar su caballo a Gadifer por treinta escudos de oro que había perdido a las cartas. Es posible que a ese débito se refiera la carta de pago que firma Gadifer en 19 de octubre del mismo año, documento que tiene la particularidad de llevar un escudo cuartelado de Gadifer coronado de un yelmo con el busto de una dama, el del hada Mélusine protectora de la fortaleza de Luzignan.

En el viaje que el duque hizo a Calais con motivo de los esponsales de la hija del rey de Francia con Ricardo de Inglaterra, figura entre los personajes más notables de la comitiva del duque el valiente Gadifer, el que percibe igual cantidad (cien francos) que los cuatros primeros chambelanes que eran

barones, a saber: el señor de Miraumont, Arnaud Guillem d'Orbesan, y el famoso Barbazán.

En 1400 el duque de Orleans concedió a Gadifer el collar de oro de la Orden del Camail, que había instituido aquel príncipe con motivo, según se dice, del bautismo de su hijo Carlos. Consistía en seis bandas o hileras cada una de un color y todas formaban la divisa de los seis colores del duque «hecha a la manera de pequeñas corazas o cotas de malla». Este era propiamente el collar de la orden, al cual agregaba el duque un puerco-espín esmaltado, colgando de un broche. El collar se llevaba sobre una hopalanda o sobre un jubón, y en ese caso se ataba con agujetas de oro o plata a la muceta del casco, según fuera el collar de uno u otro metal, que eran los dos grados de honor.

La rápida biografía que hemos trazado de Gadifer, lo presenta como un soldado valiente e incansable; pelea con los ingleses en la guerra de los Cien Años, marcha a Prusia, en dos ocasiones por lo menos, a reñir contra eslavos y lituanos, forma parte de la expedición a Túnez, y será el alma de la conquista de las Canarias. ¡Qué diferencia con Juan de Bethencourt!

Gadifer viviendo entre grandes señores, con ambición de gloria e infiltrado su espíritu del ideal caballeresco, verdadero o ficticio de su época, sueña «el sueño de los antiguos héroes y sabios, del caballero y la doncella.» Y sus hazañas en la lejana Polonia y su yelmo adornado con el busto del hada Mélusine, recuerdan las gestas de los libros de caballerías y a los héroes de la Tabla Redonda.

Como a su entrañable amigo el mariscal de Francia, Boucicaut, «moult lui plaisait, ouyr beaux livres de Dieu et des Saints, des faits des Romaines et histoires anciennes.» Libros de religión, leyendas, romances, fábulas. Y Gadifer también amaba esos libros y formaban parte de su bagaje en las excursiones que realizaba. Cuando viene a la conquista de estas

islas los trae consigo, según demuestra el siguiente pasaje de la Crónica del fraile P. Boutier, cuando el traidor Bertin de Berneval se apoderó de todos los efectos de Gadifer, en que se leen las siguientes palabras: «Et le lendemain au matin, fit charger Bertin le batel de Gadifer et celui de la nef Tranchemar de plusieurs choses; comme de sacs de farine, *plusieurs liurez romans et autres...*» (Chap. dix-huitième.)

¿Qué «liurez romans» eran los que poseía Gadifer? En una obra del siglo XIV titulada «De castri stabilimento» nos dice el autor «que en tiempo de guerra el castillo que se encuentre asediado no debe carecer de pertrechos y municiones, y que además debe estar provisto de romances y libros de gesta, tales como el de «Alexandre»; de «Carlos»; «Rotlando et Olivero»; de «Verdinio»; de «Antellmo»; lo «Danter»; de «Otonell»; de «Beton»; del «Conde de Mantull», etc., pues con estos libros los del castillo se animarán y se deleitarán.»

Estos fueron seguramente los libros que formaban la biblioteca de Gadifer, cuyo repertorio era el corriente en Francia por ese tiempo. «Beton», es la canción provenzal «Dansel et Beton»; «Otonel», la chanson francesa «Otinel»; y el «Conde de Mantull» la de «Gui de Nanteuil»; los otros libros son bien conocidos por sus títulos. Para el noble Gadifer, gran señor en la Corte de Francia, amigo de los duques de Berry, Turena y Orleans, famoso por sus hechos de guerra, brillante adalid en justas y torneos, esos libros eran necesarios a su espíritu aventurero.

Inspirados en el espíritu caballeresco de Gadifer se encuentran algunos pasajes en el «Canarien» del monje Boutier. La introducción nos habla de las hazañas y aventuras de los caballeros que en otro tiempo emprendieron viajes y conquistas sobre los infieles, y porque han querido asemejarse en sus hazañas, Gadifer y Juan de Bethencourt emprendieron ese viaje a las Canarias. En el capítulo 50 se insiste nuevamente en ese punto: «et maintz autres cheualliers, on temps passé

ont fait d'aucy estrangez emprisez, dont ilz son bien venuz à chief et si feront ilz, si Dieu plaist,...» (y otros muchos caballeros en tiempos pasados, acometieron maravillosas hazañas, las cuales llevaron a cabo, y así lo harán ellos si a Dios place).

Tales son las características de Gadifer de la Salle: valor, deseo de gloria imitando a los héroes legendarios y honradez probada. Su espíritu caballeresco le llevó a una empresa que creyó hacedera por un exceso de imaginación; aspiró a ver al Preste-Juan, de conquistar las costas africanas hasta Río del Oro y dominar a los enemigos de la cristiandad; pero la realidad, la triste y descarnada realidad fué muy distinta a sus deseos, y hasta su nombre fué sustituido por el de Juan de Bethencourt.

PRIMERA PARTE

GADIFER EN LAS CANARIAS: SUS ADVERSARIOS



Firma y sello de Gadifer

CAPITULO I

JUAN DE BETHENCOURT

Ya vimos que Bethencourt y Gadifer pertenecían a la casa del Duque de Orleans y que ambos desempeñaban cargos de cierta importancia. Esto nos lleva a pensar que eran amigos y que Juan de Bethencourt dió a conocer a Gadifer el proyecto de conquistar las Canarias, empresa que el noble potevino, dado su espíritu aventurero y caballeresco abrazó con entusiasmo.

Confirma nuestro aserto un pasaje de la Crónica del monje Boutier, suprimido de intento en el libro de Juan V, que dice terminantemente: «Et nul ne se doit esmerueiller, s'ils (Gadifer y Bethencourt) ont'entreprins de faire vne telle conquiste, comme de conquerir les isles de pardessa, car ainsois qu'ils les commençassent *ilz furent moult longuement en grant délibération sur ce fait* et auisèrent moult diligentement en quoy la chose pourroit une foiz redonder, se elle estoit bien menée à son droit...» (Chap. 50. ed. Margry pag. 216.) La frase subrayada «así como lo pensaron estuvieron mucho tiempo deliberando sobre este punto» denota que ambos caudillos deliberaron ámpliamente, antes de llevarla a la práctica, los medios de realizarla, no siendo ajenos el uno ni el otro de tal proyecto como pretende el ms. de Juan V.

Del estudio de los dos códices citados se desprende que Gadifer fué el verdadero jefe de la expedición; él fué quien la preparó minuciosamente; él fué quien adquirió la nave que hubo de conducirla a este archipiélago y fué quien contrató los hombres más expertos en la guerra y más disciplinados y hasta trajo consigo a su propio hijo, el valiente Anibal. Posiblemente es el P. Boutier quien lleva el «Libro del Conocimiento», la fuente más exacta en aquel tiempo de las costas africanas, mientras la nave iba provista de un mapa de ruta moderno en aquella época y del cual deriva luego el famoso de Mecía de Viladestes.

Todo así preparado concienzudamente, Gadifer y Bethencourt se encuentran a fines del mes de abril de 1402 en La Rochella, puerto situado cerca del Poitou. Era el lugar más adecuado para ambos caudillos. El 1.º de mayo la expedición sale con rumbo a las Canarias, llevando ochenta hombres para su conquista.

Ya en otra ocasión dimos cuenta del itinerario y accidentes de la navegación. Desde la Rochella la nave pasó a la isla de Ré: de allí a Vivero (España) y luego a la Coruña, de donde salió para fondear en Cádiz, y después en el Puerto de Santa María. Una rápida visita de Gadifer a Sevilla, y salida de Cádiz para Canarias. Costeando África alcanzaron en cinco días el islote de Graciosa, desembarcando en Lanzarote por Famara; embarcados de nuevo se dirigieron al puerto de Rubicón que en otro tiempo fué escala de mallorquines, donde comenzaron a levantar un castillo.

Desde aquel puerto salieron los expedicionarios pasando a la isla de Lobos, y de allí a Fuerteventura (las crónicas le dicen Erbania). Ocho días permaneció Gadifer en Fuerteventura recorriendo la parte norte en busca de los naturales, pero éstos habían huído al interior; regresó al islote de Lobos por falta de vituallas, donde se celebró consejo con los allí reunidos, acordando volver a Fuerteventura pero siguiéndoles la

nave para suministrarles víveres, no cejando en su empresa hasta someter el país.

Un lamentable incidente vino a cambiar por completo el proyecto de Gadifer. La tripulación de la nave estaba descontenta y temerosa por este viaje nuevo del todo para ella, y deseosa por regresar a Francia. Murmuraba que los víveres eran escasos; que se les llevaba a morir de una manera cierta, y que se desconocía el fin de aquella navegación. Ya en el puerto de Vivero comenzaron a producirse desórdenes entre la marinería que no quería continuar el viaje, que luego se repitieron en Cádiz, abandonando el buque diez y siete hombres de los soldados de Bethencourt.

Al llegar a las islas estalló la rebelión; el pretexto fué la orden que comunicó Gadifer al contraamaestre de la nave llamado Robin Brument de ir costeando la isla de Fuerteventura con objeto de proporcionar víveres a los soldados, conforme se había acordado. El contraamaestre en connivencia con la marinería se negó rotundamente a embarcar las tropas que estaban en el islote de Lobos y solamente permitieron que entrara en el buque, como rehenes, el mismo Gadifer y su hijo, para transportarlos a Lanzarote, teniendo los soldados que ir en el bote de la embarcación.

Ya todos en la isla de Lanzarote y después de larga deliberación acordaron Gadifer y Bethencourt, que éste último fuera con la nave y la marinería sublevada a España, con objeto de conseguir víveres, hombres y armas, ya que el barón tenía en Sevilla familiares y amigos de valer que podrían facilitar la empresa. Las condiciones estipuladas entre éste y Gadifer eran según el texto de Boutier: «qu'il (Bethencourt) feroit par de là tout le mieulx qu'il porroit *feussent hommages ou autres chouses quelz conques au prouffit d'eulx deux...*» Es decir, rindiendo homenajes u otras cosas en provecho de ambos.

Con estas instrucciones, Bethencourt salió del puerto de la Graciosa a fines del mes de octubre de 1402 según los cálculos

más seguros, y en noviembre del mismo año solicitaría la protección y amparo de Enrique III, quién por real cédula de 3 de diciembre siguiente, resuelve favorablemente la petición del caballero normando como veremos a continuación: «Que *Mosen Juan de Betancor, en unión con Mosen Gadifer su compañero*, por mandato del Rey de Francia había emprendido la conquista de dichas islas... e otrosí que rescibiese Su Alteza en su encomienda y defendimiento a las dichas dos islas (Lanzarote y Fuerteventura) y a él y a todas las personas que con él fuesen...»

Como puede verse en lo transcrito los nombres de los dos jefes aparecen como iguales y compañeros, obrando de consuno en los asuntos referentes a la conquista.

Lo mismo acontece en la Bula expedida por el Papa Benedicto XIII en Aviñón el 22 de enero de 1403, en que se lee: «Sane peticio nobis *pro parte dilectorum filiorum nobilium uirorum Johannis de Betencourt et Gadiferi de Sala* locorum Rothomagensis et Xanctonensis diocesium dominorum super exhibita continebat quod dudum ipsi zelo fidei et deuocionis inducti ad certas insulas Canarie...» En la Bula del 17 de Febrero del mismo año, dice el Pontífice: «Benedictus Episcopus etc. Dilectis filiis *nobilibus uiris Johanni de Betencourt et Gadifero De Sala* locorum Rothomagensis et Xanctonensis Diocesum dominis salutem et Apostolicam benedictionem...» En ambos documentos los nombres de Juan de Bethencourt y de Gadifer de la Salle aparecen como aliados y con la misma igualdad. Todavía el barón no pensaba en despojar a su aliado del derecho que tenía en la conquista.

Pero las cosas cambiaron muy pronto. El diez de enero de 1403 se publica en Sevilla el pregón nombrando Rey de Canaria a Juan de Bethencourt; y mientras Gadifer sufría privaciones y miserias en las islas en unión de sus hombres; mientras sometía por completo a Lanzarote y comenzaba la conquista de Fuerteventura, el noble Juan de Bethencourt se hacía

proclamar señor de las Canarias, sin acordarse de su compañero, y hasta negándole toda compensación a sus fatigas, esfuerzos y desembolsos efectuados en la empresa.

Como es natural, nada de eso podía figurar en el contrahecho manuscrito de Juan V. Era necesario falsear los hechos y encubrir la injusticia con otra mayor que había de alcanzar a la posteridad. Para conseguir esto, el misticador de la verdadera Crónica tenía que presentar a Gadifer no como un compañero igual en todo a Bethencourt, sino como un vulgar aventurero, envidioso y egoísta, insistiendo en que el barón no le conoce hasta llegar a la Rochela donde se agrega a la expedición como un mercenario más; teniendo la osadía de suprimirlo en el Prefacio, pero con tan poca destreza que se olvida del plural que denuncia la torpeza del falsario.

Veamos la presentación que el impostor hace de Gadifer: «... voulons nous yci faire mencion de l'emprinse que Bethencourt, chr. et baron, *nez du royaulme de France, en Normandie*, lequel Bethencourt se parti de son hostel de Grainuille la Tainturiere, en Caulx, et s'en vint à la Rochelle. Et là trouua Gadiffer de la Salle, vng bon et honneste chevalier *lequel aloit à son aduventure*. Et out parrolle entre ledit Bethencourt et Gadiffer, et lui demandá monseigneur de Bethencourt quel part il vouloit tirer, *et le dit Gadiffer disoit qu'il aloit à son aduventure*. Adonc monsr. de Bethencourt lui dit qu'il estoit fort ioieulx de l'auoir trouué, *et lui demanda se il lui plaisoit de venir en contant au dit Gadiffer son entreprinse*, et tant que ledit Gadiffer fut ioieulx de l'ouir parler, et de la emprinse qui estoit faite par le dit Bethencourt...» (Chap. I.)

El presentar aquí a Gadifer como un aventurero a quien por casualidad encuentra Bethencourt en la Rochela, no tiene otra finalidad como ya dijimos, sino negarle el derecho a participar de los beneficios obtenidos por el barón en la corte de Castilla. La calumnia del desvergonzado autor de la falsificación del ms. de Juan V rebasa todo los límites, cuando Gadifer

exige del barón le ceda una o dos islas de las no conquistadas aún, poniendo en boca del normando estas palabras:

«Monsr. de la Salle, mon frere et mon amy, il est bien vrai que quant *ie vous trouué à la Rochelle, vous futes contant de venir avec moy* et estions fort contens l'vn de l'autre sans quelle parolles; le voiage que i'ay fait iusquez icy fut comenssé dès mon hostel de Grainuille la Tainturiere en Caux en Normandie, *et ay amené mes gens, mon nauire, viures, et artillerie*, et tout ce que i'ay peu faire, iusquez en ycelle ville de la Rochelle, *là où ie vous trouué comme i'ay dit si deuant*, tant que à la fin où ie suis venu, à la aide de Dieu, de vous et de tous les bons gentilz homes et autres bons champions de ma compagnie...» (Chap. LX. ed. Gravier.)

El falsario insiste en que Gadifer lo encontró en la Rochela sin objeto determinado, y que se unió a Bethencourt sin condiciones; además miente sin pudor cuando afirma que el normando trajo «su gente, su navío, víveres y artillería». Las contradicciones en que cae al hablar de la nave, demuestran el poco crédito que debe darse a su relato.

En el cap. VI, escribe: «Robin le Brument, mestre *d'une nef que led. Gadiffer disoit auoir...*» En este pasaje se pone en duda la propiedad del buque, mientras que en el mismo capítulo, citado en el párrfo anterior, o sea el LX, el mismo urdidor del falso ms. nos dice del caballero potevino: «Et paroist bien que led. Gadiffer n'estoit point contant, si pour tant n'auoit il riens perdu, mès auoit gaigné en plusieurs manieres, comme prisonniers et autres choses qu'il a uoit eus et prins èsd. isles; *et si n'eust perdu sa nef*, il en eust encores plus amendé...»

Como vemos en un pasaje afirma que la nave era de Bethencourt, en otro que el buque decía Gadifer que era suyo; por último que si no hubiera este caballero perdido su nave, fuera su ganancia mayor; donde se reconoce quizá por descuido la propiedad del buque a favor del caballero potevino.

CAPITULO II

BERTIN DE BERNEVAL

Al embarcar Juan de Bethencourt con la marinería sublevada, quedó en la isla de Lanzarote un fermento de rebelión que lo personifica Bertin de Berneval. Era natural de Caux (Normandía) y de origen noble, a quien Bethencourt le dió en París cien francos para que le acompañara en la conquista de las islas. Por sus hechos, Bertin era uno de esos hidalgos arruinados que vagan en Francia durante la Guerra de los Cien Años, al margen de la ley, siempre dispuestos a vender su espada al que le pagara mejor.

Llegada la expedición a las Canarias, se le confirió a Bertin de Berneval el gobierno de Lanzarote, mientras Gadifer y Bethencourt iban a la conquista de Fuerteventura. Más tarde, al marchar el barón normando a España, Gadifer que había depositado en Bertin toda su confianza, le envió con un encargo reservado para el capitán de un buque español que había aportado a la isla de Lobos, creyendo que fuera el «Tajamar». Aquí comienza a fraguarse la traición.

Como no era aquella la nave citada, sino la «Morella» a la que no conocía Bertin, se dirigió a uno de sus marineros llamado Jiménez proponiéndole le llevase a España con treinta compañeros, y que en cambio le entregaría cuarenta isleños de

los más robustos cuya venta le indemnizaría los gastos de transporte, pero el capitán de la «Morella», llamado Francisco Calvo, se negó a aceptar tan deshonrosa proposición.

Para atraer a su designio la gente de guerra, Bertin reunió después a algunos gascones y normandos manifestándoles que Gadifer y Bethencourt debían entregarle a él y a Remonnet de Levedan cierta cantidad para irse los dos con Gadifer a España en el primer buque que llegase, mientras que los demás hombres de la expedición serían repartidos en las islas, donde permanecerían hasta el regreso de sus jefes. Esa calumnia como era de esperar, aumentó los descontentos.

En tanto Gadifer, que desconocía la traición que Bertin preparaba, embarcó en el puerto de Rubicón en una chalupa con once hombres, yendo al islote de Lobos para cazar algunos de esos anfibios con objeto de servirse de sus pieles para fabricar calzado, pues por su falta no podían internarse en Lanzarote y proporcionarse vituallas. Esta fué la ocasión que aprovechó Bertin para rebelarse con sus compañeros.

Inmediatamente que supo la marcha de Gadifer a la isla de Lobos, se dirigió a la Graciosa donde estaba anclada la nave «Tajamar» cuyo capitán Fernando de Ordoñez era muy amigo suyo, haciéndole la misma proposición que al capitán de la «Morella», la que fué aceptada en todas sus partes (14 de octubre 1402), regresando seguidamente Bertin al puerto de Rubicón con el propósito de ultimar su proyecto.

Acababa de llegar Bertin cuando se le presentaron dos isleños manifestándole que los españoles de la nave «Morella» habían desembarcado en la isla con el propósito de cautivarlos. Bertin les prometió defenderlos para lo cual les indicó con un intérprete que para mejor protegerlos se reuniesen en una población llamada «la gran Aldea» (más tarde, Teguíse). Allí se congregaron hasta veinte y cuatro insulares con su rey Guadarfia, a los cuales agasajó y dió de comer. Después de hacerlo así, aconsejó a los naturales que durmieran pues él y sus

es evidente y muy sospechosa para el falsario del ms. Nada dice Boutier acerca de la enemiga de Bertin contra Gadifer, pero el mistificador creyó necesario forjar esa pugna entre ambos, para en cierto modo justificar la traición.

Preparado así el terreno, el autor del libro de Juan V acusa veladamente a Gadifer de la traición de Bertin. En el cap. XXI, al acusarle los capellanes de que los efectos que se llevaba no le pertenecían, contestó: «Se Dieu plaist, ie yré tout droit en Espagne là où est monsr. de Bethencourt, et se i'ay aucune chose du sien, ie lui rendré bien, et de ce ne vous mellés, *et ne doubtés que led. sr. de Bethencourt mettra remede en aucunes choses de quoy on se peult bien doubter, et de quoy ie me peulx bien taire.*» Las palabras subrayadas «y no dudéis que el señor de Bethencourt pondrá remedio en algunas cosas que bien se pueden suponer y que yo quiero callar» son una acusación contra Gadifer.

Para robustecer tamaña insidia el falsario continua así: «Et led. Bertyn pensoit que led. sr. de Bethencourt, son maistre, *ne lui saroit pas si mal gré que il estoit aduis aux aultres ..* «Y Bertin pensaba que Bethencourt, su señor, *no llevaría aquello tan a mal como a los otros parecía....*» Este pasaje de inmoralidad probada es pura invención del falsario.

Para justificar estas insidias y confirmarlas, escribe el mistificador: «Et aussi led. Bertin auoit entencion de parler a monsr. de Bethencourt quant il vendroit en Espagne et de faire sa paix envers lui, laquelle y fit le mieulx qu'il peut, *en lui donnant entendre aucunes choses dont une partie led. sgr. de Bethencourt trouua verité...*» (Chap. XXII.) «Y también el dicho Bertin tenía la intención de hablar a Bethencourt cuando llegase a España y de reconciliarse con él, lo que hizo como mejor pudo, dándole a entender algunas cosas *de las que una parte el señor de Bethencourt halló verdaderas...*»

Por fin llegó Bertin a Cádiz con los cautivos isleños y una parte de los conjurados; pero con ellos iba también Courtille,

trompeta de Gadifer, que denunció a las autoridades españolas la felonía cometida por Bertin en Lanzarote en unión de sus compañeros, los que fueron detenidos en las cárceles del Estado y formado proceso. El mismo Courtille escribió a Bethencourt que estaba en Sevilla todo lo ocurrido para que viniera a recoger a los pobres insulares cautivos, «pero él no hizo caso ni dispuso nada» (mais il n'en fist compte, ains s'en ala sans aultre chose en ordonner.) (Chap. VIII).

El autor del ms. de Juan V supone una carta escrita por Bethencourt en la que dice entre otras cosas, lo que sigue referente al traidor Bertin: «I'ay esté bien esbahy des grans faucetés qué Bertin de Berneual a fait, *et ly en mesprenda qu'elle qui tar.*» (y aunque tarde recibirá el castigo).

Pero eso no fué verdad. En libertad quedó acaso por intercesión del mismo Bethencourt, pués la crónica de Juan V lo cita por el año 1405 viviendo en Normandía, fecha en que el barón estuvo en su patria. Hé aquí las palabras de la Crónica:

«Ils auoient bien ouy parler de la conquete des isles de Quenare, et de la grant paine et trauail que le dit seigneur de Bethencourt y auoit eue; car premierement madame de Bethencourt, que ledit seigneur auoit renuoiée du royme d'Espagne, auoit apporté les premieres nouuelles de la conquete; *et aussi auoit fait Berthin de Breneual* qui s'en estoit venu sans congé, et n'y pas eu fort grant honneur come vous aués peu ouyr si deuant...» (chap. LXXXI. Grav.)

Y ese hombre vivía en Francia en plena libertad y tratado con cierto miramiento por el falsario autor de la crónica de Juan V, y era amigo de Bethencourt. Ese hombre abominable había cometido tres grandes traiciones: una contra Gadifer su capitán, a quien abandonó en una isla desierta para que muriera de hambre; otra, cuando invocando la buena fe, cautivó a los isleños; y la tercera contra sus propios compañeros, dejándolos en tierra. Criminalmente debió ser juzgado y castigado.

compañeros velarían. Cuando creyó llegado el momento oportuno, Bertin, con la espada desnuda, llamándolos y haciéndolos maniatar, los llevó ante el capitán de la nave «Tajamar» en número de veinte y dos, pues el rey y el intérprete llamado Alfonso se escaparon.

Por entonces Gadifer había enviado desde la isla de Lobos a Remonnet de Levedan y a otro compañero en la chalupa para que le trajeran parte de los víveres depositados en el castillo de Rubicón, pues sólo le quedaban para dos días. La oposición de los sublevados fué tenaz, y hasta se apoderaron de la chalupa para que Gadifer y sus compañeros no fueran socorridos, estando Remonnet a punto de ser atravesado por la espada del bastardo de Blésy al querer evitar que le arrebataran la embarcación.

En vano fué que los amigos de Gadifer representasen a los conjurados que su jefe iba a morir de hambre y de sed en una isla desierta: inútil que apelaran a sus sentimientos de humanidad. A todo eso respondieron: «No nos habléis más de eso, porque no haremos nada por él». Al siguiente día llegó al Rubicón el bote del «Tajamar» con siete españoles, que dieron la noticia de la próxima venida de Bertin. Y en efecto así aconteció, desembarcando con treinta españoles del buque que, a las excitaciones de Bertin saquearon los víveres desperdiciando gran cantidad; forzaron a las mujeres francesas que vinieron en la expedición, y cargaron la chalupa con los sacos de harina, galleta, vino, armas, ropa y otros efectos, sin dejar nada útil a los que allí quedaban.

Gadifer en situación cada vez más difícil en la isla de Lobos, tendía por las noches un lienzo para que se emparara de rocío y por la mañana lo torcía para apagar la sed, y para alimentarse aprovechaban raíces de plantas. Los compañeros que quedaron en Lanzarote acordaron que los dos capellanes y dos escuderos fueran a pedir auxilio al capitán del buque «Morella», surto como el «Tajamar» en la isla Graciosa. Movido a

lástima aquel marino, envió su chalupa y a un compañero llamado Jiménez, al que se unieron cuatro amigos de Gadifer, y cargado el bote de víveres y agua, pasaron a la isla de Lobos, donde recogieron a Gadifer y después a sus compañeros, trayéndolos a Lanzarote.

Preparado todo y embarcados los isleños cautivados, así como los efectos robados, Bertin se deshizo de la mayor parte de los compañeros que le habían ayudado en la traición, dejándolos en tierra a la vez que les decía: «Aconsejaos como mejor podáis, porque conmigo no habéis de venir.»

*
**

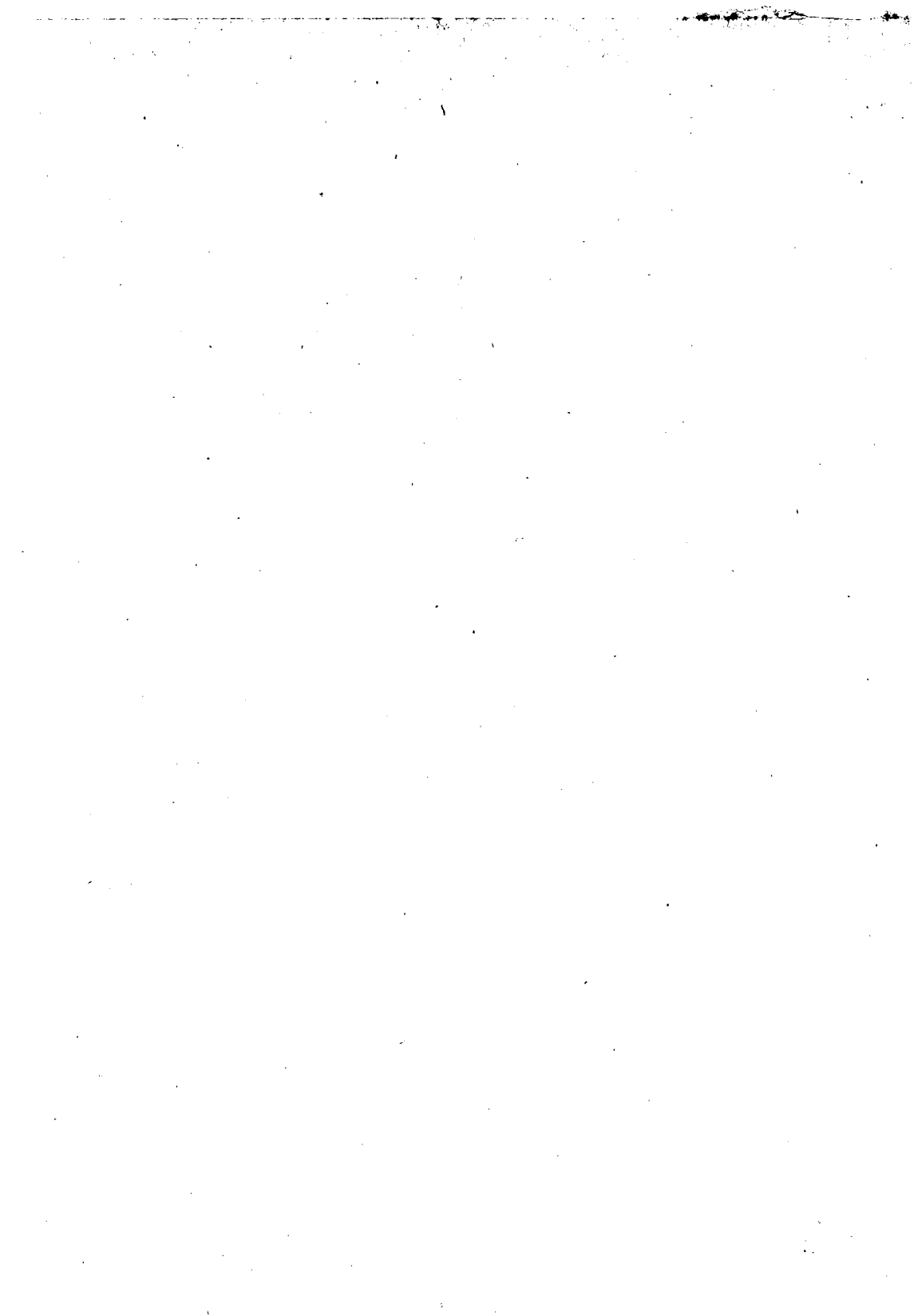
Hasta aquí hemos seguido la Crónica escrita por el monje P. Boutier, pero si cojemos los hechos narrados con el libro de Juan V veremos con sorpresa que el causante de la rebelión de Bertin es el propio Gadifer de la Salle.

Comienza el autor del ms. falsificado presentando a Gadifer y a Bertin como enemigos: «Verdaderamente, escribe, *Bertin no quería bien al señor Gadifer, y procuraba ocasionarle cuantos disgustos podía* (Et de vrai ledit Bertyn n'amoit point mess. Gadiffer, et serchoit à lui fair tout le plus de desplaisir qu'il pouèt)

Y sigue diciendo: «Llegando a tal punto las cosas que Gadifer se vió obligado a armarse en su camarote para apaciguar la reyerta suscitada entre los marineros refugiados en el castillo de proa, desde donde arrojaron dos dardos a Gadifer, uno de los cuales pasando por entre él y Aníbal, fué a clavarse en un cofre inmediato...» Todo este pasaje del cap. VIII no aparece en el ms. del monje Boutier.

Y si lo transcrito fué así, ¿cómo era posible que Gadifer depositara en Bertin toda su confianza, que no sospechara de su conducta al llegar a las islas, y que lo tuviera como uno de los más cumplidos caballeros, según Boutier? La contradicción

Pero no fué así, y de nada le valió a Boutier que escribiera lo que sigue: «Y como Gadifer no podía por entonces perseguir a los traidores como lo deseaba, requirió a todas las justicias del reino de Francia y de otras partes, para que le pres-tasen ayuda en derecho e hicieran justicia, si alguno de los malhechores podía ser habido o caía en sus manos, como en tal coso correspondía.» (Chap. XXIV, ed. Margry.) El infame Bertin y sus compañeros estaban acaso bajo la salvaguardia de la justicia señorial de Bethencourt y sus delitos quedaron impunes.



CAPITULO III

ENGUERRAN DE LA BOISSIERE

Es otro personaje de la conquista normanda y tan miserable como Bertin de Berneval. Ambos eran amigos de Juan de Bethencourt y fingieron serlo de Gadifer de la Salle, hasta el momento en que pudieron traicionarle.

Según la crónica de Boutier resulta que el señor de la Boissière fué recomendado a Gadifer por su amigo Raul de la Maulle. El monje escribe: «Et si auoit Messire Raoul de Maulle moult recommandé le dit Enguerran à Gadifer qui se fioit en lui autant que en en homme qui seust sa compaignie, quant il le laissa en grand besoing. Et auoit messire Raoul fiance pour lui ainsi qu'il appert par lettre escripte de sa main, de laquelle la tenour est en ce liure escripte.» (chap. IX.)

«Así Mr. Raul de la Maulle había recomendado con interés al dicho Enguerran ante Gadifer que se fiaba de él más que de cualquiera otro de su compañía, más presto le abandonó y en gran necesidad. Había el señor Raul fiado por aquel según está averiguado, por una carta escrita de su mano, cuyo texto aparece en este libro.» Tal es la traducción del pasaje anterior.

Se sabe que Enguerran acompañó a Juan de Bethencourt en su viaje a España. Al llegar a Cádiz, el barón dió quejas a las autoridades contra la marinería sublevada y rebelde a las

órdenes de sus jefes, siendo prendidas las cabezas del motín y encerradas en las prisiones del gobierno español. Dueño Bethencourt de la nave, algunos mercaderes*de aquella ciudad le hicieron proposiciones para adquirir el buque, ofreciéndole mil quinientas doblas y otras dos naves (mille Vc doubles et dcux autres nauires), pero rechazó las ofertas de venta.

Dice Boutier que Gadifer y Bethencourt habían convenido que al rendir viaje la nave en España fuese vendida, y que con ese dinero se enviarían vituallas y gente a la conquista (Et si auvient ils bien ordonné entre euls deux, ainsois que la nef partist de l'isle Lancelot, qu'elle feut vendue pour nous transmettre secours de gens et de vituailles...) (chap. VIII.)

Pero el barón rechazó las ofertas como dijimos, y dispuso que la nave saliera del puerto de Cádiz con dirección a Sevilla a donde aquél se dirigía, pero por falta de pericia de los marinos naufragó en el trayecto.

De lo que se salvó del naufragio se sacaron unas quinientas doblas, de las que se aprovechó Bethencourt (et en furent aucunes choses requueillies qui sont venues au prouffit de Bethencourt (et) de ceuls qui là estoit pour lui, bien à la value de Vc doubles d'or, selon ce que on dit à Siuile.) chap. cit.—El texto adulterado de Juan V confirma ese extremo al decir: «lo que pudo salvarse del naufragio valdría quinientas doblas; pero de esto no se aprovechó el señor Gadifer, (et qui ne vint point au proffit ne à la congnoissance dud. Gadiffer) cap. 24. Esto no es cierto. Gadifer lo supo y lo consigna Boutier; es Bethencourt quien se aprovechó de lo que no le pertenecía.

Y aquí aparece ya Enguerran de la Boissière. Quedaba la chalupa de la nave naufragada, y ésta la vendió Enguerran fingiendo que ese dinero lo emplearía en adquirir víveres para sus compañeros que estaban en Lanzarote sufriendo lo indecible. Pero nada envió, invirtiendo el dinero en su provecho personal. La indignación del fraile Boutier estalla ante esa iniquidad, como se ve en las siguientes líneas: «Et en oultre, vendi le très

mauvais larron Enguerran de la Boissière, le batel de la nef qui fu périe qui nous estoit nécessaire et en prit l'argent et faingnoit le très mauvais qu'il nous vouloit transmettre vitailles pour lesquelles chouses nous avons eu grant disette et grant faulte de viures...» (chap. IX.)

A este latrocinio le sucede otro más repugnante aún. Gadifer había regalado a Francisco Calvo, capitán de la nave «Morella» el collar de oro de la Orden del Camail que le había concedido el Duque de Orleans, según ya vimos. Pues bien, Enguerran tuvo modo de apoderarse por engaño del Collar y llevárselo a Francia, cuyo valor era de dos marcos de oro. Gadifer se lo dió a Francisco Calvo en agradecimiento a haberle sacado de la isla de Lobos, donde irremisiblemente pereciera, pues tal era la intención de Bertin de Berneval y sus secuaces, si Calvo no fuera en su auxilio, trayendolo a Rubicón.

Poco antes el Rey de Castilla don Enrique III había recibido en audiencia a Juan de Bethencourt en el Alcázar de Sevilla; le oyó el relato de su conquista en unión de Gadifer, y le concedió el señorío de las Canarias, entregándole además, veinte mil maravedises para ayuda de la empresa comenzada. Esa cantidad habría aliviado la situación de Gadifer y de los suyos; ¿pero adonde fué ese dinero? La contestación la da el autor de la crónica falsificada, diciendo:

«Lequel argent fut baillé par le commendement de mgr. de Bethencourt à Enguerrant de la Boissiere, lequel n'en fit pas son devoir; *et dit on que led. Enguerrant de la Boissiere s'en ala en France à tout, ou partie.*» (chap. XXVI.) Según lo expuesto el barón le entregó los 20.000 maravedises pareciendo que no cumplió con su deber, diciéndose que se llevó a Francia el todo o una parte de esa cantidad. Qué candidez la del cronista! Bethencourt no sabía nada, ni conocía a Enguerran, ni su estafa de la chalupa ni del Collar de Gadifer.

Era necesario presentar como víctima inocente a Juan de Bethencourt, y alejar toda sospecha de su participación en el

hurto del dinero, que solo debía invertirse en la adquisición de víveres y material de guerra, y por eso escribe lo que sigue: «Et comme on peult sauoir, nul, tant soit grant, de fauceté et de traison ne se peut garder, ledit Seigneur auoit fait bailler l'argent que le roy de Castille lui auoit donné aud. Enguerrant, cuidant qu'il en fit son deuoir. *Vng nomé Iehan de Lesecasses encusa aud. Bethencourt led. Enguerran et qu'il ne faisoit pas son deuoir* de l'argent que le roy lui auoit fait bailler...» (chap. XXVII, ed. Gravier.)

¿No tenía medios legales Bethencourt para obligar a Enguerran que devolviera los veinte mil maravedises? ¿Era necesario un testigo para conocer la malversación? Entonces ¿porqué no lo hizo? Sencillamente porque Bethencourt estaba mezclado en el hurto. Oigamos al cronista Boutier lo que dice: «Cuyo dinero lo hizo recoger por Enguerran de la Boissière que se fué con madame de Bethencourt, mujer de aquél, con toda la cantidad.» «Lequel argent Bettencourt fist leuer par Enguerran de la Boissière qui s'en alla auecques madame de Bettencourt, sa femme, à tout celui argent...» (chap. IX.)

Este hecho lo confirma y explica el mismo manuscrito adulterado de Juan V. Cuando Bethencourt partió de la isla de Lanzarote, dice, era su intención seguir su viaje a Francia para llevarse a Mad. Bethencourt su esposa, la cual había hecho venir a Cádiz, de donde no pasó; *más, así que hubo prestado homenaje al Rey*, dispuso que su dicha esposa regresara a Normandía, a su casa de Grainville la Teinturière, *y que Enguerran de la Boissiere la acompañase, para que en su viaje fuese con el decoro debido...* (et Enguerran de la Boissière fut en sa compagnie: led. seigneur la fit mener bien honnestement... cap. XXVII, ed. Gravier.)

¿A un hombre que estafa como lo hizo Enguerran se le entrega la esposa del perjudicado para conducirla a Francia? ¿Puede eso acontecer sin que estuvieran de acuerdo en dividirse la cantidad concedida por el monarca de Castilla? Impo-

sible. Bethencourt y Enguerran son responsables de un robo, y llevan sobre su conciencia el peso moral de todas las desgracias y sufrimientos de Gadifer y sus compañeros abandonados en Lanzarote.

Pero el adulator y falsario cronista pretende cohonestar un hecho vergonzoso con la invención de una burda patraña, engaño que pronto descubriremos. Dice que al conocer Bethencourt la malversación de Enguerran, se presentó al rey de Castilla y le suplicó se sirviese proveerle de una nave y de alguna gente para socorrer a sus compañeros de la isla. Fuéle otorgada esta gracia, mandándosele entregar una nave bien artillada, la que montaban sobre ochenta hombres de armas; además se le mandó dar cuatro toneles de vino y diez y siete sacos de harina, y otras muchas cosas necesarias que había menester, como artillería y otras provisiones. (cap. XXVII. ed. Gravier.)

Habiendo entregado Enrique III hacía poco veinte mil maravedises para ayuda de la conquista, ¿podía Bethencourt solicitar un nuevo auxilio de soldados, provisiones y artillería? ¿era posible acceder a tal petición sin que antes se diera cuenta detallada de la inversión de la anterior? ¿y cómo hacerlo sin descubrir el robo?

Pero el insolente cronista anónimo, no para hasta hacer llegar el barco a Lanzarote. «La nave enviada por el señor de Bethencourt a la isla Graciosa, provista de refrescos, víveres y refuerzos de gente; y todos se llenaron de satisfacción y contento. Más de ochenta hombres conducía la nave, de los cuales cuarenta y cinco lo menos eran soldados aguerridos, que el rey de Castilla había entregado al señor de Bethencourt, con mucha artillería y bastantes víveres.»

Nunca se ha escrito con mayor cinismo, ni se ha mentido con mayor descaro. La verdad fué que al llegar Madama de Bethencourt y Enguerran a Normandía, fletaron una nave que desde Harfleur vino a Sevilla, pero sin gente ni provisiones, y en esta ciudad española el comendador de Calatrava y

un hidalgo llamado Juan de las Casas, enviaron algunos víveres. Así lo consigna Boutier:

«Et quant aux vivres, que ceux de la barge nous ont apporté, nous les auons eu à grant danger, car Bethencourt transmist la barge de Harefleur a Siuile sans gens et sans vitailles et a bien fait semblant qu'il ne se douloit guéres de nous et de fire vie. Et si ne feust le commandeur de Calatrave et un gentil home de Siuile, nommé Jehan de les Casez, qui nous ont transmis des viures, nous estions en grant difficulté et en grand disette...» (chap. XXXI. ed. Margry.)

¿Dónde aparecen aquí los ochenta hombres facilitados a Bethencourt por el rey de Castilla, de los cuales cuarenta y cuatro lo menos eran soldados aguerridos? ¿dónde los víveres y artillería? Nada serio podemos admitir en un falsario que pretende justificar la malvada conducta de los autores de un robo tan perjudicial e inhumano.

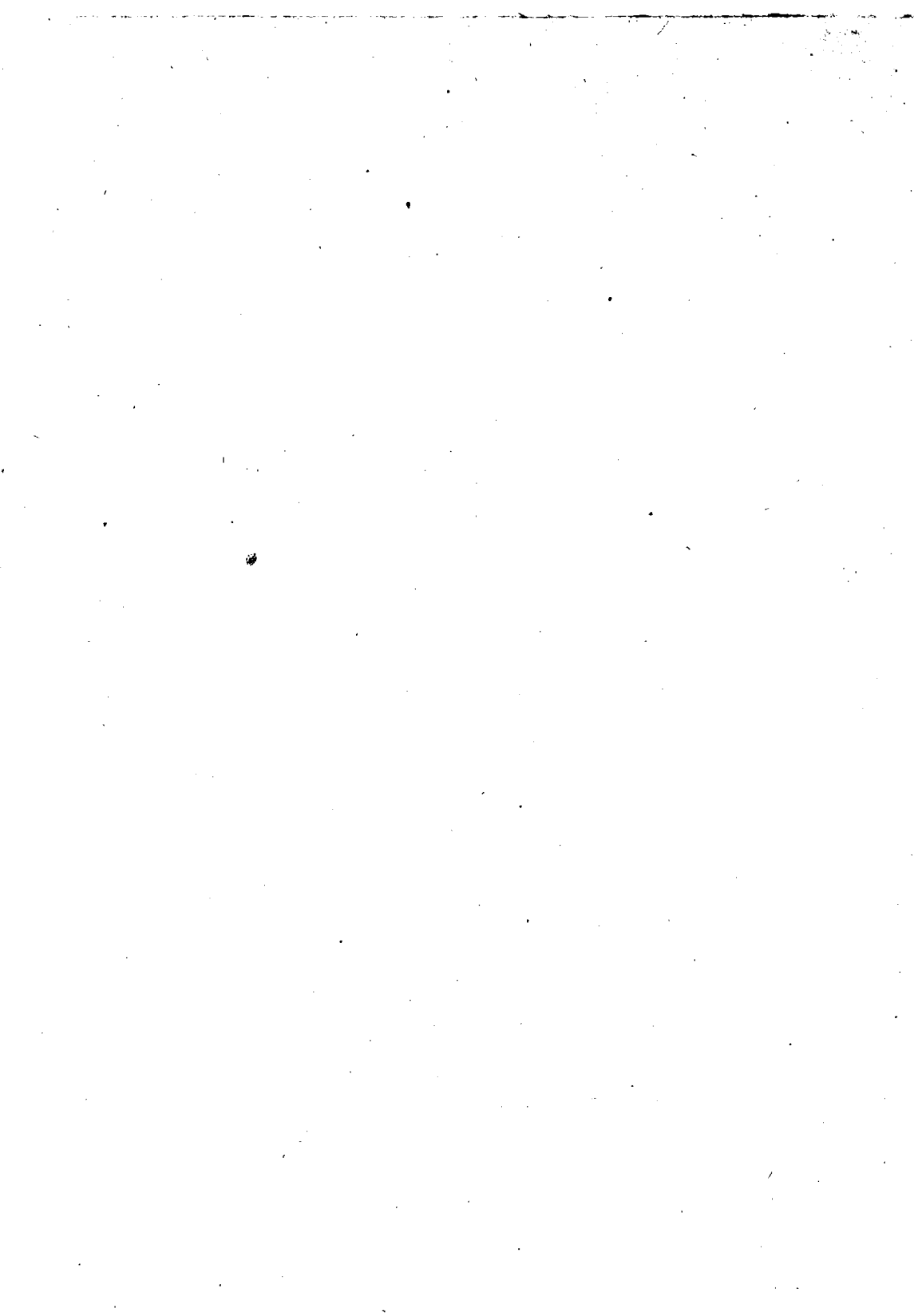
Bethencourt y Enguerran se unieron para estafar a Gadifer e imposibilitar la conquista de las Canarias, repartiéndose equitativamente lo robado. Los efectos de la nave naufragada quedaron para Bethencourt; la chalupa de dicha nave y el Collar de oro, para Enguerran; y los veinte mil maravedises fueron divididos entre ambos camaradas. Buen negocio! ..

En el libro de Juan V no se lee ni la mas leve queja contra Enguerran; esto prueba la connivencia de Bethencourt en el delito. Por el contrario, el fraile Boutier clama justicia al cielo de tamaña maldad: «Si nous plaingnions à Dieu et à tout le monde de la mauuaistié qui nous a esté faite, ainsi qu'il est plus à plain contenu et escript en ce liure en plusieurs lieux. Et se pugnición n'en est faite ce sera mauuais exemple.» (chap. IX.)

Enguerran de la Boissière ¿volvió a las Canarias? El dato que poseemos para formular esa pregunta es que al regresar Bethencourt de Normandía y llegar a Lanzarote le vienen a cumplimentar de Fuerteventura algunos hidalgos franceses que

residían en aquella isla, uno de los cuales tiene el mismo apellido del estafador. Dice así: «Iehan le Courtois, lieutenant dud. seigneur, print vng bastel et vj compagnons auecquez lui, dont Hanibal en estoit vng, *et vng nommé de la Boissiere*, et quatre aultres, et vindrent en l'ille de Lancelot...» (cap. LXXXIII.)

Juan de Bethencourt, Bertin de Berneval, y Enguerran de la Boissière, fueron los tres grandes adversarios de Gadifer de la Salle, y personifican la doblez, la traición, y el fraude.



SEGUNDA PARTE

GADIFER Y LOS INDIGENAS



CAPITULO I

EL ISLEÑO ASCHE

La rebelión de Bertin perjudicó en gran manera la conquista de Lanzarote. Los isleños se alzaron con más brío, diciéndole a Gadifer: «¿Cómo nos protegeréis, cuando vosotros mismos os traicionáis los unos a los otros? Porque nos parece que no tenéis tan firmes vuestras creencias, ni tan buena fe como nos dáis a entender.» Rota la buena armonía entre los indígenas y los conquistadores, comenzaron las hostilidades entre ambas partes, matando aquéllos algunos hombres de Gadifer e hiendo a muchos.

Así las cosas se le presentó a Gadifer un notable de la isla llamado Asche, (tío del intérprete Alfonso que Bethencourt había traído de Francia), cuyo personaje aspiraba a ser Rey, y tuvo una larga conversación con el jefe francés acerca de su pretensión. Días después, Asche envió a su sobrino Alfonso para decir a Gadifer que el rey Guadarfia le odiaba, y que mientras viviera no se obtendría la pacificación de la isla. Que solamente el Rey era el único culpable de la muerte de los franceses ocurrida hacía poco; y que si lo aprobaba, el encontraría modo de prender a Guadarfia así como a todos los que habían intervenido en la muerte de los hombres de Gadifer.

Este proyecto fué del agrado del jefe francés, y le autorizó

para que lo dispusiera todo como mejor pudiera, avisándole el día y la hora en que se diera el golpe. Pero la intención de Asche era una doble traición, ya que su propósito consistía en deshacerse primero de Guadarfia ayudado por los franceses, y después destruir a Gadifer y a sus compañeros, quedando señor de la isla y expulsados los extranjeros, máxime cuando sabía que después de la defección de Bertin, los soldados que había en Lanzarote eran muy pocos.

Cuando el traidor vió la ocasión propicia de aprisionar a Guadarfia, dió aviso según lo convenido al jefe francés de que el Rey se encontraba en una aldea cercana a Laracif (Arrecife) acompañado de cuarenta de sus hombres. Ocurría esto el 24 de noviembre de 1402.

Gadifer esperó la noche para dirigirse al lugar señalado por Asche, llevando en su compañía veinte hombres y los guías necesarios. Al amanecer llegaron a las inmediaciones del castillo o fortaleza donde estaba el Rey con sus parciales. Seguidamente los franceses intentaron penetrar en el edificio, pero la puerta estaba bien defendida resistiendo bien desde el interior, hiriendo a muchos de los asaltantes.

Entretanto, los isleños abrieron un agujero en la trasera de la fortaleza por donde escaparon cinco de los autores de la muerte de los compañeros de Gadifer; de esos cinco, tres quedaron gravemente heridos por los franceses. Al fin se pudo entrar por la fuerza, siendo aprisionados todos, menos los cinco que huyeron por la trasera. Cómo no se comprobó que los indígenas cogidos tuvieran participación en la muerte de los soldados de Gadifer, quedaron en libertad a petición de Asche, menos el Rey y un indígena llamado Mahy, que fueron encadenados.

Seguidamente se les trasladó al lugar en que fueron asesinados los franceses, que ya habían sido enterrados. Encolerizado Gadifer, cogió a Mahy y le quiso cortar la cabeza, pero Guadarfia le aseguró repetidamente que era inocente y que si lo creía culpable, él se ofrecía a morir; asegurando además,

que se comprometía a entregar a los autores de los asesinatos. Contestóle Gadifer que mirara bien lo que decía porque había de averiguar la verdad, y el Rey confirmó su promesa.

Desde allí fueron al castillo de Rubicón donde pusieron al Rey dos pares de grillos muy pesados, lo mismo que a Mahy; pero éste algunos días después se fugó, porque los hierros le quedaban muy anchos. Ante el temor de que Guadarfia se escapara también, le colocaron otros hierros que le lastimaban mucho.

Poco después de estos acontecimientos, se presentó Asche en el castillo de Rubicón. Venía a buscar el premio de su felonía. Gadifer convino en que sería Rey de la isla siempre que se baustizara, y de que fuese aceptado por los insulares, todo lo cual aceptó el traidor. Entonces se marchó y se vistió como Rey.

Luego Gadifer envió alguna de su gente a buscar cebada porque carecían de pan, logrando reunir abundante cantidad que encerraron en el antiguo castillo construido por Lanceotto Marocello. De allí se dirigieron siete de los expedicionarios a Rubicón para traer más hombres que les ayudaran a transportar la cebada recogida.

Habían recorrido un buen trecho de camino cuando les salió al encuentro el nuevo rey Asche con buen golpe de los suyos, y bajo apariencia de buena amistad pretendió unirse a los franceses; pero éstos que habían comenzado a desconfiar de las intenciones de Asche, dado el número de indígenas que le acompañaban, permanecieron unidos sin mezclarse con los insulares, excepto su compañero Guillermo d'Andrac, que como nada recelaba iba con los naturales, y así caminaron largo rato.

Cuando Asche creyó el momento oportuno ordenó que los isleños se arrojaran sobre Andrac, que cayó al suelo con trece heridas, y allí hubiera muerto si los compañeros al oír el ruido de la lucha no se lanzaran vigorosamente sobre los autores de

tan inícuca agresión, rescatando no sin trabajo al compañero y llevándolo gravemente herido a Rubicón.

La ambición de Asche proclamándose Rey, y su traición a Gadifer, fueron muy pronto castigadas. La noche del día que hirieron a Andrac sucedió que el verdadero Rey, que estaba dotado de una fuerza hercúlea, logró escapar de la prisión arrancando la cadena y los grillos de la pared a que estaban sujetos, llevándose los consigo. Inmediatamente se trasladó al castillo de Zonzamas y ordenó que se prendiera a Asche, haciéndole morir apedreado, quemando luego su cadáver. Que este es el trágico fin de los traidores!

La gente de Gadifer que había quedado en el Castillo Viejo, al tener noticia de la infame agresión de que fué objeto Andrac, indignados y como represalia, cogieron a un indígena que llevaban con ellos, le cortaron la cabeza y la clavaron en un palo muy alto para que pudiera ser vista de todos desde muy lejos.

Desde entonces comenzó una guerra sin cuartel entre conquistadores e indígenas, aprisionando y matando los franceses a muchos naturales, hasta el extremo de ocultarse éstos en las cuevas, tapiándolas para no dejar rastro. Mientras la mayor parte de los hombres de Gadifer perseguían por los campos a los isleños, otros permanecían en Rubicón custodiando a los prisioneros.

Tan asombrado estaba Gadifer de la tenaz resistencia de los indígenas, que el monje Boutier pone en boca de aquel jefe las siguientes palabras:

«Y es el propósito de Gadifer que si no encontramos otro remedio, mataremos a los hombres que defienden el país, lo que ya hemos comenzado, y conservaremos las mujeres y los niños para hacerlos bautizar, hasta que Dios quiera disponer otra cosa. El día de Pentecostés y el domingo anterior, hemos bautizado hombres, mujeres y niños hasta el número de ochenta, a los cuales Dios quiera por su gracia confirmarlos en

nuestra santa fe, sirviendo de buen ejemplo a todo este país...»

Pero lo más difícil era proveerse de mantenimientos. Los isleños de Lanzarote como los de Fuerteventura subvenían a sus necesidades con la leche y carne de las cabras que poseían en cantidades extraordinarias, pero al alzarse contra los invasores recogieron y ocultaron el ganado, y como estos estaban acostumbrados a comer pan, pasaban muchas miserias.

Por fin, el 1.º de junio de 1403 llegó al puerto de la isla Graciosa una nave con víveres para Gadifer y sus compañeros, la que fué recibida con verdadera alegría y regocijo por todos, bendiciendo a Dios, dice Boutier, porque en verdad estábamos en el último extremo cuando el barco arribó al puerto de Rubicón. Este buque fué, según dijimos, el que la esposa de Bethencourt envió desde el puerto de Harfleur a Sevilla sin gente ni provisiones.

Los tripulantes de la nave dieron noticia de los traidores que con Bertin de Berneval se trasladaron a España, las que ya hemos expuesto. Veamos ahora lo que les ocurrió a los gascones que Bertin dejó en las playas de Lanzarote.

Al echar en tierra Bertin a los gascones, éstos comprendieron entonces su mal proceder, y algunos se confesaron con el presbítero Juan Leverrier, diciéndole: «Si nuestro señor Gadifer quisiera perdonarnos la maldad que contra él hemos cometido, le serviremos durante nuestra vida.» Después encargaron a Guillermo d'Allemaigne que fuera a donde estaba el caballero potevino y le dijera el propósito de que estaban animados y su arrepentimiento, regresando con la contestación.

Pero desconfiando por su tardanza de la vuelta del emisario, y del perdón de sus faltas, tomaron la desesperada resolución de embarcarse en la chalupa que había quedado de la nave de Gadifer, dirigiéndose en rumbo directo a tierra de moros. Por mala direccién de la embarcación, esta zozobró a quinientas millas de Lanzarote pereciendo diez de los doce hombres que la tripulaban, y los dos que se salvaron

fueron hechos esclavos por los sarracenos al llegar a tierra.

Boutier cuenta acerca de la chalupa un hecho verdaderamente insólito. Dice el fraile: «Y aconteció un hecho maravilloso; que una de las chalupas de la nave de Gadifer que los traidores se llevaron por el mes de octubre de 1402, con la que se aventuraron en la costa de Berbería, apareció sana y entera desde más de quinientas millas de donde se ahogaron. Llegó al puerto de la isla Graciosa en el mes de agosto de 1403, al mismo sitio de donde había sido cogida, cuando el traidor Bertin de Berneval engañó a los gascones, y los echó de la nave, poniéndolos en tierra. Y este hecho lo tenemos por asombroso, por que es un gran consuelo para nosotros.»

Después de descargar la nave las vituallas que traía para la gente de Gadifer, el capitán del buque se dispuso a recorrer las islas con objeto de efectuar alguna ganancia si podía, pues con esa condición trajeron las provisiones y realizaron el viaje, ya que Bethencourt consiguió del rey de Castilla que nadie podía navegar a estas islas sin orden o licencia del barón normando, según ya vimos, al estudiar la personalidad de Juan de Bethencourt.

CAPITULO II

GADIFER SOMETE LANZAROTE

La constante persecución de los insulares por la gente de Gadifer, terminó con un golpe de mano decisivo que fué la prisión por tercera vez de Guadarfia, rey de la isla.

Este jefe había sido hecho prisionero tres veces después de la invasión de la isla por los franceses. La primera fué cautivado por Bertin de Berneval, logrando fugarse; la segunda ocurrió el 24 de noviembre de 1402 por los hombres de Gadifer, huyendo después de dos tentativas con los hierros que arrancó de la pared en que estaban sujetos; por último, el 25 de enero de 1404 cayó de nuevo en poder de sus enemigos con diez y nueve de sus súbditos.

Este punto interesante de la historia de Lanzarote se encuentra completamente deformado en el ms. de Juan V. Hagamos su estudio comparándolo con el texto de P. Boutier. Dice este autor:

«Car ceste chose de la prinse du roy avint *le jeudi XXV jour de janvier mil cccc et trois* (es de 1404). Et après ce, le jour de quaresme entrant, nous requist le roy qu'il fust baptisé, lui et tout son mesnage. Si le fut le premier jour de quaresme ensuiuant. Et selon ses parolles et sa manière nous avons esperance

INSTITUTO DE
ESTUDIOS CANARIOS



LA FACULTAD DE CIENCIAS

qu'il sera bon chrestien, si Dieu plaist.» (chap. 43, ed. Margry, p. 204.)

Oigamos lo que dice el mistificador acerca de este extremo:

«*L'an mil cccc et quatre, le jeudi XXV jour de fevrier, devant caresme prenant, le roy de l'ille Lancelot, payan, requist monseigneur de Bethencourt que il fut baptisé; le quel fut baptisé, lui et tout son menage, le premier jour de quaresme, et monstroit par semblant qu'il avoit bon vouloir et bonne esperance d'estre bon crestien; et le baptiza messiere Jehan Le Verrier, chappellain de monseigneur de Bethencourt, et fut nommé parle dit seigneur Loys.*» (chap 46, ed. G. Gravier, pág. 74.)

Del cotejo de ambos pasajes se desprende que la prisión de Guadarfia se realizó según Boutier el 25 de enero de 1404 (moderno estilo) y no el 25 de febrero del mismo año como escribe el autor del código de Juan V. Según las tablas cronológicas, el 25 de febrero de 1404 cayó en lunes y no en jueves como afirma el autor de la falsificación; y el primer día de Cuaresma del citado año fué el lunes 11 de febrero, fecha en que se bautizó el rey de Lanzarote y se rinde la Isla; por consiguiente, cuando el ms. de Juan V afirma que el 25 de febrero «devant caresme prenant» o sea antes del martes de Carnaval, pedía Guadarfia que se le bautizara, este acontecimiento había ocurrido catorce días antes.

Otra cuestión de no menor interés es la formulada por el impostor del código de Juan V, acerca del regreso de Juan de Bethencourt a las islas que hace coincidir con la prisión de Guadarfia el y bautismo de ese Rey. Para ello omite fechas y trastorna los hechos. Estudiemos el cap. XLV de dicha Crónica que comienza así:

«Le iour proprement que la barge arriua au port de Rubicón au retour des isles, la barge se partit et s'en ala en vng autre port nommé Laratif. Là leur fit on liurer char pour leur retour; et se partirent de là pour eulx en aler en leur pais en Espagne...» La nave a que se refiere el texto es la que llegó al

puerto de la Graciosa el 1.º de julio de 1403 según ya vimos, y en la cual Gadifer recorrió las islas. El ms. de Juan V nos dice que el mismo día que dicha nave llegó al puerto de Rubicón de regreso de las islas, salió para el puerto de Arrecife, donde se le proveyó de carne para su viaje de vuelta a España.

Y continúa diciendo: «Et là transmit vers mons. de Bethencourt par Gadiffer vng gentil home nommé Gyeffrey d'Ausonville, lequel porta lettres à mons. de Bethencourt come tout se portoit, et tout le demène que lad. barge auoit fait.» cuya traducción es como sigue: «En ella envió Gadifer un hidalgo llamado Godofredo de Ausonville, con cartas para el señor de Bethencourt dándole cuenta del estado de las cosas, y de la expedición hecha en la nave.»

Lo transcrito es una nueva mentira. El falsificador teniendo en cuenta que el fraile Boutier no señala el día en que Gadifer envía a Bethencourt al hidalgo Ausonville, lo hace embarcar en esta nave, para darle cuenta de la expedición cuando en realidad su misión fué muy distinta, según veremos a continuación.

«...et auoit en charge Gadifer moult expressément à Joffroy Dansonuile et lui bailla assez de quoy, qu'il fust retourné vers nous, à tout grant planté de vitailles, *dedans la feste de Noël prochain venant*, car nous n'auions viurez que pour iij mois bien escharément, et il nous promist par sa foy que si seroit-il, mais il ne nous a mie tenu parole, *dont nous sommes merueillez qu'il n'est autrement venu deuers nous ou qu'il ne nous a enuoyé des viures*, autant qu'il nous auoit promis, *car il scet bien que, quant il partit de nous*, que nous n'auions viures que pour iij mois de là ensuyuant, *lesquelx sont passés dès Noël*, pour quoy nous estions en grant poureté de viures...» (chap. XLII.)

Que vuelto al castellano quiere decir: «Gadifer había encargado expresamente a Joffroy Dansonville entregara (a Bethencourt una carta diciéndole que trajera) para cuando volviese,

abundante cantidad de mantenimientos para la próxima fiesta de Navidad, pues no teníamos víveres sino para tres meses escasamente, y nos prometió por su fe que así lo haría, pero no ha cumplido su palabra, y estamos maravillados de que no haya vuelto ni nos haya enviado vituallas a pesar de haberlo ofrecido, pues él bien sabía cuando marchó que no teníamos mantenimientos sino para tres meses, los que se han cumplido desde Navidad, por lo que estamos con gran escasez de víveres...»

De la lectura de lo transcrito se desprende que el señor Ausonville fué encargado por Gadifer para que gestionara de Bethencourt el envío de provisiones; que éstas se enviaran antes de la Navidad de 1402, según lo confirma otro pasaje de la Crónica; que al no regresar el hidalgo en cuestión y el haber pasado la Navidad demuestra plenamente que el viaje de Ausonville no fué en el momento que señala el ms. falsificado sino muy anterior a esa fecha, acaso en el otoño del precitado año de 1402 utilizando para ese fin la nave «Morella» de Francisco Calvo, el amigo de Gadifer.

A renglón seguido el falsificador inventa la llegada de Bethencourt desde España. Hé aquí sus palabras:

«Mais deuant que icelle barge arriust en Espaingne, Monseigneur de Bethencourt fut arriué au port de Rubicón à belle petite compaignye, et messire Gadiffer et toute la compaignye vindrent au deuant de lui. On ne saroit dire la grant chere que on lui faisoit. Là y vindrent les Canariens qui c'estoient fait batiser, qui se couchoient à terre en lui cuidant faire reuerence, disant que c'est la costume du pais et leur maniere...» Dice en castellano: «Pero antes de que esta nave (la anteriormente indicada) llegase a España, el señor de Bethencourt arribó al puerto de Rubicón con una pequeña pero lucida compañía, y el señor de Gadifer con su compañía salió a su encuentro. No sabría explicarse el recibimiento que se le hizo. Allí fueron los canarios que estaban bautizados, que se postraron en tierra...»

Veámos según el ms. adulterado, cuando Juan de Bethencourt llega a Lanzarote desde España. Afirma el monje Boutier que la nave ya referida, provista de víveres salió de Arrecife con dirección a Sevilla, pero a los tres días de viaje regresó anclando en el puerto de la isla Graciosa donde permaneció nueve días, zarpando de nuevo de aquel puerto el día de San Dionisio (9 de octubre de 1403). Como el texto contrahecho consigna que Juan de Bethencourt arribó a Lanzarote antes de que la nave llegase a la Península, y consignando los códices de la época que esa travesía tardaba cinco o seis días, hemos de convenir que el jefe normando desembarcó en el puerto de Rubicón entre el 14 y 15 de octubre del precitado año de 1403.

De esa manera y con una desfachatez sin igual, el mistificador trae a Juan de Bethencourt desde España con el único objeto de que presencie la prisión del rey Guadarfia, según veremos a continuación:

«Et tant que les nouuelles vindrent au roy qui tant de fois auoit esté prins, et c'est touiours eschappé, et luy et tout ses alyés eurent si très grant peur que deuant qu'il fut trois iours accomplis led. roy fut prins luy XIX^e qui leur auoit fait beaucoup de peine... Et adonc quant le demourant des Canares vit que leur roy estoit prins et qu'il n'y pouuoient plus resister, ils se venoyent tous les iours rendre a la mercy de monsr. de Bethencourt...»

Y en castellano: «Estas noticias llegaron al Rey de Lanzarote que tantas veces había sido hecho prisionero y siempre se había escapado, y él y toda su gente se acobardaron tanto que a los tres días fué de nuevo aprisionado con diez y nueve de sus parciales... Cuando los insulares que quedaban supieron que su Rey había sido preso, y que no podían continuar la resistencia, se presentaban todos los días poniéndose a la merced del señor Bethencourt...»

A continuación, el autor del fraudulento ms. da cuenta de

la rendición de Guadarfia y su deseo de ser bautizado:

«...le roy requerant qu'il parlast à monsr. de Bethencourt, et fut mené vers led. seigneur en la presence de mess. Gadifer et plusieurs autres. Et adonc led. roy se print à se coucher disant qu'il se tenoit vaincu et se mettoit en la mercy de monsr. de Bethencourt et lui cria mercy et à mess. Gadiffer. Et leur dist qu'il se vouloit faire baptiser lui et tout son hostellée, dont mgr. de Bethencourt fut bien ioieulx et toute la compagnie, car ilz esperoient que c'estoit vng grant commencement pour auoir le demourant des isles et pour les tirer toulz à la foy crestienne...»

Que corresponde al castellano: «Pidió el rey hablar con el señor Bethencourt y conducido a su presencia y a la de Gadifer y otros muchos, se prosternó declarando que se reconocía vencido y se entregaba a la merced del señor de Bethencourt, pidiéndole gracia así como al señor Gadifer. Y agregó que deseaba ser bautizado y que lo fuesen también los de su casa, de lo cual fué muy contento el señor Bethencourt y los suyos, pues esperaban que este acontecimiento como el principio de la conquista y conversión de los isleños a la fe cristiana.»

Por último, el falsificador tiene el cinismo de presentarnos a los dos jefes, Gadifer y Bethencourt, abrazados y derramando lágrimas de alegría:

«Monsgr. de Bethencourt et mess. Gadifer se tirerent à part et parlerent ensemble et s'entracolerent et beserent, pleurant l'un l'autre de grant ioye qu'ils auoyent d'estre cause de mestre en voie de saluacion tant d'amez et de personnes. Et conclurent eulx deulx comment et quant ilz seroient baptisés.» Apartados a un lado el señor de Bethencourt y el señor Gadifer, se abrazaron y besaron derramando lágrimas de placer, enternecidos al considerarse la causa de que se pusieran en camino de salvación tantas almas y tanta gente. Y acordaron entre ambos cómo y cuándo se verificaría el bautismo.»

Todo este relato que comprende el capítulo XLV es falso. Juan de Bethencourt no estuvo en Lanzarote ni en octubre ni noviembre de 1403, por cuanto el 26 de este último mes el Rey de Castilla don Enrique III mandó que le dejaran sacar y enviar a estas islas cierta cantidad de armas y mantenimientos. Por otra real cédula de 28 del precitado mes de noviembre, el monarca castellano dice: «Mosen Johan de Betancor, señor de las islas de Canaria, mi vasallo, me dijo que por cuanto él por servicio de Dios e mío *entiende ir a la conquista de las dichas islas...*» Estas palabras declaran de un modo terminante la estancia de este jefe en España, y demuestran la falsedad y mala fe del autor de la Crónica de Juan V.

Viera y Clavijo cita otra real cédula de Enrique III que conoció, dice, Iñiguez de Atave fechada en Madrid el 25 de diciembre de 1403, la cual difiere en la cantidad de los géneros y provisiones necesarios para la conquista de las islas por Juan de Bethencourt, y si bien en la declaración de dicho testigo no hemos encontrado esa fecha, y acaso hubo error en Viera, no es menos cierto que tampoco en esa época Bethencourt estaba en Lanzarote.

La verdadera data del arribo del barón normando a las Canarias la consigna el fraile Boutier, y fué el 19 de abril de 1404, citándola en dos ocasiones: una en el prólogo de su Crónica, y otra en el cap. LXI (pág. 234 de la ed. Margry). El falsificador también la conocía, pero la modifica a su antojo y sin referirla al regreso de Bethencourt, involucrando sucesos y fechas para que el barón presenciara la prisión de Guadarfia y el bautizo de éste rey.



CAPITULO III

PENALIDADES DE LA CONQUISTA

La prisión y bautismo de Guadarfia dió por resultado la sumisión de la isla a las armas francesas, suceso que fué obra de la constancia, valor y energía de Gadifer y sus compañeros, sin auxilio de Juan de Bethencourt quien se pasó en España el tiempo que duraron las hostilidades. Las repetidas quejas y los reproches que en la crónica del fraile Boutier se leen a cada paso acerca del abandono en que el barón dejó a Gadifer demuestra nuestro aserto.

¿Con cuántos soldados se conquistó Lanzarote? Si atendemos a lo que nos dice la crónica ya citada, su número fué insignificante. El total de los guerreros que formaban la expedición al salir de La Rochela fué el de ochenta hombres, de los cuales desertaron diez y siete en el Puerto de Santa María, quedando solamente sesetan y tres, (que de IIIXX personnes n'en demoura que Ixiiij...) Estos fueron los que llegaron a Lanzarote.

Poco después del desembarco en la isla acontece la traición de Bertin de Berneval. Este propuso al patrón de la nave española «Morella» le llevase a España con treinta compañeros, entregándole en cambio cuarenta insulares que podía

vender como esclavos (qu'ilz l'emmenassent auecques euls *et trente de ses compaignons* et qu'il leur demeroit quarante Canares des meilleurs qui fussent en l'isle Lancelot...»

El capitán rechazó la oferta, que más tarde aceptó el del buque «Tajamar» embarcando a los sediciosos, mediante la entrega de unos veinte y dos indígenas. Pero Bertin de Berneval expulsó de la nave a los gascones en número de doce, los cuales desesperados de alcanzar el perdón de Gadifer, se embarcaron en una chalupa con dirección a Berbería, pereciendo ahogados diez y sólo dos lograron alcanzar tierra.

Con tan sensible disminución en las fuerzas, la expedición quedó reducida a unos treinta y tres hombres, de ellos solamente tres pertenecían a la compañía de Juan de Bethencourt, al menos así lo afirma el fraile Boutier en diversos pasajes. Oigámosle: «Et se, Gadifer, eust eu aucun pou de nauires à l'aide de ses gens, car des Bettencourt *n'y auoit-il que trois...*» (chap. XXX.) En otro capítulo especifica los que eran: «car il (Bethencourt) n'y a eu *que trois de ses gens*, Jehan le Courtois et vn preste de Auberlosec qui n'y demoura que vn an...» (chap. IX.) Por último, nos da la razón del número tan exiguo de los hombres del barón: «Et quant aux gens que Bettencourt laissa à Gadifer, quant il s'en ala, *ilz ont esté tous trais-tres auecques Bertin, excepté iij*, c'est assauoir Jennequin Daurbonc, Jehan le Courtois et vn preste...»

Los tres parciales de Bethencourt o mejor dicho dos, pues el sacerdote no cuenta en los casos de guerra, poco influyeron en la conquista de Lanzarote.

La gente de Gadifer puede calcularse en unos treinta hombres, de los que si restamos los dos muertos por los insulares, el trompeta Courtille que pasó a la Península, y algún otro más, le quedarían unos veinte y cinco soldados. La prisión de Guadarfia acredita nuestro aserto: «Si se parti Gadifer incontinent *et print XX de ses compaignons* auecques lui...» (chap. XXVII.)

De lo expuesto se desprende que el jefe francés podía disponer casi al final de la conquista de veinte de los suyos (compagnons), y como necesariamente tenía que dejar guarnecido el castillo de Rubicón, para custodiar víveres, armas y prisioneros, hemos de aceptar que contaba con cinco o seis soldados además de los veinte que llevó consigo.

Pero esta conquista no se llevó a efecto sin fatigas y trabajos enormes. Veámos lo que nos dice Boutier: «et nous auons esté deux ans et demy couchans à terre plaine, sans drap, linge ni lange, fors qu'en la poure robe déssirée que nous aunions resque, dont nous fusmez moult greuez, et aussi pour le grant trauail, qu'il nous a conuenu prendre contre nous ennemis, *lesquels nous auons mys du tout à mercy* et par la grace de Dieu les auons baptisiéz espécialement ceulx de l'isle Lancelot et mys à notre foy...» (chap. LX.)

Y traducido: «Acostumbrados a comer pan, hemos estado mucho tiempo sin él y sin vino, viviendo de carne que era el único alimento, y así hemos estado dos años y medio, durmiendo en el suelo, sin sábanas, sin ropa blanca, ni otro abrigo que el pobre traje talar que habíamos recibido al partir, ya destrozado, en lo que fuimos muy perjudicados y también por el gran trabajo que nos ocasionaron nuestros enemigos, *a los que hemos al fin sometido y por la gracia de Dios, bautizado y convertido a nuestra santa fe, singularmente a los de la isla de Lanzarote.*»

Confirma estas palabras el cap. 39 de Boutier. Gadifer regresa de visitar todas las islas aportando a Rubicón. «Et vindrent tous sains et haitiez et nous trouèrent touz en bon point et auions plus de iijxx prisonniers au chastel de Rubicón et en y auoit en grant foison de mors et tenoins nos ennemis entel point qu'ilz ne sauoient plus que faire. Et se venoient, deiour en iour, rendre en nostre mercy, puis les vns puis les autres, tantqu'ilz sont pou demourez en vie qui ne soient baptisiéz, espécialement de gens qui nous

puissent greuer et sommes au-dessus de nostre fait du tout...»

Que vuelto al castellano, dice: «Todos llegaron saludables y satisfechos, y de igual modo encontraron a sus compañeros, quienes tenían en el castillo de Rubicón más de ochenta prisioneros, habiendo muerto a muchos insulares, teniendo a los enemigos en tal aprieto que no sabían donde refugiarse. Cada día vienen a ponerse bajo nuestra protección ora unos ora otros, tanto que ya son muy pocos los que no han sido bautizados, especialmente de los que más podía temerse, *de suerte que se considera terminada la conquista.*»

Por eso el fraile Boutier hace un caluroso elogio de los compañeros de Gadifer que permanecieron fieles a su capitán sirviéndole con heroica disciplina en los momentos más difíciles de la conquista, dedicándoles un capítulo, el XLI, que el mistificador del libro de Juan V se cuidó mucho de suprimir, ya que le interesaba ocultar la brillante actuación de Gadifer y atribuiría a Bethencourt. Como homenaje a aquellos soldados que por vez primera cristianizan un territorio fuera de Europa, daremos a conocer en castellano ese capítulo que ha permanecido desconocido de nuestros historiadores durante cinco siglos. Dice de esta manera:

«Dejaremos esta materia por ahora, y hablemos de aquellos que han cumplido bien con su deber por aquí cada día, y no quisieron unirse a los traidores capitaneados por Bertin de Berneval, a saber: Remonnet de Levedan que vino desde el principio con Gadifer, acompañándole diez hombres de armas y otros compañeros muy bien aparejados, la mayor parte nacidos en el país de Bigorre, todos los que han sido traidores con Bertin de Berneval, menos el ya nombrado Remonnet, Jamet de Barège, Tolle du Pont, y Bernard de Coite, que fué muerto por los isleños poco después de la traición que Bertin de Berneval cometiera, y un bretón que iba con él, llamado Yvonnet de Launay, hombre muy decidido; y es siempre Remonnet y sus compañeros quienes se han mantenido bien

y valientemente en todos los peligros donde se han encontrado.

«En cuanto a las gentes que Bethencourt dejó a Gadifer cuando se fué, todas fueron traidoras con Bertin excepto tres, a saber: lennequin Dauberbone, Jehan le Courtois y un cura que han soportado bastantes penas y fatigas con Gadifer, y siempre se han sostenido valerosa y vigorosamente, y también todos los demás compañeros, de los cuales algunos son aquí nombrados, a saber: Pierre du Plesis, Guillén Danderrac, Pierre Enguerran, Guillaume d'Alemaigne, y muchos otros, especialmente uno llamado Jehan le Masson, y otro apellidado Girard de Seurberay, que han sido siempre los más arriesgados y los que más veces han peleado con sus enemigos, y siempre los han vencido.

«Y no hace mucho que los dos (ya nombrados) se encontraron con una multitud de insulares trabando pelea con ellos, apresándolos, y Masson cogió a uno y Girard hirió a otro con una flecha en el pecho, huyendo los demás, y cuando el que Girard había apresado se vió correr la sangre, volvió sobre Girard y le tiró a tierra arrastrándolo gran trecho por los cabellos, y cogió de las flechas que Girard tenía y le hirió muchas veces, intentando matarlo; después que lucharon por mucho tiempo, Girard logró ponerlo debajo y lo mató; y todos los demás compañeros han tenido muchas veces encuentros con los isleños pero nunca estuvieron en gran peligro como el reseñado, y siempre han obtenido la victoria gracias a Dios, menos los dos que mataron los insulares poco después de la traición de Bertin de Berneval.

«Sin embargo, ellos llevaban la mejor parte en la lucha, y cayeron más por alevosía que por otra causa, porque al principio los isleños les mostraban cariño, tanto que se fiaron de ellos; entonces se fueron apoderando de sus armas y después les atacaron, y los dos pobres compañeros se aprestaron a la defensa combatiendo por mucho tiempo, pero al fin, no pudiendo resistir más, sucumbieron entre grandes martirios;

pero han sido cumplidamente vengados después por que nosotros hemos matado por los dos más de cincuenta ya de aquellos que intervinieron en esas muertes ya de los que no tomaron parte en ellas.»

Terminaremos este capítulo insertando, traducida, la descripción de la isla de Lanzarote la primera conquistada del archipiélago canario, descripción que discrepa de la que figura en el ms. de Juan V, que ha sido la única conocida hasta ahora.

«La isla de Lanzarote está a cuatro leguas de la isla de Erbania, por la parte del norte nordeste, y entre estas dos islas está la de Lobos, que es casi redonda y está despoblada; su extensión será la de una legua de largo y otra de ancho, y dista como un cuarto legua de Erbania: tiene un muy buen puerto para galeras. A esta pequeña isla acude un maravilloso número de lobos marinos de los cuales pudiera beneficiarse cada año en pieles y grasa, un valor de más de quinientas doblas de oro o más; y en cuanto a la isla de Lanzarote (Lancelot), a la que los naturales llaman en su lenguaje Tyterogakaet es de la forma de la isla de Rodas.

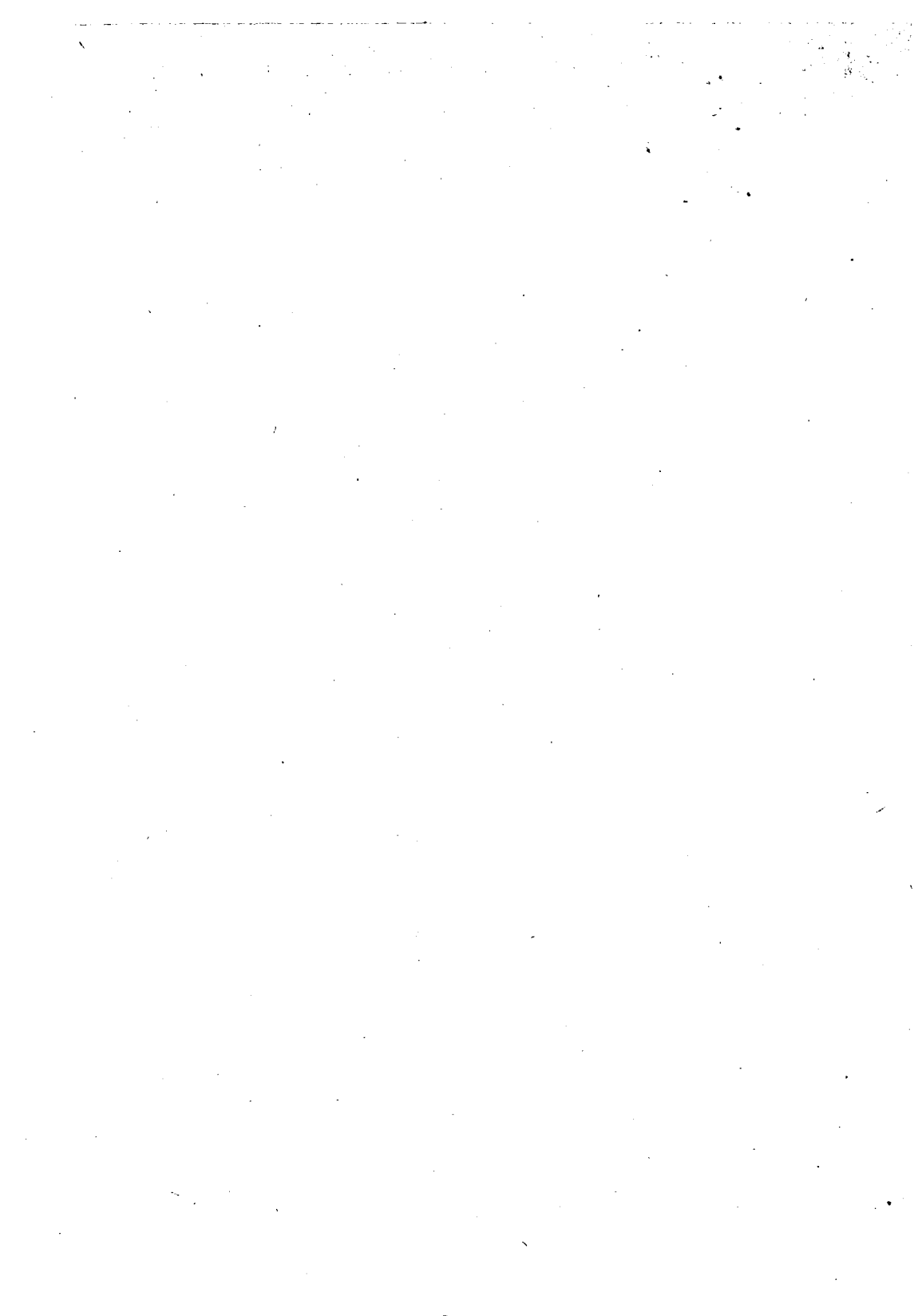
«Tiene muchas aldeas y buenas casas, y estuvo en un tiempo muy poblada, pero los españoles, los aragoneses y otros corsarios, saquearon esta isla muchas veces aprisionando y llevándose esclavos a sus habitantes, en tanto número que hoy quedan muy pocos, pues cuando nosotros arribamos a la isla no excederían de trescientas personas, las que nos han puesto en mucho cuidado y en gran trabajo, y por la gracia de Dios al fin las hemos bautizado. Por la parte de la isla Graciosa el terreno y la entrada de la isla es tan escabrosa que no es posible penetrar en el país a viva fuerza; por la parte que mira a la Guinea (Guinoye) que es la tierra firme de los sarracenos, la isla es llana y muy bella; tiene un excelente puerto que se llama Laracif (Arrecife), para invernar toda clase de navíos; el país es hermoso y llano.

«Está despoblado de bosques, tan sólo hay algunos peque-

ños arbustos, solo útiles para el fuego; de estos arbustos el que llaman higuera (cardones?) que se extiende por toda la isla de un extremo al otro, dá una especie de leche muy medicinal y no puede arder en modo alguno hasta que esté seco y podrido, y tarda mucho tiempo en secarse; posee muchas fuentes y cisternas, abundantes pastos y buenas tierras de labor; recógese gran cantidad de cebada, de la que se hace muy buen pan.

«La isla está bien provista de sal; sus habitantes son de hermosa presencia, los hombres andan desnudos completamente, cubiertos tan solo por un mantelete que les cuelga por la espalda hasta los muslos, y no se avergüenzan de llevar descubiertas sus carnes; las mujeres son bellas y van honestamente cubiertas de grandes hopalandas de piel que llegan hasta el suelo. La mayoría tienen tres maridos y alternan por meses en sus funciones conyugales, y el que la deba poseer después le sirve de criado a la mujer durante el mes que el otro la tiene, y así lo hace cada uno siempre que le toca el turno.

«Las mujeres son muy fecundas y los hijos muy hermosos, graciosos y tan blancos como los nuestros, pero como andan a la intemperie y sin vestidos, se les oscurece la piel; las mujeres son escasas de leche en esta isla, y por eso no les dan el pecho a sus hijos sino que los alimentan con la boca, y por eso tienen comúnmente el labio inferior más largo que el superior, lo que las afea mucho. En cuanto a las otras islas no pasa tal cosa... pues dan el pecho a sus hijos de igual modo que en tierra de cristianos.»



TERCERA PARTE

LA RUPTURA DE LOS JEFES DE LA EXPEDICION



CAPITULO I

GADIFER Y BETHENCOURT FRENTE A FRENTE

La conducta del barón abandonando a los compañeros de la expedición, hizo que el fraile Boutier pusiera en boca de Gadifer las siguientes palabras: «Et si auoit Gadifer bonne esperance en la déligence et en l'auenue de Bethencourt son compaignon, iusques à tant qu'il a sceu le malicieux tour qu'il l'y a fait, *et li sembloit bñ que, li venu, ilz eussent mis leur fait en si bonne ordenance...*» (chap. LI.) Y en castellano: «Gadifer tenía fundadas esperanzas en el rápido regreso de Bethencourt su compañero, hasta que ha sabido el mal que ha hecho «y le parece que cuando llegue deben arreglar sus asuntos...»

Al fin regresa Juan de Bethencourt a las islas. Oigamos la crónica de Boutier: «Puis arriua Bettencourt à Rubicón le xix iour d'Auril mil cccc et iij, enuiron deux ans qu'il nous deuoit auoir secouru de gens et de vitaille, mais tout le secour de gens qu'il nous a amené, ce sont deux gentilx hommez qu'il trouua en Espagne, l'un nommé Sanche de la Calliége, et l'autre Guill'me d' Auberbonc et deux valléz...» (chap. LXI.) Que vuelto en nuestro idioma, dice: «Luego llegó Bethencourt a Rubicón el día diez y nueve de abril de mil cuatrocientos cuatro, después de pasar casi dos años sin habernos auxiliado con gente ni provisiones, pero todo el socorro que nos trajo

fueron dos hidalgos que encontró en España, uno llamado Sancho de la Calleja y el otro llamado Guillermo de Auberbonc, y dos criados...»

Llegó pues, el momento de arreglar sus asuntos ambos jefes, como dice la crónica. Veamos como el ms. de Juan V describe ese momento, si bien desconfiamos de su veracidad. «Vn iour aduint que en l'an mil cccc et vn (léase 1404) mess. Gadiffer de la Salle estoit très fort penssif; tant que monsieur de Bethencourt lui demanda qu'il auoit et pour quoy il faisoit si estrange chere. Adonc led. Gadiffer lui dist qu'il auoit esté vng grant espasse de temps en sa compagnie, là où auoit eu de grant traualx; et que il lui feroit bien mal d'auoir perdu sa paine, et qu'il lui baillast vne ou deulx de ces isles, à celle fin qu'il les omentast et mist en valeur pour lui et les siens; et outre dit aud. Bethencourt que il lui baillast l'isle d'Erbennye et vne autre isle qui s'appelle d'Enfer et la Gomere, toute fois toutes ycelles n'estoient pas encores conquises, et y auoit beaucoup à faire à les auoir...» (chap. LX ed. Gravier.)

Dice en castellano: «Un día que en el año de 1404, estaba Gadifer de la Salle muy pensativo, le preguntó Bethencourt que tenía y por que mostraba tan extraño semblante. Entonces Gadifer le contestó que hacía mucho tiempo que le acompañaba, pasando muchos trabajos, y que no había sacado provecho, y que le cediese una o dos islas, para ponerlas en valor y aumento para él y los suyos; además, dijo al referido Bethencourt que le cediese la isla Erbania, y otra isla llamada Infierno y la Gomera, aunque esas islas no estaban aun conquistadas, y quedaba harto que hacer para someterlas...» (9)

Cuando Bethencourt oyó esta pretensión, contestó a Gadifer recordándole que había salido de Grainville y embarcado en la Rochella donde le encontró como aventurero; agregando que las islas no estaban aún conquistadas ni en el estado en que pensaba ponerlas, ya que se prometía someterlas todas y bautizar a sus habitantes; terminando con las siguientes pala-

bras: «Je vous prie que il ne vous anuye point, car il ne m'a nuye pas d'estre avecquez vous. Mon intencion n'est point que perdiés vostre paine, et que vous ne soiez remuneré, car il vous appartient bien. Je vous prie que nous paracheuons et fesosns tant que nous soions freres et amys.»

Estas razones artificiosas del ms. de Juan V no podían satisfacer en modo alguno a Gadifer, quien le echó en cara a Bethencourt el haberse erigido en señor de las islas, cuando el convenio establecido entre ambos era dividirse las ganancias. A este cargo contestó Bethencourt: «Quant au regart de ce que vous distes, il est bien vray que i'en ay faict l'ommage, et aussi ie m'en tien le vray seigneur, puis qu'il plaist au roy de Castille. Mais quant pour vous contenter, se il vous plaist atendre la diffinitive de nostre affaire, ie vous bailleré et laisseré tel chose, de quoy vous serés content.» (ibidem).

Rota la amistad surgieron las hostilidades entre ambos jefes. Un pasaje de la crónica publicada por Gravier, dice hablando de los habitantes de Fuerteventura: «Et ceulx qu'ilz ont peu prende vifs, il les ont fait passer en l'ille Lancelot, auesquez le roy, qui auoit demouré avec eulx depuis que mons. de Bethencourt et Gadifer se partirent de là affin qu'il fit labourer et rouuir les fontaines et les cisternes, que mons. de Bethencourt auoit fait destruire par Gadifer et la compagnie, *durant la guerre d'entre eulx, pour certaines causes, par auant qu'il eut le pais conquis.* Et orendroit y a tant de bestial, tant de priué comme sauuage, qui est de nécessité que elles soient ouuertes, car autrement les bestez ne pouroient viure.»

Que quiere decir: «Y a los que pudieron coger vivos (de los habitantes de Fuerteventura) los hizo pasar a la isla de Lanzarote con el rey que había permanecido (en la isla) cuando el señor Bethencourt y Gadifer se embarcaron (?), a fin de que cultivaran la tierra, y rehabilitaran las fuentes y pozos, que Bethencourt había hecho destruir por Gadifer y sus compañeros, *durante la guerra entre ellos, por ciertas causas antes*

de haber conquistado el país. Y eran muy necesarias para abreviar el ganado tanto doméstico como salvaje, que siendo en gran número moriría de sed.»

Esto demuestra la enemiga de ambos Jefes. Bethencourt y Gadifer se combaten, valiéndose de todos los medios imaginables. Cuando ya en Lanzarote no pudieron continuar peleando por falta de agua, pasaron a Fuerteventura. En esa isla comenzó Bethencourt un castillo en la pendiente de una montaña junto a un arroyo de agua corriente, que llamó Rico-Roque, distante una legua del mar, y Gadifer hizo una torre a dos leguas del puerto de Jardina en una llanura cerca del bosque y de un riachuelo de aguas corrientes, a la que llamó «Vau ta» según Boutier, y que es el «Baltarhayz» del libro de Juan V, y el «Valtarajal» español y de los portulanos medievales. (10)

Después de fortificarse se reprodujeron de nuevo las desagradables rencillas comenzadas en Lanzarote. Parece según la crónica adulterada que Gadifer envió a Bethencourt una carta amenazándole, y que éste le contestó en igual tono. Oigamos a Gravier:

«Après que mons. de Bethencourt eut commencé à soy fortifier, led. sgr. et mes. Gadiffer ourent plusieurs parolles ensemble, lesquelles n'estoient pas fort plaisantes l'un à l'autre, et estoit led. mss. Gadiffer en vne place qu'il auoit aucunement fortiffiée; et rescrirent l'un à l'autre. Et y auoit aux lettres que mess. Gadiffer rescrit àmons. de Bethencourt, seulement pour toute escriture: «Se vous y venés, se vous y venés, se vous y venés» et non autre chose. Et adonc mons. de Bethencourt lui rescript par son poursuiuant, nomme Sejepuis: «Se vous y trouués, se vous y trouués, se vous y trouués» Et furent vne espasse de temps en grosse hayne et en grosses parrolles...» (chapitre LXII, ed. cit.)

En este pasaje se advierte que no solo era odio el que se tenían los dos conquistadores, sino que la expresión «Si os llegáis aquí» repetida por tres veces, y la contestación «Si os

encuentro ahí» envuelve una provocación y una amenaza, que más tarde procuró Bethencourt cumplir.

A la verdad, no sabemos lo que realmente aconteció después. La crónica de Juan V dice que pasados quince días, Bethencourt envió una brillante aunque pequeña compañía a Gran Canaria en la que partió Gadifer (25 de julio de 1404) para reconocer aquella isla; mientras el fraile Boutier no cita para nada a Béthencourt, indicando que en dicho día Gadifer salió de Fuerteventura en una nave para reconocer las islas de Gran Canaria y la Gomera, que eran las mejores, por no haberlo podido hacer en la expedición anterior.

Nosotros suponemos que entre ambos jefes hubo una transacción, y que Bethencourt accedería a que intentara Gadifer la conquista de una de esas islas o de las dos, con solo sus compañeros; o acaso que Gadifer sin anuencia de su compañero, emprendió la expedición por su cuenta y riesgo. La animosidad que existía entre los dos conquistadores explicaría este último extremo.

Véase como el fraile Boutier describe la expedición, excluyendo a Bethencourt: «El 25 de julio de 1404 partió Gadifer de la isla Erbania en una barca para ver y reconocer la Gran Canaria y la Gomera; las islas mejores, por no haber podido hacerlo en la expedición anterior, y embarcándose llegó a Canaria el jueves siguiente; en la travesía sufrió una gran tormenta y singlaron en este viaje solamente con el papafil cerca de cien millas, arribando en las cercanía de Telde, pero no se atrevieron a tomar puerto porque el viento era muy fuerte y se acercaba la noche; así pues, navegaron unas veinte y cinco millas adelante hasta un lugar llamado Arguyniguy (Arguineguin), donde tomaron puerto, permaneciendo allí once días, y llegóse a nosotros Pedro el Canario a hablarnos, y después vino el hijo del Rey, que se llama Artamy (Artemí), y vinieron también otros muchos canarios pasando a bordo de la nave como lo habían hecho otras veces.»

«Pero cuando vieron nuestra embarcación y que la gente era poca, pensaron traicionarnos; díjonos Pedro el Canario que nos permitirían refrescar la aguada y nos darían algunos cerdos, preparando de ese modo la celada. Cuando la chalupa estaba cerca de tierra para recoger las provisiones, manteniendo los canarios el cable desde tierra y los del batel el otro extremo, salió la gente emboscada sobre los nuestros, descargando una nube de piedras tal que fueron heridos todos, apoderándose los insulares de dos remos y de tres barriles llenos de agua, arrojándose muchos de aquellos al mar para llevarse la chalupa; pero Aníbal, bastardo de Gadifer, a pesar de hallarse herido, cogió un remo y adentró la chalupa en el mar, porque los demás estaban tendidos en el fondo de la embarcación sin ayudar en nada, y si llegan los canarios a apoderarse de la chalupa, hubiéramos quedado del todo perdidos.»

«Después zarpamos de allí y llegamos al puerto de Telde donde permanecimos dos días, y se dice que entre los canarios hay diez mil guerreros, pero Gadifer que ha estado en este tiempo y antes de ahora, dice que a su parecer no ha visto nunca reunidos más arriba de setecientos u ochocientos hombres.»

El autor del espúreo ms. de Juan V, interpola el siguiente pasaje en el anterior relato: «Il y en ot deulx ou trois gentilz homes de *monsgr. de Bethencourt qui auoient pauois* qui y seruit biaucoup; et puis s'en reuindrent à la barge bien batus et naurés. Puis myrent des austres compaignons frais au bastel. Quant il virent que treues estoient rompeues, ils retournerent pour escarmoucher à eulx, mais les Canares vindrent contre eulx auesques pauois armoyez des armes de Castille, qu'ils auoient l'autre saison gaignés sur les Espaignols, et gasterent nos compaignons assés de bon trait sans porter dommage à leur anemis se pou non. Sy s'en retournerent à la barge et leuerent leurs ancras et s'en alerent au port de Telde, et là demourent deulx iours.» (capítulo LXII.)

En castellano: «Había dos o tres hidalgos del señor de Bethencourt que tenían broqueles, que sirvieron de mucho; y después regresaron a la nave muy apedreados y heridos. Luego embarcaron otros compañeros sanos en la chalupa. Visto que se habían roto las treguas, volvieron a tierra para pelear pero los canarios acudieron armados con broqueles adornados con las armas de Castilla que en otra ocasión habían tomado a los españoles, y nuestros compañeros gastaron muchos buenos tiros, sin ocasionar gran daño a los enemigos. Y regresaron a la nave y levaron anclas, yendo al puerto de Telde donde permanecieron dos días.»

Hemos de advertir que la narración de Boutier aparece repetida por el fraile en el capítulo LXVIII, al describir la isla de Gran Canaria.



CAPITULO II

FALSO VIAJE DE GADIFER A ESPAÑA

Después del reves sufrido en Canaria, partió Gadifer del puerto de Telde dirigiéndose a Fuerteventura, pero al desembarcar dió con una emboscada de españoles llegados en una nave con víveres. Los tripulantes contaron a Gadifer que un día de aquella semana habían sido acometidos diez de sus compañeros por trece isleños, dándoles fuertes embestidas aunque ellos iban bien armados; pero esto fué, dice Boutier, porque los indígenas vieron que era gente bisoña, pues no acostumbran atacar a los que conocen ser fuertes.

El ms. falsificado supone que después de haber llegado Gadifer a Fuerteventura, se irritó de nuevo al ver muchas cosas que le desagradaban, conociendo que cuanto más tiempo permaneciese en el país más perdería en sus intereses; convencióse además, de que Bethencourt estaba muy en gracia del rey de Castilla, según había oído decir al maestre de la nave que condujo los víveres y refuerzos para Bethencourt, haciendo de éste tantos elogios que Gadifer le dijo que de no haber sido ayudado por él y sus compañeros, no se hallaría tan adelantada la conquista.

El texto francés algo amplificado dice de esta manera: «Et quant Gadifer fut arriué à toute la compagnie, lui estant bien

fort lassé de voir biau coup de choses qu'il lui desplaisoient et voit, et pensoit bien que tant plus il seroit au pais et tant mains acquerroit, et que mons. de Bethencourt estoit de tout poins en la grace du roy de Castille, et encore outre se qu'il ouit dire au maistre de la barge qui auoit amené les viures à mons. de Bethencourt. Car il disoit que led. roy de Castille l'auoit enuoïé par dessà pour le coustiller et rautailier; et des biens biau coup que il raportoit et disoit dud, Bethencourt, et tant que led. Gadiffer s'en esbahit fort, et ne se peut tenir que il ne dist au maistre de la barge que led. sr. de Bethencourt n'auoit pas tout fait de lui...» (chap. LXIII. ed. Gravier.)

Estas palabras y otras muchas que mediaron entre Gadifer y el capitán del buque fueron repetidas por este último a Bethencourt, quien quedó muy admirado y pesaroso de que Gadifer se hallara resentido; y así, habiéndolo encontrado poco después, le dijo: «Je suis bien esbahy, mon frere, comment vous aués si grant enuie de mon bien et honneur, et ne cuidois pas que vous eussies vng tel courage contre moy.» Y en castellano: «Hermano mío, me admira que tengáis tan grande envidia de mis honores y bienestar, y nunca creí que me tuviérais tan mala voluntad.»

Respondió Gadifer que no era justo perdiese su trabajo, que hacía mucho tiempo estaba fuera de su país, y que se había convencido de que cuantos más servicios prestase, menos adelantaría.

Entonces, y según el ms. adulterado, se entabló el siguiente diálogo entre ambos jefes: «Mon frère, (dijo Bethencourt), c'est mal dit à vous; car ie n'ay pas si deshonneste vouloir que ie ne le veulle recongnoistre quant les choses seront, se Dieu plaist, venues à plus grant perfección qu'il ne sont.» A lo que repuso Gadifer: - «Se me vouliez bailler les isles que autre fois vous ay parlé, ie serois contant.» Respont monsr. de Bethencourt qu'il en auoit fait homage au roy de Castille, et qu'il ne s'en defferoit point.»

A estas palabras siguieron otras muchas que sería largo referir, y ocho días después, habiendo puesto en orden la gente, y provisto a sus necesidades partieron de las Canarias los dos jefes dirigiéndose a España. El señor de Bethencourt en su nave (?), y Gadifer en otra, llegando a España donde defendieron sus intereses como se verá enseguida.

Así que llegaron a Sevilla, - prosigue diciendo el cap. LXIV del ms. falsificado - entablaron sus pretensiones, pero viendo Gadifer que nada adelantaba con el rey de Castilla, manifestó su resolución de retirarse a Francia, a donde le llamaban sus intereses, y partió para aquel reino sin volver más a las islas.

En tanto, Bethencourt después de terminado su negocio con Gadifer, recogió de Enrique III las reales cédulas de haber prestado homenaje por las islas, y tomó su real venia para regresar a este archipiélago. El barón, dice el libro de Juan V, no hubiera ido a Castilla a no recelar que Gadifer dijera alguna cosa al Rey que le desagradase, perjudicándole. (Il (Bethencourt) ne fut jà alé en Castille, se ce n'eut esté qu'il doubtoit que mess. Gadiffer eut entreprins sur lui, et qu'il eut rapporté quelque choses au roy de Castille de quoy il n'eut pas esté content, non pas que on lui sceut dire chose que led. sr. eut deseruy...)

Además de esto, deseaba obtener las reales cédulas que se le expidieron, pues aún cuando el monarca le había otorgado antes otras no eran tan favorables como las últimas (?). A continuación enumera la falsa crónica las supuestas mercedes concedidas a Bethencourt. Dióle, dice, pleno poder para acuñar moneda en las islas, y para cobrar el quinto del valor de todas las mercaderías que se extrajeran del archipiélago. Estas cédulas se extendieron ante un escribano llamado Sariche, vecino de Sevilla. (Le roy lui donna plain pouver de fair monnoie au pais; il lui donna le chinquiesme denier de toutes les marchandises qui vendroient desd. isles en Espagne. Et furent les lettres pasées dauant vng tabellion nommé Sariche, demourant en Siuille...)

Tales afirmaciones carecen de verdad. La facultad de acuñar moneda se le concedió a Juan de Bethencourt por el rey don Juan II de Castilla en 26 de junio de 1412, y no por Enrique III en 1404; es decir, ocho años después de escrita la verdadera Crónica por el fraile Boutier. En cuanto al quinto sobre las mercaderías que se extrajeran del archipiélago, sabemos que le fué otorgado durante la permanencia del barón en España en su primer viaje, pero no fué sino el cuarto en lugar del quinto. Dice Boutier: «Et impétra du roy le quart de toutes les merchandises qui viendroient des isles...» y más abajo, se lee: «et quant au quint, Bethencourt l'a leué sus Gadifer son compaignon, qui semble estre bien estrange chose de compaignon à autre...» (Chap. IX.) De esto parece deducirse que Bethencourt no entregó cantidad alguna a Gadifer de lo que este se queja en otro pasaje.

La falsa Crónica termina el capítulo que comentamos como sigue: «En esta ciudad (Sevilla), estimaban tanto al señor de Bethencourt, que después de agasajarlo le hicieron varios presentes de armaduras, víveres, oro y plata. Después de haberse despedido del Rey, regresó Bethencourt a las islas, contento y satisfecho del buen éxito de sus negocios, y arribó a Fuerteventura donde fué recibido por sus gentes con las mayores demostraciones de alegría, como se verá enseguida.»

El texto de Gravier, dice: «et en lad, ville de Siuille on trouuera tout le fait et gouvernement dud. Bethencourt. Et auecquez ce que le roy estoit fort content de lui, aucuns bourgeois de Siuylle l'esmoient fort, et lui firent biaucoup de plaisir, come d'armures, de viures, d'or et d'argent à son grant besoing. Il estoit fort bien congnu en lad. ville et fort amé. Led. seigneur de Bethencourt print congé du roy, et s'en retourne aux ysles tout ioieulx, comme cellui à qui il sembloit qu'il auoit bien fait ces besongnes, et arryua à l'ille de Fortea-venture, là où il fut receulli de ces gens bien ioieusement, comme vous arrez cy après plus applain.» (chap. LXXII.)

*
**

¿Qué valor histórico podemos conceder a este relato? Creemos honradamente que todo él es falso. Ni Bethencourt fué a España en seguimiento de Gadifer, ni éste pensó jamás en reclamar un derecho que siendo justísimo por su conquista de Lanzarote y de los dispendios que hizo, no lo ejercitó para conseguir la donación por la Corona de una de las islas no conquistadas aún. La decisión del noble Gadifer es decisiva: «Je ne seré pas tant en ce pais, car il faut que ie m'en retourne en France; il ne veulx pas ycy estre» dijo Gadifer a Bethencourt, y lo cumplió. En la nave española que trajo víveres a los conquistadores, embarcaría con dirección a Cádiz, y desde allí en los buques que hacían la travesía al Norte de Europa, marchó a un puerto francés.

En cuanto al viaje de Bethencourt ya estudiado por nosotros en otra ocasión, ampliaremos lo ya dicho para demostrar su inexactitud, comenzando por su duración. El 25 de julio de 1404 (fecha consignada por Boutier y por el ms. de Juan V), Gadifer embarca para Gran Canaria donde es derrotado por los insulares; regresa a Fuerteventura y allí sobreviene el rompimiento definitivo con Bethencourt. Ocho días después, embarca cada jefe en una nave diferente con dirección a España; pero estos acontecimientos no pudieron verificarse en menos de un mes, pero supongamos que sería a mediados de agosto; como el barón estaba de regreso el 7 de octubre según consigna la Crónica falsificada, tenemos que en mes y medio, deduciendo cinco días de navegación en la ida y otros cinco a la vuelta, más el viaje por tierra hasta Sevilla, queda apenas un mes escaso, y en ese tiempo hemos de tener en cuenta la espera consiguiente a que el Rey le diera audiencia, la concesión de nuevos privilegios y la expedición de las reales cédulas por el escribano Sariche. Tal cosa es imposible.

Ahora bien: ¿En qué nave pudo realizar Bethencourt su

viaje? El falsificador nos dice que cada uno de los jefes embarcó en una nave diferente, pero ni Boutier ni el ms. de Juan V menciona otro buque sino el español que trajo provisiones, que fué sin duda en el que hizo la travesía Gadifer, sin que tengamos noticia de otra alguna; y este es un argumento más para negar el viaje del barón.

¿Y qué diremos de la presencia en Sevilla del rey don Enrique III durante el verano de 1404? Responderemos que es una nueva mentira del falsificador. Según la Crónica de este monarca, Enrique III estaba por ese tiempo en la ciudad de Toro junto a su esposa, la cual dió a luz en 6 de marzo de 1405 un niño que luego fué don Juan II. Allí recibe don Enrique la noticia de la muerte del Papa Bonifacio IX, y la exaltación de Inocencio VII, así como los presentes que le envió el rey de Granada.

El escaso tiempo en que Bethencourt va y regresa de la Península, del cual no nos da fechas exactas el mistificador, viaje incompatible con los medios de transporte de la época; los supuestos asuntos que habría de ventilar; el desconocimiento absoluto que tenemos de la nave en que efectuó la travesía, y el no residir en Sevilla don Enrique III en septiembre de 1404, fecha que se deduce del relato del falsificador, son pruebas más que suficientes para desechar ese viaje de Bethencourt a España en pos de Gadifer de la Salle.

*
**

Siendo esto así, nos admira el aplomo con que la falsa crónica aparece el siguiente pasaje. Gadifer, al salir de las islas dejó en Fuerteventura a su hijo Aníbal con algunos de sus compañeros que le fueron más adictos, con objeto de que atenderan a sus intereses y velaran por su conservación. A la supuesta llegada de Bethencourt por segunda vez de España, dice el pseudo-cronista que le salió al encuentro Aníbal, y

después de saludar al barón, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

«Mons, dit Hannybal, qu'est devenu monsr. mon maistre?»
 Ce dit monsr. de Bethencourt: - «Il c'en est allé en France, en son pais» - «Adonc, se dit Hannybal, ie voudrais bien que ie fusse avec lui» Ce dit led. sr: - «le vous y menré, se Dieu plaist, mais que i'aye fait mon entreprise» - «le suis fort esbahy, ce dit Hannybal, comment il nous a laissées sans nous enuoier quelques nouvelles» - «le pense, se dit monsr. de Bethencourt, qu'il vous ait rescript par mon poursuivant» Aussi auoit il.»
 (chap. LXXIII, Gravier).

Este diálogo, como todo lo expuesto anteriormente, es mentira. ¿Cómo no había de saber Aníbal el paradero de Gadifer? ¿Acaso no le dejó instrucciones concretas antes de marcharse, como luego veremos? ¿Y no habría de saber al embarcar Gadifer, que marchaba a Francia? Es tan pueril todo esto que no merece refutarse seriamente. Pero el cronista fraudulento, porque creyó que nunca se sabría la verdad, mintió en forma tan descarada y escandalosa.



CAPITULO III

LOS COMPAÑEROS DE GADIFER DESPUES DE LA PARTIDA DE SU JEFE

Al salir Gadifer de las islas para dirigirse a Francia, dejó en Fuerteventura un pequeño número de sus compañeros, unos ocho, mandados por su hijo Anibal. Esta reducida guarnición tenía por objeto conservar y defender lo poco que le quedaba a Gadifer en la isla.

Juan de Bethencourt no tenía soldados con que hacer frente a los hombres de Gadifer, pues ya vimos que después de la defección de Bertin de Berneval solamente le quedaron tres hombres que le fuesen adictos con Juan le Courtois. Entonces ideó atraerse a los isleños de Lanzarote, agasajando a su rey Guadarfia. La Crónica de Juan V, dice a este respecto:

«Et a mandé ledit roy (de Lanzarote) a Mons. de Bethencourt qu'on luy enuoye draps pour vestir, et artillerie, car tous les habitants de l'isle Lancelot se prennent à estre archers et gens de guerre, et se sont vaillamment *maintenus avecque les chrestiens contre ceux d'Erbannie*, et font encor de iour en iour, *et ont esté morts plusieurs d'eux en la guerre combatans et aidans aux nostres...*» (chap. LXXIII.)

Y traducido: «Y el dicho rey a pedido al señor Bethencourt que le envíe paños para vestuarios, y artillería; porque todos

los habitantes de la isla de Lanzarote se inclinan a ser arqueros y hombres de guerra, y se han portado con mucho valor *auxiliando a los cristianos contra los isleños de Erbania*, lo mismo que hacen cada día, habiendo muerto muchos en la guerra, combatiendo al lado de los nuestros...» (11)

Al salir Gadifer de las islas con la mayor parte de sus compañeros, creyó Bethencourt empresa fácil apoderarse de la torre de Baltarhayz, custodiada por Aníbal, y los suyos. A este efecto marchó el barón con sus auxiliares de Lanzarote a ocuparla, dejando muy poca gente en el fuerte de Rico-Roque. Los insulares de Fuerteventura al saberlo, se aprovecharon de esta imprevisión y la destruyeron; luego marcharon al puerto de Jardines, a una legua del cual estaba el depósito de víveres, incendiaron la capilla, aprovechándose de muchos efectos, rompiendo cajas y toneles.

Sabedor Bethencourt de este descalabro, retrocedió inmediatamente a Rico-Roque donde pudo apreciar el enorme daño cometido por los insulares. Reunió la gente que pudo sin esperar a los insulares que estaban en Lanzarote, y salió a campaña contra los indígenas, teniendo muchos encuentros (dice la Crónica) pero señaladamente en dos jornadas, en las cuales murieron muchos insulares.

El día 1º de noviembre (1404) Bethencourt vuelve a Rico-Roque haciéndolo reedificar. Envió por refuerzo de gente a Lanzarote, y con parte de este refuerzo envió a Juan le Courtois a quien le acompañaba Guillermo de Andrac, a reconocer la costa; así lo efectuaron siendo atacados por sesenta isleños de los que se defendieron con valor, retirándose en buen orden al cuartel que distaba unas dos leguas siempre combatiendo, aunque sin sufrir bajas, gracias a los dardos que llevaban

Sin ponernos en antecedentes ni señalar las causas, la Crónica falsificada corta de pronto el relato de los encuentros con los insulares, y comienza a hablarnos de las desavenencias en-

tre los compañeros de Gadifer y las tropas de Bethencourt. Dice el comienzo del capítulo LXXV:

«En ce temps et en par aduent, led. batart de Gadiffer et aucuns de ses aliés auoient enuie sur les gens de monsg. de Bethencourt (par qui) a esté faitte toute la conqueste, et le commencement et la fin. Et non pourtant, se ilz eussent peu estre les plus fors, ils eussent fait honte aux gens de mons de Bethencourt. Mais quelque chose que on dist aud. Bethencourt il dicimuloit tousiours pour cause qu' il auoit ayde d' eulx, et aussi qu' il estoit en estrange pais, et ne vouloit point que on leur fit nul desplaisir, si non en raison. (chap. LXXV.) (12)

Que vuelto al castellano, dice: «Continuaba siempre la envidia con que el dicho bastardo de Gadifer y algunos de sus parciales miraban a la gente de mons. de Bethencourt, por quienes se había emprendido y hecho la conquista (?) y si hubieran sido los más fuertes, sin duda hubiesen destruido a los del barón; pues aunque este señor lo sabía, disimulaba siempre a causa del auxilio que le prestaban, tanto más útil en una tierra extraña y enemiga, y no permitía que se les hiciera agravio alguno....»

El rompimiento entre la gente de Gadifer y la de Bethencourt sobrevino, según el ms. de Juan V de la manera siguiente:

Después de este encuentro (se refiere a una lucha con los insulares) envió Bethencourt a Juan le Courtois con algunos compañeros a la torre de Baltarhayz para hablar con Aníbal y Andrac, servidores de Gadifer, quienes decían cosas que nada agradaban a aquel señor. Con este motivo encargó a le Courtois les intimase guardaran la fidelidad y obediencia que le debían, a lo cual le contestaron que se guardarían bien de caer en falta. Preguntóles entonces le Courtois porque habían hecho pedazos unas cartas que Bethencourt les dirigiera, respondiendo que a esto le obligaron Alfonso Martín y otros.

A estas reconvenciones se añadieron otras que serían largas de referir. Entonces Juan le Courtois ordenó a un intérprete

que le acompañaba, hiciera venir a su presencia a los isleños prisioneros que Aníbal tenía en su poder y se hallaban por aquellas inmediateces guardando ganado unos, y en diversas ocupaciones otros, y cuando estuvieron reunidos, le Courtois dispuso que el intérprete los condujera al cuartel del señor Bethencourt, y así se hizo. Indignado con esto Andrac, reconvinó a le Courtois diciéndole que aquello no estaba bien, ya que no tenía facultad ni poder para mandar en las cosas que pertenecían a Gadifer.

A esto reprendió le Courtois que Gadifer no tenía en el país poder alguno «está bien, añadió que vos seáis o hayáis sido su servidor; pero ni el señor Gadifer ni vos tenéis aquí autoridad. El señor Bethencourt ha tenido a bien aunque sin merecerlo yo, nombrarme su lugarteniente y yo le serviré como es mi deber hacerlo; y admírame seáis osado en levantar la voz, cuando el mismo Gadifer a quien llamáis vuestro amo, después de sus altercados con el señor de Bethencourt nuestro señor, renunció a sus pretensiones y se ha retirado a su país para no pensar más en estas islas.»

Y en el texto publicado por Gravier, se lee por lo que se refiere a la última parte: «Mais suis esbahy' comme vous ozés mouvoir, car ie sçay bien que Gadiffer a fait le mieulx qu'il a peu envers mons. de Bethencourt, nostre mestre et tant ont besongné ensemble, que led. Gadiffer, que vous distes vostre maistre, ne reuendra iamés en ce pais pour y rien demander.»

Al oír estas palabras Andrac, intimó a le Courtois para que se abstuviera en decir cosa alguna ofensiva al honor de Gadifer, quen se había portado de modo que, no ser por él, la conquista no se encontrara tan adelantada. (se n' eut esté mons, leur maistre, les ysles ne fussent pas si auencés qu' ils sont.) Andrac concluyó diciendo: «Conozco que soy el más débil, y no puedo resistir a la fuerza de que disponéis, pero demandando el auxilio de todos los príncipes cristianos, así como al caso corresponde.»

De esa manera los fieles compañeros de Gadifer, defendían los derechos de su jefe y amigo.

De regreso Juan le Courtois informó a Bethencourt de como había encontrado a la gente de Gadifer muy mal dispuesta en contra del barón:

— «Quiénes han sido? le preguntó Bethencourt» — Han sido, contestó le Courtois, Aníbal y Andrac, porque he querido traerme los prisioneros que tenían, y en los cuales habemos parte los demás, así como ellos. No parece al oírles hablar, sino que ellos son los señores del país y que sin ellos nada se hubiera hecho: de suerte que a darles crédito, ni vos ni vuestra gente os hallárais en el estado en que os encontráis.»

Unos días después el mismo Juan le Courtois envió a Miguel Hélye con otros compañeros a reclamar de Aníbal y de Andrac todas las mujeres isleñas que tuviesen en su poder. A esta petición respondió Andrac que por su parte no las entregaba, que podrían venir a llevárselas por la fuerza como lo hicieron con los prisioneros, pues no pensaban resistir.

Enterado le Courtois de esta contestación, fué a Baltaraz, situándose al lado de una torre, entre la casa y la gente de Gadifer. Cuando Andrac vió esto, se dirigió corriendo a ellos recién llegados gritando: «Qué es esto buenos señores? qué intentáis hacer de nosotros? ¿aún no os halláis satisfechos? ¿no nos habéis hecho bastante daño deshonrando y envioldando a nuestro amo, el señor Gadifer? (Ne vous souffit il pas, ne nous aues vous pas assés fait de mal, du deshonneur et villenie que aués fait á nostre mestre mes. Gadiffer?) Sin duda, añadió Andrac, habeis olvidado los servicios que os prestamos en otros tiempos, pues no los tenéis en cuenta.

A estas razones y quejas, Courtois se limitó a exigir la entrega de las mujeres que tenían en la torre, ordenando a su gente que lo rompieran todo hasta dar con ellas. (Faitce nous maistre ces femmes dehors; et comenda á ces gens que l' on fit tant que on les eust.)

Entonces un soldado alemán pidió en su idioma fuego para incendiar la torre, y como Andrac lo entendiera, dijo: —Buenos señores podeis hacer que arda todo si queréis; pero es deshonra al señor Gadifer el asaltar así su casa y apoderarse de los bienes que nos ha dejado para su custodia y en esto no hacéis bien, y pongo a todos por testigos de tal ultraje »

Y en el texto francés:» —Biaux seigneurs, vous pouvez bien tout ardoir se vous voulés; et leur dist biau coup de parolles qui seroiet longez á dire et raconter. Mais il leur dist qu' ils faisoient grand deshonneur á monsr. de la Salle de prendre ainsi son hostel et ces besongnez qu' ilz nous auoient laissés en garde, et ne faittes pas bien, et ceux ycy les en appelle á tesmoing de l' outrage que vous nous faitez.»

A estas razones replicó Courtois que aquella casa, así como todo el país, pertenecía a Bethencourt como rey, y señor y dueño que era de las islas; y que esto lo sabía bien Gadifer aún antes de salir de ellas; y me admira como osáis rebelaros contra Bethencourt que se halla aún en esta isla, pues cuando llegue a saberlo, no os irá muy bien. Y aún hay más, que vuestro seño (Gadifer) *después de sus inútiles representaciones ante el Rey de Castilla, se ha retirado a Francia, de acuerdo con el señor Bethencourt.*»

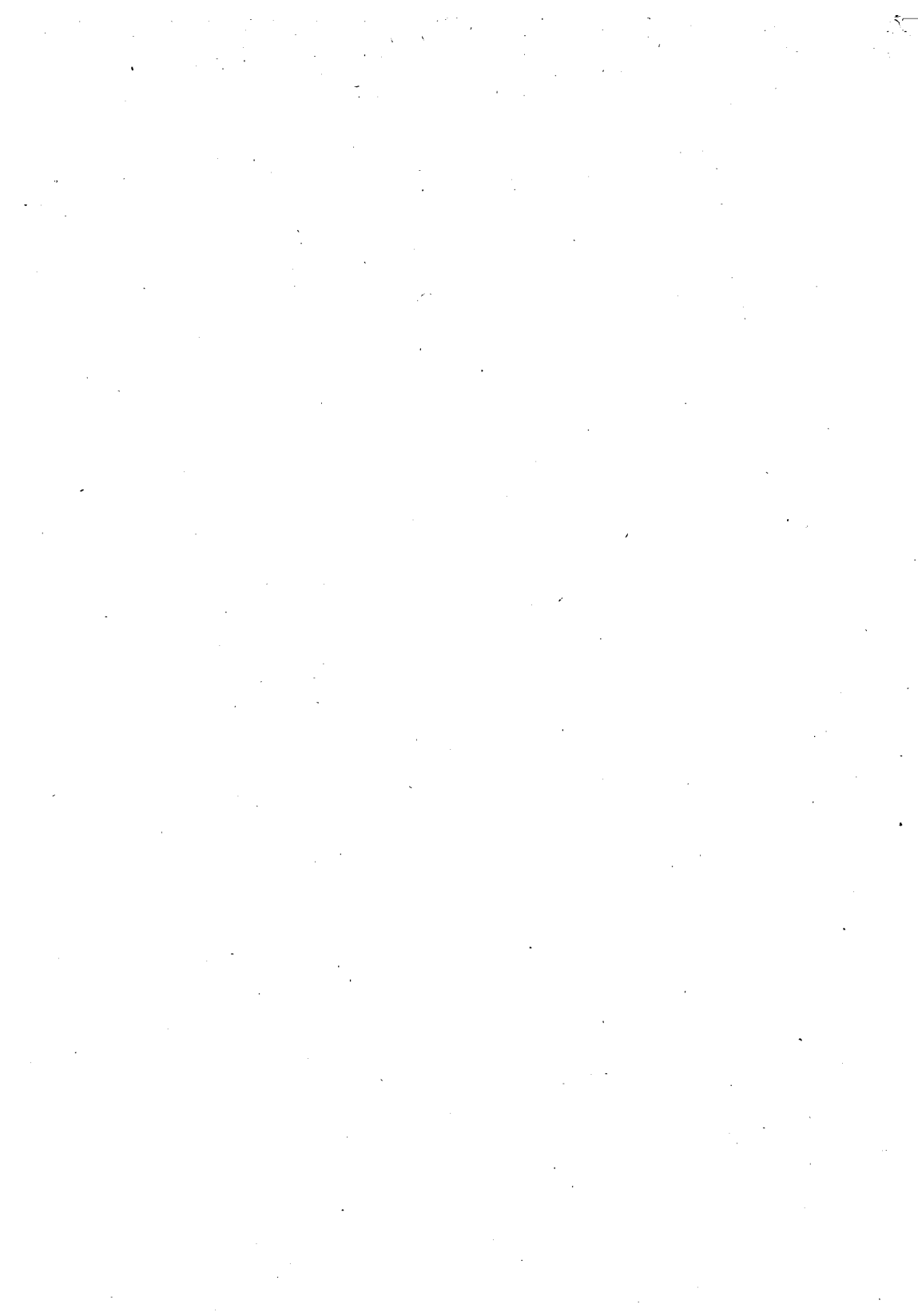
En el texto de Gravier, se lee este pasaje como sigue: «le suis bien esbahy » se dit Courtois, come vous ozés rebeller á l' encontre demonsr. de Bethencourt, qui encore de present est en ceste ille; et quant il le sara, ià gré ne vous en sara; et encore plus y a, vostre maistre est en son pais, qui est si loing d' ici; et encore y a il plus, *qu' il en a fait son effors enuers le roy de Castille*, tant qu' il s' en est allé, comme i' ay dist en son pais, et cy est parti assez. d' ascort de Bethencourt....» (chap. LXXVII).

Al fin, los compañeros de Gadifer tuvieron que ceder ante el número de los soldados de Bethencourt reclutados en Lanzarote, consumando el despojo de cuanto poseía su jefe en las

islas. A pesar de la sumisión de los amigos de Gadifer, no estaba tranquilo Bethencourt y en el viaje que a últimos de enero de 1405 emprendió a Normandía, se llevó a los soldados de Gadifer, excepto Aníbal y Andrac que quedaron en Fuerteventura.

Estos dos valientes murieron combatiendo contra los insulares de Gran Canaria en la entrada que Bethencourt organizó para explorar dicha isla. La memoria de estos dos guerreros será eterna en la historia de las Canarias, pues simbolizan el valor y también la fidelidad a su jefe.

De ese modo terminó el poder de Gadifer de la Salle en este archipiélago.



CUARTA PARTE

FIN E INMORTALIDAD DE GADIFER



CAPITULO I

GADIFER REGRESA A FRANCIA

A fines del año 1404 arriba Gadifer a su patria, decepcionado por las pérdidas que le ocasionara la aventura de las Canarias, y los disgustos que le acarrearán. Tampoco halló la tranquilidad a que aspiraba. Francia presenta en esa época un cuadro verdaderamente lamentable.

Al brillante reinado de Carlos V llamado «el sabio» le sucede el turbulento de su hijo Carlos VI que ascendió al trono en menor edad, apoderándose del gobierno sus tíos los duques de Anjou, de Berry, y de Borgoña. Durante su minoría, una sublevación general de los aldeanos y burgueses, desde Flandes hasta los Pirineos, inflamó todas las pasiones y amenazó a la propiedad, cometiéndose salvajes atentados contra la vida y los bienes de los nobles. Gracias a la unión de la caballería francesa con la nobleza flamenca, las tropas burguesas «de las caperuzas» fueron derrotadas en la batalla de Roesbeke.

No bien llegó Carlos VI a la mayor edad, cayó en demencia, y poco después el asesinato del duque de Orleans (1407) hermano del rey y lugarteniente general del reino, realizado por Juan sin Miedo, duque de Borgoña, suscitó una espantosa guerra civil entre la facción de los borgoñones y la de los

armañiques, así llamada esta última por el duque de Armagnac, que se puso a la cabeza de los vengadores del duque de Orleans. La discordia infestó los cuerpos del Estado, las comunidades religiosas y las corporaciones gremiales.

Aprovechando el estado anárquico de la nación, Enrique V de Inglaterra (1413-1422) luego que ocupó el trono, reclamó la ejecución del tratado de Bretigny concertado en 1360, por el cual Francia entregaría a la Gran-Bretaña la plaza de Calais, el Ponthieu, y todo el antiguo ducado de Aquitania, a cambio de renunciar los monarcas ingleses a sus pretensiones al trono de Francia.

Esta petición de Enrique no fué atendida. Entonces desembarca en Normandía, toma Harfleur, y derrota en Azincourt al ejército francés que era doble del inglés. La falta de dinero impidió a los britanos sacar todo el partido posible a esta victoria. En tanto, los franceces en vez de unirse para reparar sus pérdidas, vuelven a las antiguas disensiones intestinas renovándose más sangrienta que antes la lucha entre borgoñones y armañiques. La sangre corrió a torrentes en París, y Juan sin Miedo, duque de Borgoña, es asesinado en Mantereau por los partidarios del Delfín y en venganza de la muerte del duque de Orleans.

*
* *

Tal era el cuadro de Francia, al regresar Gadifer de la Salle de las islas Canarias. Tres años después de su arribo es asesinado el duque de Orleans, su protector y amigo. Gadifer, que durante quince años le había servido fielmente, al faltarle ese apoyo ofreció su espada al rey Carlos y éste lo puso a la orden de un jefe de renombre por su brillante valor llamado Le Maingre de Boucicaut, marchando a Génova donde aquel valiente ejercía el cargo de gobernador. Nombrado Boucicaut Mariscal de Francia a los veinte y cinco años, era

uno de los pocos soldados que Gadifer reconocía como superior.

En 1409 la situación de los franceses en Génova era muy difícil: comprendiéndolo así Gadifer, se decidió a regresar a su patria. Poco antes había muerto de tristeza y hastío Valentina de Milán (14 diciembre de 1408), la infeliz esposa de Luis de Orleans, vilmente asesinado. Gadifer perdió otra persona de quien podía esperar decidida protección.

Los nobles que permanecieron fieles a la memoria del duque asesinado y a la causa real, formaron alrededor de su hijo Carlos de Orleans un partido nacional que salvó a Francia. Este joven de quince años, encontrado bajo un montón de cadáveres en la batalla de Azincourt, tenía sobrados motivos para ser considerado jefe de este movimiento patriótico.

Gadifer no podía menos que ser favorecido por este príncipe, que conocía la amistad con que le honró su padre. Así vemos que en 23 de agosto de 1410 le entrega 100 francos de oro «para ayudarle a mantener su estado y condición más honorablemente» (*pour luy aider à maintenir son estat et son estoi plus honorablement*) Este donativo acaso se le cocedió por las pérdidas que sufriera en las Canarias, de que aún se resentía.

Agradecido a esta liberalidad, Gadifer firma con otros caballeros la carta que los heraldos llevaron al rey Carlos VI y al duque de Guyena, ofreciendo su espada al duque de Orleans para vengar la muerte de su padre, libertar al reino de una vergonzosa esclavitud, realzar su honor y restablecer la justicia (1411). Poco después, Juan sin Miedo caía asesinado por los partidarios del Delfin.

Después de 1411 no aparece el nombre de Gadifer hasta el 20 de noviembre de 1414, en que presenta una solicitud al Parlamento para que le confirme sus cartas de senescal de Bigorre, dignidad que poseía desde 1393. En ese año se le ofreció dicha senescalía, que obtuvo en una vacante anterior

un competidor suyo llamado Arnaud Guilhen. Al vacar de nuevo dicho cargo Gadifer lo obtuvo, sin embargo se presentó otro antagonista, el señor Dominique de Vezun, al que Gadifer atribuía el fracaso de su primera candidatura. Dominique de Vezun no cesaba de molestar a Gadifer, sostenido como estaba por el procurador general.

De pronto cambiaron las cosas transformándose en tragedia. Por un suceso desgraciado al señor de Vezun se le declaró sospechoso de haber asesinado a su esposa, y Gadifer en su calidad de senescal lo persiguió ante la ley. Un servidor de nuestro héroe, harto celoso de su cargo y encargado de ejecutar las órdenes de Gadifer, llamado Guillermo de Quinebat, recaudador de la senescalía de Bigorre, fué el autor de la muerte del antiguo rival. Mientras se verificó la deposición de testigos del dramático suceso y la querrela presentada ante el juez a que dió lugar el proceso, Gadifer no perdió el afecto del joven duque de Orleans.

En 1414 en que Gadifer solicita la confirmación de senescal de Bigorre se oponen Guillermo, señor de Pujols, y Arnaudon de Levedan diciéndose este último también senescal de Bigorre, posiblemente nombrado en el tiempo en que dominaba el, duque de Borgoña. En 1414, cuando este partido quedó sin fuerzas, los adictos al de Orleans recobraron sus cargos en todas partes, si bien en el Parlamento se mantenía la oposición. La reclamación de Arnaudon de Levedan parece que fué la que más zozobra causó a Gadifer, pero fué vencida.

En 29 de agosto de 1417 expide el caballero p^{ro}tevíno otro recibo, lo que demuestra que era muy estimado en la Corte. Es el último documento en que figura el nombre de Gadifer. Todavía en esa fecha dominaban los partidarios del duque de Orleans.

En el siguiente año de 1418, cambia todo. El duque de Borgoña unido a los ingleses se apodera de París y del rey Carlos VI, mientras los armañques son sacrificados en todas

partes. Se ignora si Gadifer pudo escapar a la matanza, en la que perecieron los jefes más notables del partido, o si pudo refugiarse en la Bastilla con Tanneguy Duchatel y Barbazan, encontrando el medio de ganar con sus tropas las fortalezas de Melun ó de Meaux que tanto daño hicieron a los ingleses, ya en fin si pudo alcanzar el Bigorre, salvándose.

Lo más verosímil, dado el carácter y valor de Gadifer, es que muriera combatiendo por su Patria y por su rey. Muerte digna de su fama y renombre.

¡Qué diferencia entre Gadifer y los malos franceses! Felipe, hijo del duque de Borgoña asesinado, se arroja desesperadamente en el partido de los ingleses, y en connivencia con la reina Isabel concluye el tratado de Troyes (1420), por el que fué reconocido Enrique V de Inglaterra heredero de la corona de Francia, y despojado el Delfin de su derecho de sucesión. Dos años después de este tratado, Enrique V muere en Vincennes y Carlos VI en París (1422), sucediéndole al primero Enrique VI y al segundo Carlos VII.

Pero algo milagroso adviene en este difícil momento de la nación francesa. A la corta edad de diez meses, fué proclamado Enrique VI rey de Francia en París, en virtud del tratado de Troyes, haciendo regente de Francia y protector de Inglaterra al duque de Bedford, mientras Carlos VI lo era en Berry por los pocos señores que lo acompañaban. Los ingleses se dirigieron contra Carlos, en la seguridad de derrotarle para redondear la conquista de Francia. Con esta mira, después de haber conseguido algunos pequeños triunfos, se fijaron en la importante plaza de Orleans (1429), cuya posesión les aseguraría su triunfo definitivo.

Ya los defensores de Orleans sentían los horrores del hambre; ya no tenía Carlos VII ejército que enviar en socorro de ja plaza, y entonces, cuando todo parecía perdido, la Doncella de Orleans, Juana de Arco, joven aldeana de Domremy,

creyéndose inspirada del cielo, se presenta al rey y despierta su valor y el de sus soldados. Cubierta de hierro, marcha a la cabeza del ejército agitando una bandera con la imagen de la Santa Virgen, y arrastra a las masas con sus inspiradas arengas. Bajo su dirección, Orleans es libertada; Carlos coronado en Reims, y los ingleses pierden la mayor parte de sus conquistas. Habiendo caído prisionera en el sitio de Compiègne, fué condenada por la Inquisición inglesa a perecer en las llamas (1431); pero su entusiasmo y patriotismo se había comunicado a las tropas, y los ingleses siguieron perdiendo provincia tras provincia. En 1436 abrió París sus puertas a Carlos, y pocos años después la plaza de Calais fué la única posesión de los ingleses en el suelo francés.

CAPITULO II

INMORTALIDAD DE GADIFER

Lo que si podemos afirmar sin reservas, es que el nombre de Gadifer sobrevivió a todas las injusticias, y a todas las miserias de la tierra.

Su nombre no quedó sepultado en el olvido, y sus títulos a la inmortalidad incritos están en los fastos de la caballería francesa con caracteres indelebles. En un capítulo del romance «Hystorie et plaisante cronique du petit Johan de Saintré et de la femme Dame des Belles Cousines» ésta requiere a Saintré para que vaya a Prusia a pelear contra los infieles, empresa que había prometido realizar.

En esa empresa, la bandera de la Virgen María sería confiada a Gadifer de la Salle «qui une aultre fois l'avoit portée...» Por consiguiente, ya nuestro héroe en otra ocasión obtuvo ese honor. Y en efecto, dos veces que sepamos obtuvo subsidios para realizar viajes a Prusia, peleando contra los sarracenos primero en el año 1378 en que el duque de Berry le concede cien francos de oro, y más tarde, el 16 de noviembre de 1390, otros cien francos de oro donativo del duque de Turena, para el mismo fin. Es casi seguro, por lo que luego veremos, que entre el 1378 y el 1390 Gadifer emprendió otro viaje a Prusia, del que no citan documentos los historiadores.

INSTITUTO DE
ESTUDIOS CANARIOS



LA LAGUNA - TENERIFE

Estas expediciones dieron origen al blasón personal de Gadifer. Las armas de los señores de La Salle eran de sable con tres cruces pateadas, pero Gadifer llevaba, según hemos dicho ya, esas mismas cuarteladas, de plata y tres roeles de azur en banda. Margry asegura que a este último símbolo heráldico le dió siempre el caballero potevino gran importancia, utilizándolo como sello manual invariablemente, llegando a formular esta pregunta: «Y a-t-il là un mystère sur sa naissance?»

No hay nada de eso. La excesiva importancia que Gadifer concedía a ese blasón, tuvo su origen en las expediciones a Prusia contra los sarracenos, equivalentes a las de Tierra Santa. Al realizar esta empresa los paladines franceses ponían en su escudo la pieza heráldica llamada besante o roel, que acreditaba haber pugnado por la fe. Los tres besantes o roeles del blasón de Gadifer dan testimonio de las tres expediciones del caballero contra los infieles en la lejana Prusia. El citar lo en el romance acredita su valor y su heroísmo, cuando se le entrega la bandera de la Virgen María «que ya había llevado en otra ocasión.»

Honrosa en extremo es la cita que Juan de Bueil hace de Gadifer en el libro «Jouvencel», dedicado a la educación de la nobleza, no dudando en colocar su nombre a la misma altura que el célebre Du Guesclin, al poner en boca de un caballero que aquél que abraza la carrera de las armas, o debe esperar la muerte o «devenir le plus grand empereur du monde», o «vivre povre et honnouré, et que chascun parlera de vous et des vostres, dont il sera renommée après vous, *comme il a esté de messire Bertran de Clayquin, messire Gadifer de la Salle, et autres bons chevaliers qui sont mors povres.*» Y agrega el caballero: «Mais, puisqu' ils ne povoient plus vivre, de quoy leur eust servy trésor? Car trésor ne sert aux hommes se n' est pour avoir honneur, et ilz en avoient tant que on leur faisoit

plus d'honneur que aux plus riches hommes du monde.»

Hermosas palabras que pueden traducirse así; «Si os inclináis a la profesión de las armas, no podéis olvidaros que las armas pagan su ejercicio con la muerte, o llegando a ser el mayor dominador del mundo, ya en fin viviendo pobre y honrado, hablando todos de vos y de vuestros hechos, siendo después ensalzado como lo ha sido Bertran de Clayquin, Gadifer de la Salle y otros buenos caballeros que han muerto pobres, pero como no podían vivir siempre; ¿de qué les hubieran servido los tesoros? Porque las riquezas no sirven a los hombres sino para adquirir honor, y ellos lo tenían en tan alto grado que se les hacía más honor que a los más poderosos de la tierra.»

El hecho de figurar Gadifer en la «Hystoire et plaisante cronique du petit Jehan de Saintré» considerada como el Telémaco de la época de Carlos VII, y en el famoso «Jouvencel» dedicado a la educación de los caballeros, es el testimonio más evidente de la admiración en que se le tenía.

Acaso más que todo eso, el manuscrito original del fraile Boutier nos da una visión perfecta de la acusada personalidad del caballero potevino, en su ardiente deseo de llevar frente a las costas de Guinea la civilización europea y la doctrina del Crucificado.

Viera y Clavijo que en su tiempo desconocía el verdadero papel que Gadifer representó en la conquista de las Canarias, y era un decidido admirador de Juan de Bethencourt, hace un caluroso elogio del caballero potevino, diciendo: «La memoria del señor Gadifer de la Salle debe ser apreciada para los canarios, y no haríamos justicia a su mérito si no le contásemos entre los primeros héroes de nuestra conquista.» (tom. 1º pag. 306, ed. 1857.)

Y así fué, ya que la sumisión de la primera isla conquistada no es obra de Bethencourt sino de Gadifer. Y

tanto es así, que si en lugar de Bethencourt es Gadifer quien pasa a España en busca de socorros, quedando el barón en Lanzarote al frente de sus indisciplinados gascones, el resultado no es difícil dudarlo teniendo aquella tropa a su frente un hombre inútil para el ejercicio de las armas, y que ya había demostrado su impotencia para dominar la insurrección del Puerto de Santa María, y la insubordinación de la marine-ría en Fuerteventura.

¿Acaso Bethencourt habría sido capaz, como Gadifer, de sufrir el duro asedio en la isla de Lobos; la rebelión de Bertin de Berneval; y la traición del indígena Asche? ¿hubiera podido sostenerse en Lanzarote, sin armas ni víveres, acosado constantemente por un número diez veces mayor de enemigos, y someter al fin la isla por completo?

Creemos firmemente que Bethencourt no lo hubiera conseguido, y la empresa habríase convertido en un descalabro, o en una de las tentativas realizadas en el siglo XIV para someter las islas. De ahí podrá deducirse la importancia que ha de concederse al genio de Gadifer.

Pero hay algo más que le engrandece ante nosotros; y es que al arrebatarse Bethencourt el premio a sus esfuerzos y la recompensa a sus dispendios y pérdidas, renuncia a todos, hasta el vengarse de su compañero, y se retira a su país. Gestó digno de un héroe!

La aventura de Gadifer en las Canarias le llenó de sinsabores. Regresa a Francia y ante las injusticias que recibe de Bethencourt y de los parciales de éste, apela a la posteridad: «Car il a bonne espérance en Dieu que aucuns bons clerics, preudhommes vendront vn des jours de par dessa, qui adreseront tout et mettront en bonne forme et en bonne ordenance....» (chap. 49, ed. Margry.)

Los hombres llegaron y le desposeyeron de su gloria, levantando torpemente a Bethencourt sobre el pedestal de

una fama mal adquirida, forjando el manuscrito de Juan V. Transcurre el tiempo y el despojo se consagra con la publicación de aquel manuscrito por Pierre Bergeron (1630). Doscientos cincuenta años pasaron sin que nadie alzara la voz a favor de Gadifer.

Pero llegó un día, un bello y nuevo día en que la verdad se abrió paso por entre tanta maldad y calumnia. Se descubre el códice escrito por el fraile Pierre Boutier; el inglés Warner lo identifica como el verdadero manuscrito de la conquista; Pierre Margry, lo publica; Leopold Delisle, lo comenta.... La profecía de Gadifer se cumplió.... Al fin llegaron aquellos hombres justos que esperaba, y esos hombres han concedido el premio que merecían la fe, la constancia y el valor del caballero potevino.



CAPITULO III

GADIFER Y EL HADA MÉLUSINE

En la vida de este noble guerrero figura un rasgo característico de las costumbres caballerescas de su época, romántica y maravillosa. Hemos dicho que el sitio de la plaza de Lusignan fué muy largo. En él se distinguió el caballero potevino por su arrojo y valentía. Tan prolongada resistencia se atribuyó por el duque de Berry a la intervención de un poder sobrenatural, el de la hada «Mélusine» que había ayudado a construir la fortaleza.

Gadifer tomó al hada como emblema, sellando sus cartas con un escudo acuartelado, rematado en un yelmo que lleva el busto de una dama coronada. Era el hada Mélusine, de la cual Juan d'Arras escribió la vida, ⁽¹³⁾ a requerimiento del duque de Berry. Ese libro realzó más en su aspecto maravilloso una conquista del tío de Carlos VI, atrayendo la atención sobre aquellos que tomaron parte en la rendición de la plaza de Lusignan, y poniendo de moda y vulgarizando al hada que el duque de Berry, el conde de Salisbury y la duquesa de Bar, habían tomado como protectora.

Conocido es el voto hecho por el duque a Saint - Germain l'Auxerrois si llegaba a apoderarse de la fortaleza, y la fundación realizada en la abadía de ese nombre para conjurar la

influencia del hada. Gadifer, uno de los héroes de Lusignan estaba obligado a hacer la corte al príncipe que le había nombrado su chanbelán. Así, al conocerse el «Romanz de Mélusine» (1394) colocó el busto del hada en la cimera de su yelmo. Esa divisa daba carácter legendario al caballero que la ostentaba, sobre todo en un torneo, en una justa o en una solemne ceremonia, recordando a la vez un acto glorioso de su vida.

Hagamos un extracto del libro de Juan d'Arras. El autor establece la existencia de duendes, hadas y demas bienhechoras. Cuando se unen a los hombres en ciertas condiciones que éstos han jurado cumplir nada sucede; de lo contrario, el encanto desaparece. El padre de Mélusine era un rey de Albania que no cumplió su juramento con el hada Pressine, retirándose ésta a un país frente al del rey.

Todas las mañanas llevaba a sus tres hijas a una montaña donde les decía: «Hijas mías! Ved el país donde habéis nacido y donde hubiérais alcanzado dicha y honor. Este ha sido el daño que vuestro padre os ha hecho, lo mismo que a mí, poniéndoos en tan miserable estado hasta el día del juicio de Dios en que castigará a los malos y oirá a los buenos, reconociendo sus virtudes.»

A la terminación de uno de estos discursos, la mayor de sus hijas, Mélusine, vistos los agravios cometidos por su padre, se unió a sus hermanas, Melior y Palatine, para vengar a su madre. A tal efecto encerraron a su padre en una montaña del Northumberland; después fueron a decir a su madre que por lo hecho, su padre se había enfurecido, pronunciando contra Mélusine el siguiente oráculo:

«Te doy la virtud de que todos los sábados te has de convertir en serpiente desde el ombligo; pero si encuentras un hombre que te quiera por esposa, que te prometa no verte nunca el sábado y que no lo descubra, manifieste o diga a nadie, vivirás como cualquier otra mujer y de tí saldrá muy noble descendencia, que será de alto nombre. Si por el contra-

rio, eres descubierta por tu marido, retornarás para siempre al tormento que antes tenías hasta que el alto juicio de Dios te juzgue. Y aparecerás por tres días en la fortaleza que hagas y lleve tu nombre, cuando nazca el señor del castillo, y también cuando un hombre de tu linaje deba morir.» Después de esta maldición a Mélusine, las otras dos hijas de Pressine reciben también el funesto don.

Mélusine, se enamora de un joven caballero llamado Raimundo, sobrino del conde de Poitiers, y se casan sin que éste sepa quien es su mujer, respondiendo a su primo que le pregunta acerca de este asunto: «Yo no tomo mujer para que indagéis su origen, sino para mí: si me trae la desgracia o la dicha, a Dios agradecerá.» En los primeros meses de casados, Mélusine da a Raimundo los medios para conseguir del conde de Poitiers una tierra en las rocas y altos bosques, donde podía tomar tanta superficie como la que puede abarcar una piel de ciervo convertida en tiras. ⁽¹⁴⁾ La piel del ciervo cazado por los monteros de su esposo, así cortada, rodeó dos leguas de terreno donde construyó la villa de Lusignan, que gobernó con el hada y de la cual tuvo muchos hijos.

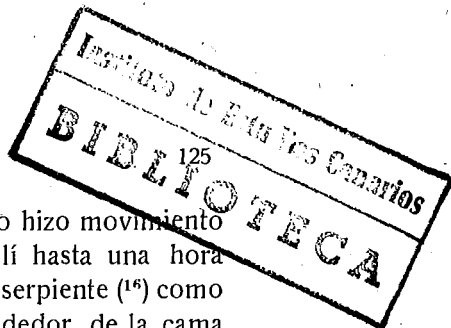
Mucho tiempo vivieron felices y en la grandeza, hasta que un día Raimundo sufrió la influencia de su hermano el conde de Forêt, y quiere saber lo que su mujer hacía el sábado: «Sois mi hermano, le dice, y no debo ocultar vuestro deshonor. La voz pública afirma que en ese día tu mujer se une a otro hombre; otros dicen y sostienen que es el espíritu de un hada que todos los sábados hace penitencia.» Las palabras del hermano de Raimundo ponen a aquél fuera de sí; quiere saber la verdad y la conoce sorprendiendo a Mélusine en el baño transformada en serpiente desde medio cuerpo abajo. Desde ese momento el encanto se rompe. Mélusine y su esposo se separan. ⁽¹⁵⁾

De esta leyenda y del asedio de la fortaleza de Lusignan, nació el emblema de Gadifer. Cuando dicha fortaleza tenía que

cambiar de señor, la serpiente aparecía tres veces en tres días consecutivos. «En cuanto a mí, escribe Juan de Arras, he oído decir a mi muy temido señor (el duque de Berry) que en el tiempo que Serswelde (Creswell) tenía la fortaleza por los ingleses, y que el sitio estaba dirigido por mi señor, Serswelle le dijo que ciertamente, poco tiempo antes de que la ciudadela se rindiera y estando acostado en su cama en el castillo de Lusignan con una mujer de Saucerre, llamada Alejandra, concubina suya, vió de pronto que surgió delante de su lecho una serpiente maravillosa, muy larga y gruesa, teniendo la cola siete u ocho piés, y como bordada de azul y plata, sin poder averiguar por donde entró, pues a aquélla hora todas las puertas estaban cerradas y atrancadas, viéndola perfectamente porque en la chimenea ardía un fuego que despedía muy clara luz.

Aquella serpiente iba y venía pasando su cola por sobre la cama sin hacer daño alguno. Serswelle dijo a monseñor, que nunca había tenido tan gran pavor, y que se incorporó en la cama y tomó la espada que tenía en la cabecera. La mujer que estaba con él, le dijo, (así lo recordaba Monseñor) «Cómo, Serswelle, vos que tanto valéis por vuestros hechos, tenéis miedo de esta serpiente? —Ciertamente, le contestó, porque es la dama de esta fortaleza y la que la hizo construir. —Sabed que no os hará mal, dijo Alejandra, nos viene a anunciar que es necesario abandonar la plaza». Serswelle afirmó que Alejandra nunca tuvo miedo, pero él jamás pudo sosegar. Después de un gran rato, la serpiente se transformó en una mujer alta y derecha, pareciéndole que estaba vestida con un grueso sayal y una especie de bovina debajo del pecho, y embozada con una cofia al modo antiguo.

«De esta manera que os he dicho, juró y afirmó Serswelle que la vió, y además dijo a monseñor que la mujer se sentó en un banco cercano a la chimenea. Una hora tuvo el rostro vuelto hacia la cama y la espalda al fuego, pudiendo vérselo muy bien la cara de muy bella mujer; y otra hora tuvo el ros-



tro vuelto al fuego, y en todo ese tiempo no hizo movimiento alguno. Y dijo Serswelle que permaneció allí hasta una hora antes del amanecer; luego se transformó en serpiente (16) como al principio y se fué arrastrando la cola alrededor de la cama y por sobre los pies de ésta, sin hacer daño; marchándose después tan repentinamente que no advirtió su partida, ni por donde se fué.

«Y esto se lo oí decir a monseñor y a muchos otros a quien Serswelle lo dijo, y juro por los votos que un hombre de honor puede hacer, que después de ver el hada fué rendida la fortaleza en breve tiempo a monseñor, que Dios la entregó por su esfuerzo.....»

El duque daba todavía algunos años más tarde los testimonios de Creswell, el comandante que rindió la fortaleza, así como el de otros que aún vivían veinte años después, tales como Godart e Ivon de Gilles, quienes vieron el hada dos veces sobre el muro de Lusignan cuando el sitio de la fortaleza. (17)

*
**

Veamos como esa leyenda pasa a España formando parte de los romances viejos correspondientes al Ciclo carolingio, fundiéndose con las hazañas de don Gaiferos y el rescate de Melisendra, hecho que por primera vez intentamos estudiar.



CAPITULO IV

DON GAIFEROS Y GADIFER

Entre los romances viejos del ciclo carolingio, descuellan en nuestra literatura los de Gaiferos (siglo XV) que pueden ser calificados de fronterizos por celebrar a un héroe que dominó en comarcas muy cercanas a España y sobre gentes del mismo origen que sus pobladores, siendo adversario duro y tenaz de los francos del Norte acaudillados por el padre de Carlomagno, que solo pudo deshacerse de aquél por medio del asesinato. La poesía épica transformó a Gaiferos en compañero del Emperador, colocándole en el número de los que encontraron la muerte en Roncesvalles.

Las luchas que sostuvieron los duques de Aquitania defendiendo la independencia de su país contra los francos septentrionales por una parte, y por otra contra los sarracenos, debieron engendrar leyendas, y como de costumbre, los hechos de unos personajes fueron atribuidos a otros y viceversa, pasando alguno de esos relatos legendarios a España ⁽²⁸⁾ formaron el *Ciclo de Gaiferos*, en cuyos romances no queda más rastro de la verdad histórica sino el nombre del protagonista.

Los dos primeros romances, que en su principio debieron formar uno solo, y juntos se repiten en la tradición oral de Asturias, relatan el intento de Galván, padraastro de Gaiferos, de

asesinarlo, como hizo con su padre, para casarse con su madre porque en el tierno infante presentía un vengador. La astucia de los escuderos, que presentan a Galván sólo un dedo del niño y el corazón de una perrita, salva la vida a Gaiferos. La segunda parte de la leyenda, o sea el segundo romance, narra el viaje de Gaiferos a París en compañía de un tío suyo, ambos disfrazados de peregrinos, la venganza que tomaron de Galván y el reconocimiento del héroe por su madre.

La tercera parte del ciclo de don Gaiferos, trata «de cómo sacó a su esposa que estaba en tierra de moros.» Es más largo que los anteriores, más reciente y de carácter juglaresco. Las aventuras de Gaiferos al libertar a su esposa Melisendra, han sido llevadas al teatro varias veces y fueron parodiadas en entremeses, járacas y mojíngangas, inspirando a los poetas. Mas, quien popularizó las aventuras del caballero francés, haciendo vivir para siempre en la memoria de los hombres a don Gaiferos y Melisendra fué Cervantes, al comentar en su obra inmortal aquella historia «sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gente y de los muchachos por las plazas,» y que maese Pedro mostraba en su mágico retablo.

He aquí un extracto de la 3.^a parte del romance: Gaiferos estaba jugando a las tablas con Guarinos «almirante de mar» cuando aparece Carlomagno que le echa en cara su descuido al no buscar a Melisendra, hija del Emperador y esposa de aquel, cautiva de los moros en Sansueña, (España). Avergonzado Gaiferos, se levanta decidido a rescatar su esposa; busca a Roldán, le pide su espada y su caballo, por haber prestado el suyo y sus armas a Montesinos; Roldán al principio se las niega, aunque luego se las entrega y parte solo dirigiéndose a Sansueña. Entra en la ciudad y pregunta a un cautivo cristiano que halló, si sabía de alguna dama de alto linaje que el rey Almanzor tuviese prisionera. El cautivo le da las señas de su esposa y las del palacio, en cuyas ventanas solía asomarse.

Llega el héroe a una gran plaza, enfrente estaba el palacio del rey moro, y asomada a una de las ventanas se le aparece Melisendra con otras cautivas cristianas de calidad. Gaiferos ve a su mujer, pero Melisendra no lo reconoce. Por sus blancas armas sabe que es uno de los doce pares de Francia, y le dice:

Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad...

Al fin Melisendra conoce que es su esposo quien le habla; se escapa del palacio, monta en las ancas del caballo de Gadifer y salen al galope. Los moros les persiguen de cerca; la dama se apea escondiéndose en un bosque, y el caballero se enfrenta con sus enemigos. La lucha fué larga, mas al fin el rey moro y los suyos huyen al conocer el nombre del héroe.

«Soy el infante Gaiferos,
señor de París la grande,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldane...»

Vencedor de sus enemigos, cabalgan de nuevo y tras largas jornadas entran en Francia, donde les recibe Montesinos. Siete leguas antes de llegar a París sale a su encuentro el Emperador seguido de Oliveros, Roldán, el infante Guarinos, don Bermúdez, don Beltrán y otros caballeros y damas del más alto linaje, que felicitan a los esposos y enaltecen el valor de Gaiferos, celebrando grandes festejos en su honor. Aquí termina el romance. ⁽²⁰⁾

¿Quién era Gaiferos? Según Eginardo, secretario de Carlomagno, hubo un noble de la Aquitania llamado Waifre o Wafario, enemigo de los francos con los cuales riñó duros combates. Según los romances, era amigo de Carlomagno y uno de los doce pares de Francia. Opinan los autores que de Waifre o Wafario se dijo Gaiferos; otros estiman que ese

nombre se deriva por corrupción del Ganfredo latino o del Godofre o Jofre español, que se ha escrito de diversas maneras: Gaifier, Gaiffier, Gayfier, Gafier, etc.; del cual se formó Gadifer.

¿Tiene Gaiferos alguna relación con Gadifer de la Salle, el conquistador de las Canarias? Así lo creemos; y suponemos no sin razón, que al primitivo personaje legendario se soldaron las hazañas de Gadifer, especialmente la tercera parte del ciclo de Gaiferos, que acaso le pertenezca toda ella.

Téngase en cuenta también que el nombre de Melisendra, Melisendra o Melisendis, posiblemente deriva del de la hada Mélusine. Obsérvese, además, que en la traducción inserta en la «Gran conquista de Ultramar», se lee «Melisén» que puede ser contracción de Melisendra o una mala pronunciación de Mélusine.

No es difícil tampoco suponer que el tercer romance del *Ciclo de Gaiferos* tenga su origen principal en el hecho de haber adoptado Gadifer al hada Mélusine como divisa, colocando su busto en la cimera del yelmo, y sellando los documentos con la figura del hada, después de la toma de Lusignan. Los juglares al forjar el romance con maravillosos sucesos caballerescos, transformaron el hada en una mujer de carne y hueso, suponiéndola hija del emperador Carlomagno, dándole el nombre de Melisendra, corrupción tal vez de la voz Mélusine, inventando que fué cautiva de los moros y después arrancada de sus manos por el esfuerzo y valentía de su esposo. ⁽²¹⁾

Y siendo esto así ¿no se encuentran en el romance suficientes concomitancias entre don Gaiferos y Gadifer de la Salle para sospechar que éste es el protagonista? ¿No jugaba Gadifer a las tablas con el duque Luis de Orleans según hemos visto, de igual modo que Gaiferos con el Emperador o con sus pares? ¿No partió de Francia para las islas Afortunadas donde peleó con los sarracenos, como llama «Le Canarien»

a los naturales de este archipiélago de igual modo que Gaiferos hizo en Sansueña? ¿No distaban estas islas (como el reino moro de Almanzor) las quinientas leguas de que hablan los romances exagerando el trayecto recorrido por su héroe? Cuando regresa Gaiferos a su patria ¿no se le vió entre los grandes de la Corte ostentando en su yelmo el busto de una hermosa dama.?

Y en lo expuesto, ¿no aparecen bastantes elementos para crear un romance caballeresco? Los juglares podrían alterar la época y algunos sucesos, pero no el fondo que es en donde hallamos una marcada similitud entre las aventuras atribuídas a don Gaiferos y las hazañas realizadas por Gadifer. A nuestro juicio, ambos personajes se funden en uno que es Gadifer, y en verdad, el tercer romance del Ciclo de Gaiferos solo narra las aventuras de Gadifer, identificando a Melisendra con Mélusine. Leyenda, tradición e historia, se aunan para ensalzar al primer conquistador de las Canarias.

La cronología confirma nuestro aserto. Gadifer muere por el año 1418 y el tercer romance del Ciclo de Gaiferos fué compuesto en la segunda mitad de ese mismo siglo; por consiguiente aparece después de la muerte del héroe, y este es un testimonio más que aducir a nuestra tesis.

Gadifer, como soldado, como caballero y como cristiano, es una noble figura de Francia, incomparablemente superior a la de Juan de Bethencourt; por eso su nombre lo recogió la historia y lo eternizó el pueblo en sus cantares de gesta.



NOTAS

El Ms. defectuoso de que nos hemos servido da lugar a que falten notas y otras carezcan de referencia en el texto. La nota 8 corresponde al texto de la pág. 30, lín. 30 y la 19 a la pág. 128, lín. 17.

(8) Gadifer y Boucicaut eran de una misma edad, según los historiadores franceses, y las hazañas de este último le habían elevado al cargo de mariscal cuando contaba sólo 25 años, siendo uno de los pocos a quien Gadifer reconocía como superior. Boucicaut fué nombrado gobernador de Génova, pero en 1409 los negocios se presentaron mal para los franceses en aquella ciudad, y Gadifer regresó a su patria. «Bella conversación, dice un cronista, con todos los caballeros en tan gran siglo, de agudo entendimiento entre grandes señores y damas que honraba y de los que fué honrado, particularmente al instituir en 1390 la Orden de la Dama blanca en escudo verde, que tenía por objeto proteger las viudas de los nobles arruinadas por la muerte de sus maridos.»

(9) Dice el ms. de Juan V: «Sucedió un día en el año 1404, que hallándose el señor Gadifer de la Salle muy pensativo, preguntóle el señor de Bethencourt lo que tenía y por que se mostraba con tan extraño semblante, y contestóle Gadifer que hacía ya mucho tiempo que se hallaba acompañándole y pasando grandes trabajos, y que le era muy desagradable ver que hasta entonces no había sacado de ello provecho alguno; y así que esperaba le cediese una o dos islas, a fin de ponerlas en valor y aumento para él y los suyos; y díjole además al dicho señor Bethencourt, que le cediese la isla de Erbania, y otra isla llamada Infierno y la Gomera, supuesto que estas islas no se hallaban aún conquistadas, y para dominarlas quedaba hartó que hacer...» (cap. LX.) Bethencourt no accede (cap. LXIII).

(10) Dice Boutier: «Después hemos procurado fortificarnos. Y Bethencourt ha comenzado un castillo en la pendiente de una montaña, junto a un arroyo de agua corriente, a una legua del mar, que se llama Rico-Roque.» (Cap. LXII, ed. Magry). Cuando regresa Gadifer de su expedición

Delany

a Gran-Canaria, «arribó al puerto de Jardins (?) y comenzó a fortificarse e hizo una torre a diez leguas de allí en una hermosa llanura cerca del bosque y de un riachuelo de agua corriente, la que se llama Torre de «Vau ta». «(Cap. LXIV.) Debe ser la torre de «Baltarhayz» del ms. de Juan V, o de Valtarajal en castellano. Por consiguiente, no es cierto que Gadifer construyera dicha torre en Fuerteventura cuando Bethencourt estaba en España, según afirma el cap. 87, ed. Gravier.

(11) Con tales auxiliares combatió a los naturales de Fuerteventura «y a los que pudieron coger vivos los envió el señor de Bethencourt a Lanzarote, para que al cuidado del rey de aquella isla, que había permanecido allí cuando el señor de Bethencourt partió con Gadifer para España, labraran la tierra y rehabilitaran las fuentes y cisternas, que Bethencourt había hecho destruir por Gadifer y sus compañeros, *durante la guerra que entre ellos tuvieron por ciertas causas*, siendo ahora muy necesarias dichas fuentes para abrevar el ganado tanto doméstico como salvaje... «(Cap. 73. ed. Gravier.) Las frases subrayadas declaran de un modo terminante que las hostilidades fueron muy duras entre ambos jefes, cuando Bethencourt llegó hasta a cegar los manantiales.

(12) Esa verdad se transparente en el ms. de Juan V, aunque su autor pretenda velarla con las hipócritas palabras de Bethencourt. Cuando Juan le Courtois regresa con los prisioneros, dice a su jefe: «No parece al oírles hablar (se refiere a Aníbal y Andrac) si no que ellos son los señores del país y que sin ellos nada se hubiera hecho; de suerte que a darles crédito, ni vos ni vuestra gente os halláreis en el estado en que os halláis.» «Callad, dijo Bethencourt, no es necesario que me habléis de esto, pues yo sé bien lo que pasa...» (Cap. 76.) Esas palabras no podía decírlas Juan le Courtois que fué uno de los tres hombres que quedaron a Gadifer afectos al barón; y por eso Bethencourt, que sabía el despojo que cometió a su compañero le dice a le Courtois que callara.

(13) La empezó en 1387 y la terminó en agosto de 1394. En 1401, Couldrette la puso en verso; en 1456 fué traducida al alemán por Thuring de Ringoltinguen, e impresa en Strasburgo en 1474; el texto francés lo fué en 1478. Según el investigador Rubió y Lluch (Doc. II, 221), Pedro IV de Aragón recompensa «a Joan d'Arras, maestre en art de trobar e de casa del duc de Bar.» Seguramente este Joan d'Arras es el autor del «Romanz de Mélusine,» escrito a ruego del duque de Berry. (Ramón Menéndez Pidal. *Poesía juglaresa y juglares*, pág. 130.

(14) Esta adquisición de terrenos cortando en tiras muy delgadas la piel de un animal, fué tomada sin duda, de la fundación de Cartago. Según la tradición consignada por Tito Livio, cuando la nobleza de Tiro emigró al Africa con la reina Elisaar a la cabeza (la Dido de los griegos y roma-

nos), solicitó de los naturales del país en que desembarcó el espacio de tierra que ocupara una piel de toro, la cual cortada en delgadas correas abarcó una gran extensión de terreno donde se levantó Cartago. La diferencia entre ambos relatos consiste solamente en la clase de animal elegido. Hoy sabemos que la aristocracia de Tiro no hizo otra cosa sino trasladarse a la antigua Byrsa fundada por los fenicios en Africa, que pasó a ser la fortaleza de la nueva ciudad.

(15) Seguramente Juan de Arras conocía los escritores clásicos, pues no se explican de otra manera las concomitancias que encontramos en su relato con los autores antiguos. Así, la fábula de Mélusine tiene marcada analogía con la alegoría de Psyquis y Cupido, inserta en «La metamorfosis o Asno de Oro» de L. Apuleyo, en la cual como Psyquis llegara a ver al dios del amor, su esposo, jamás podría contemplarle de nuevo. La curiosidad vence a la mujer y Cupido la abandona.

(16) La transformación del ser humano en un animal mediante el poder de la magia o de la hechicería, fué una creencia muy arraigada entre griegos y romanos, pasando a la Edad Media. Este cambio solo era en la forma externa, no en su esencia, conservando el individuo sus facultades anímicas. En la «Odisea», vemos que Circe invita a los compañeros de Ulises «y apenas hubieron bebido aquella mezcla envenenada, los tocó en la cabeza con una varita y los encerró en pocilgas transformados en cerdos, es decir en todo semejantes a dichos animales, *pero con el espíritu tal y como lo poseían antes...*» (Canto X, vs. 229 y siguientes).

(17) Cfr. Marie Novack, *Die Melusinsage* (Zurich, 1886) - H. Fröhlicher, *Trübrings von Ringoltingen M.* (Solothurn, 1889) - J. Kohler, *Der Ursprung der Melusinsage* (Leipzig, 1895) - Roy, *Mélusine* (Ligugé, 1898) - P. Magry, *La Conquête et les Conquistadors des Iles Canaries*, (París, 1896) - Baudot, *Les princesses Yolande, et les ducs de Bar* (París, 1900).

(18) Entre ambos países existía una corriente literaria; así vemos que «a los juglares del Duc de Berri, por dono semblantement a yr a escuelas... lx libras.» (Cámara de Comptos de Pamplona. R de C. 174, fol. 45.) También a los juglares españoles que van a Francia y Alemania, se les recomienda eficazmente. Siendo infante primogénito de Aragón Juan I, expide salvoconducto en Zaragoza, a 28 de marzo de 1386, para sus ministros «Jacobus de Troys et Gualterius de la Rota» que van a Francia y Alemania *ut in scolis proficiant musicorum*» (Rubió Lluch. Documentos. II. pág. 290.)

(19) Cervantes, que residía en Madrid el año 1609, presencié sin duda una danza de cascabel que salió aquel año por la fiesta del Corpus, intitulada: «Danza de Don Gayferos y rescate de Melisendra» la cual lleva-

ba nueve personajes: cuatro franceses, cuatro moros y la infanta Melisendra, un castillo encantado, un caballo de papelón pintado y don Gaiferos. (Pérez Pastor. *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVII y XVIII*, pág. 112.) Es muy posible que la vista de ese espectáculo sugirió en Cervantes la idea de llevar al «Quijote» la famosa aventura. Al celebrarse el tercer aniversario de la inmortal obra (1904), se hizo una curiosa y memorable reproducción del retablo de Melisendra en el «Ateneo de Madrid.»

(20) Entre el relato de Cervantes («Quijote», parte II, cap. XXII) y los romances del *Ciclo de Gaiferos*, existen diferencias de detalle. Así vemos que Cervantes identifica la ciudad de Sansueña con la de Zaragoza, cuando en realidad nada se ha podido averiguar acerca de ella ni donde estaba situada. También alteró el romance al suponer que a Melisendra la tenían encerrada en una torre de la Aljafería que está fuera de la población y el romance nos dice que el palacio donde la tenían se alzaba en la plaza más grande de la ciudad. Llama Marsilio al rey moro de Sansueña (quizá por recordar al protagonista del romance viejo «La fuga del rey Marsilio», eco lejano de la «Chanson de Roland») cuando el nombre consignado en los romances es el de Almanzor. Por último, a la narración añade que un noble moro besa a Melisendra, quizá para dar más variedad e interés al conjunto.

(21) Fuentes españolas: M. Menéndez y Pelayo, al cual seguimos: *Tratado de los romances viejos* (T. II, págs. 378-387); - Nigra, *Canti popolari del Piemonti* (Turin, 1888) - M. Milá y Fontanals. *De la poesia heróico-popular castellana* (Barcelona, 1861) - Los romances del «Ciclo de Gaiferos» con sus variantes, pueden leerse en la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez y Pelayo (T. IX, págs. 57 - 72, 255, 326; y t. X, págs. 66-310.)

Fuentes francesas: - E. Monstrelet, I vol. Cron. VI, 56 - Bédier, *Les légendes épiques* - H. Suchier, *Chanson de geste* (publicada por primera vez) 2 vol. in-8.º (Société des anciens textes français) París, 1898 - Ern. Langlais, *Table des noms propres compris dans la Chanson de geste*, fols. 245-6. París, 1904.

INDICE

	<u>Págs.</u>
La figura y la obra del historiador Buenaventura Bonnet, 1883-1951, por Elías Serra	7
Gadifer de la Salle, primer conquistador de las Islas Canarias. Introducción del autor.	25

PRIMERA PARTE

GADIFER EN LAS CANARIAS: SUS ADVERSARIOS

Capítulo I Juan de Bethencourt	35
› II Bertin de Berneval	41
› III Enguerran de la Boissiere	49

SEGUNDA PARTE

GADIFER Y LOS INDIGENAS

Capítulo I El isleño Asche	59
› II Gadifer somete Lanzarote	65
› III Penalidades de la conquista	73

TERCERA PARTE

LA RUPTURA DE LOS JEFES DE LA EXPEDICION

Capítulo I Gadifer y Bethencourt frente a frente	83
› II Falso viaje de Gadifer a España	91
› III Los compañeros de Gadifer después de la partida de su jefe	99

CUARTA PARTE

Págs.

FIN E INMORTALIDAD DE GADIFER

Capítulo I	Gadifer regresa a Francia	109
» II	Inmortalidad de Gadifer	115
» III	Gadifer y el hada Mélusine	121
» IV	Don Gaiferos y Gadifer	127
Notas		133
Índice		137

PUBLICACIONES
DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
Y ALGUNAS OTRAS REFERENTES A CANARIAS

MONOGRAFÍAS

- | | | |
|-------|---|------|
| I. | Oscar Burchard, <i>Testudo Burchardi E. Ahl. El primer gran fósil hallado en Canarias</i> , 15 pp. y 2 láms. (25/17). 1935. | 5.— |
| II. | Emeterio Gutiérrez López. <i>Historia de la Ciudad de Icod de los Vinos</i> , 204 pp. (22/15). 1941. Agotado. | |
| III. | Juan Alvarez Delgado. <i>Puesto de Canarias en la investigación lingüística</i> , 56 pp. (24/17). 1941. | 10.— |
| IV. | Juan Alvarez Delgado. (<i>Miscelánea Guanche. Benahoare.</i>) <i>Ensayos de lingüística canaria</i> . 178 pp. (22/14) 1942. Agotado. | |
| V. | Gonzálo Pérez Casanova. <i>Una nueva especie de Estronglido parásito sobre la Hyla meridionalis Boettger. Contribución al estudio de los nematodos parásitos de los vertebrados</i> . 14 pp. más 2 láminas (23/16). 1943. | 10.— |
| VI. | Guillermo Camacho Pérez-Galdós. <i>La Hacienda de los Principes</i> . 96 pp. más 3 láms. y 2 planos (22/16) 1943. | 20.— |
| VII. | Buenaventura Bonnet Reverón <i>Las Canarias y la conquista franco-normanda. I - Juan de Betéhencourt</i> . 168 pp. más 6 láms. y 2 mapas. (22/16) 1944. | 24.— |
| VIII. | Juan Alvarez Delgado. <i>Teide. Ensayo de filología tinerfeña</i> . 88 pp. más 3 láminas (24/16'5). 1945. | 15.— |
| IX. | Josep Miracle. <i>La leyenda y la historia en la biografía de Angel Guimerá</i> . 204 pp. más 10 láms. (21/15). 1952. | 30.— |
| X. | Buenaventura Bonnet Reverón. <i>Las Canarias y la conquista franco-normanda. II - Gadifer de la Salle</i> pp. 183 (22/12) 1954. | 25.— |

- XI. Sebastián Padrón Acosta. *El Teatro de Canarias. La fiesta del Corpus*. 100 pp. más 1 lám. (26/16) 1954. 25.—
- XII. Hans M. Hausen. *Hidrografía de Canarias*. (en prensa).

FONTES RERUM CANARIARUM

Colección de textos y documentos para la historia de Canarias.

- I. *Conquista de la Isla de Gran Canaria. Crónica anónima conservada en un Ms. de la Biblioteca de La Laguna*. Texto e introd. de Buenaventura Bonnet y Elías Serra Ráfols. XXIV más 44 pp. (28/21). 1934. Agotado.
- II. *Una fuente contemporánea de la Conquista de Canarias: La «Crónica de los Reyes Católicos» de Mosén Diego de Valera*. Estudio preliminar y notas al capítulo XXXVII por Emilio Hardisson y Pizarroso. XX más 44 pp. y 8 láminas y facsímiles en hueco-grabado. (28/21). 1934 20.—
- III. Leopoldo de la Rosa y Elías Serra Ráfols. *El Adelantado D. Alonso de Lugo y su residencia por Lope de Sosa*. XLVIII más 200 pp. y 2 láms. y cubierta heráldica en policromía (28/21.) 60.—
- IV. *Acuerdos del Cabildo de Tenerife, 1497-1507*. Edición y estudio de Elías Serra Ráfols. XX más 220 pp. y una lám., un mapa y cubierta heráldica en policromía. (28/21) 1949. 60.—
- V. *Acuerdos del Cabildo de Tenerife, II, 1508-1513. Con un apéndice de documentos sobre el gobierno de la Isla hasta 1513*. Edición y estudio de Elías Serra Ráfols y Leopoldo de la Rosa. Homenaje del Instituto de Estudios Canarios a los Reyes Católicos en el V centenario de su nacimiento. XXXVI más 312 pp., 2 facsímiles y cubierta heráldica policromada. (28/21). 1952. 100.—
- VI. *Reformación del Repartimiento de Tenerife en 1506 y Colección de documentos sobre el Adelantado y su gobierno*. Homenaje del Cabildo Insular de Tenerife a la memoria de los Reyes Católicos en el V centenario de su nacimiento. XVI más 270 pp. y tres láms. facsímiles. Cubierta heráldica policromada. (28/21) 1953. 80.—

OBRAS DE DON JOSE RODRIGUEZ MOURE

- Historia de las Universidades Canarias*. 148 pp. y una lám. (24/18) 1933. Agotado.
- Guía histórica de La Laguna*. 432 pp. y una lám. (24/17) 1935. 30.—

CONFERENCIAS Y LECTURAS Cubiertas ilustradas en color.

- I. Andrés de Lorenzo-Cáceres. *Las Canarias de Lope*. 28 pp. (24/18) 1935. Agotado.
- II. Agustín Espinosa. *Sobre el signo de Viera*. (24/18) Agotado.
- III. Andrés de Lorenzo-Cáceres. *Malvasía y Falstaff. Los Vinos de Canarias*. 56 pp. más una lám. y una hoja color (24/18) 1941. Agotado.
- IV. Andrés de Lorenzo-Cáceres. *La poesía canaria en el Siglo de Oro*. (25/18) 1942. Agotado.
- V. Alfredo de Torres Edwards. *La pintura en Canarias*. (25/18) 1942. Agotado.
- VI. Amaro Lefranc. *Lo Guanche en la música popular canaria*. 24 pp. (25/18) 1942. Agotado.
- VII. Marqués de Lozoya. *Don Félix Nieto de Silva, en Canarias*. 26 pp. y 2 láms. (24/17) 1948. 10.—

COLECCION RETAMA

- I. E. Gutiérrez Albelo. *Cristo de Tacoronte*. Poemas. 114 pp. (17/11) 1944. Agotado. 2.ª edic. 1940. 15.—
- II. Manuel Verdugo. *Huellas en el Páramo*. Versos. 152 pp. y un retrato (17/11) 1945. 20.—
- III. Luis Diego Cuscoy. *Solveig, Latitud de mi Isla*. Poema. 144 pp. (21/16) 1953. 20.—

TRADICIONES POPULARES

- I. *Palabras y cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario*. Prólogo de E. Serra Ráfols. 224 pp. con 47 grabados (22/16) 1944. 50.—
- II. Luis Diego Cuscoy. *Folklore infantil*. 264 pp. (22/16) 1943. 50.—
- III. José Pérez Vidal. *La Fiesta de S. Juan en Canarias. Ensayo folklórico*. 100 pp. (22/16) 1945. 20.—

OTRAS PUBLICACIONES DEL INSTITUTO, FUERA DE SERIE

- Dacio V. Darias y Padrón. *Breve resumen de la Historia de Canarias*. 256 pp. (19'5/13'5) 1934. Agotado.
- José Peraza de Ayala. *Las antiguas ordenanzas de la isla de Tenerife. Notas y documentos para la historia de los municipios canarios*. 120 pp. (27'5/20'5). 1935. 20.—
- TAGORO**, Anuario del I. de Estudios Canarios, I, 1944. 234 pp. y 50 láms. en negro y colores (25/18) (Hay separatas de sus artículos y documentos). 80.—

PUBLICACIONES DE INTERES CANARIO DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

(PEDIDOS A LA MISMA)

José Escobedo y González Alberú. *La Universidad de Canarias. Apuntes para su historia desde su primera fundación en 1711 hasta el presente.* Madrid, 1928.

Elías Serra y Ráfols. *Los portugueses en Canarias.* Discurso inaugural del año académico 1941-42. 84 pp. y un mapa (23/17). Agotado.

Antonio González González. *Primeros resultados sobre el estudio químico de la flora canaria.* La Laguna, Secretariado de Public. de la Univ., Disc. apert. 1949-1950. 50 pp. (23'5 x 17).

Sebastián de Lugo. *Colección de voces y frases provinciales de Canarias.* Ed., prólogo y notas de José Pérez Vidal. Fac. de Filosofía y Letras, publ. núm. 2. 1946. 204 pp. con grabados (20/14).

Enrique-Manuel Pareja Fernández. *El Manuscrito Luliano Torcaz I, del Seminario de Canarias.* Con una introducción acerca de los franciscanos de Fuerteventura por Elías Serra Ráfols. Fac. de Filosofía y Letras, publ. núm. 3. 1949. 50 pp. más 2 láminas (20/15).

REVISTA DE HISTORIA. Dedicada a estudios de Historia, Lingüística y Literatura relacionados con las Islas Canarias. Fundada en 1924 y publicada desde 1941 por la Facultad de Filosofía y Letras de la Univ. de La Laguna, debe aparecer en cuadernos trimestrales. Último núm. publicado, el 100, octubre-diciembre de 1952 (24/17). Existen separatas de la mayoría de sus artículos, además de formar algunas de ellas series especiales, que abajo se enumeran.

Publicaciones del Laboratorio de Arte: (Separatas profusamente ilustradas de REVISTA DE HISTORIA).

- I. Sebastián Padrón Acosta. *El pintor don Juan de Miranda.* (1723-1805).
- II. Sebastián Padrón Acosta. *La vida del pintor Valentín Sanz a través de sus cartas.* (1849-1898).
- III. Miguel Tarquis García. *El pintor don Juan Manuel Rodríguez Botas y Ghirlanda.* (1882-1917).
- IV. Jesús Hernández Perera. *Planos de Ventura Rodríguez para la Concepción de La Orotava.*
- V. J. M.^a Balcells y Pinto. *Las tablas de Taganana.*

15.—

12.—

Publicaciones del Seminario de Filología Románica, Univ. de La Laguna.

- Juan Régulo Pérez. *Cuestionario sobre palabras y cosas de la isla de La Palma*. 199 pp. más 8 láms. (22/15) Agotado.
- II. Francisco López Estrada. *Catálogo de incunables y libros raros*. (Bibl. Universitaria de La Laguna). I /Lenguas ibéricas/ 1492-1600, 72 pp. más 15 láms. (23/16'5). 20.—
- III. Francisco López Estrada. *Catálogo de incunables latinos*. (Bibl. Universitaria de La Laguna). IV. 16 pp. más 6. láms. (23/16'5). 10'—
- IV. Juan Régulo Pérez. *Los periódicos de la isla de La Palma (1863-1948)*. 84 pp. 50 grabados. (23/16'5) 20'—
- Las tres últimas publicaciones, separatas de REVISTA DE HISTORIA.
- José Peraza de Ayala. *El régimen comercial de Canarias con las Indias en los siglos XVII y XVIII*. Facultad de Filosofía y Letras, 1952. 194 pp. y 4 láms. (23/16). 100'—

OBRAS DE INTERES CANARIO PUBLICADAS POR OTROS INSTITUTOS DEL C. S. DE I. C.
(PEDIDOS AL MISMO)

- Juan Alvarez Delgado. *Sistema de numeración norte-africano*. 1947. 188 pp. (24/17). 30'—
- B. Bonnet Reverón. *Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV*. 1946. 136 pp. (24/17). 12'—
- Comedia de N. S. de la Candelaria*. Ed., prólogo y notas de María Rosa Alonso. 1946. 168 pp. (25/17). 15'—
- Florentino Pérez Embid. *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*. 1948. 378 pp. más 35 láminas, en tela (22/16). 75'—
- A. Rumeu de Armas. *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. 3 tomos en 5 volúmenes. 1951. T. I. 718 pp. más 61 láms. y 64 figs.; II, 1.^a y 2.^a partes, 982 pp. 50 láms. y 171 figs.; y III, 1.^a y 2.^a partes 1.232 pp., 80 láms. y 124 figs. Tela (28/20). 650'—
- María Rosa Alonso. *El poema de Viana*. 1952. 700 pp. y 8 facsímiles en láms. (25/17). 100'—
- A. Rumeu de Armas. *Alonso de Lugo en la corte de los Reyes Católicos. 1496-1497*. 1954, 220 pp. 28 láminas (25'5/17'5). Sin precio.
- Lope Antonio de la Guerra y Peña. *Memorias. (Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII)*. Cuaderno 1, años 1760-70. 1951. 160 pp. y 4 láms. (24/16).

- José Pérez Vidal. *Galdós en Canarias (1843-62)*. El Museo Canario. 1952. 48 pp. ilustraciones. (20/13).
- H. Chonon Berkowitz. *La Biblioteca de Pérez Galdós. Catálogo razonado precedido de un estudio*. El Museo Canario, 1951, 228 págs. (21⁵/15⁵).
- Dominik Josef Wölfel. *Don Juan de Frias, el gran conquistador de Gran Canaria*. El Museo Canario. 1953. 50 págs. (25/16⁵).

ALGUNAS OTRAS PUBLICACIONES CANARIAS RECIENTES, DE INTERES CIENTIFICO DEBIDAS A MIEMBROS DE ESTE INSTITUTO, PERO EDITADAS POR OTROS ORGANISMOS O POR EMPRESAS PRIVADAS.

- Buenaventura Bonnet y Reverón. *La Junta Suprema de Canarias*. Prólogo del Dr. Antonio Rumeu de Armas. Real Sociedad Económica de Amigos del Pais de Tenerife, 1948. CLIV más 800 pp., y 15 láminas. (16/22). 150'—
- José de Viera y Clavijo. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Edición definitiva, publ. con Introducción, Notas, Índices e Ilustraciones a cargo de una Junta editora bajo la dirección del Dr. Elías Serra Ráfols. Santa Cruz, Goya-Ediciones, 3 volúmenes de CXXIV más 448 pp. 824 pp. y 618 pp. respectivamente, todos ilustrados profusamente con láminas, mapas y dibujos y encuadernados en tela. 1950-52. (24/17). 1.000'—
- Fray Alonso de Espinosa. *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Introducción de Elías Serra Ráfols, Buenaventura Bonnet y Néstor Alamo. Santa Cruz, Goya Ediciones, 1952. LXIV más 224 pp. y 3 láms. (15/21).
- Buenaventura Bonnet y Reverón. *El Santísimo Cristo de La Laguna y su culto*. La Laguna, Pontificia, Real y Venerable Esclavitud del Santísimo Cristo, 1952. 228 pp. y 6 láminas (22/16). 55'—
- Leoncio Afonso. *Esquema de Geografía Física de las Islas Canarias*. La Laguna, 7 Islas, Régulo, editor, 1953. 88 pp. más 7 mapas plegados escala 1/200 mil, dos bloques-diagramas y numerosos croquis y grabados (25/17). 30'—
- Nobiliario de Canarias*, obra que escribió Don Francisco Fernández de Bethencourt... ahora ampliada y puesta al día por una Junta de especialistas. La Laguna, 7 Islas, Régulo, editor, 3 volúmenes, 1952 y sigs. (en curso de publicación); vol. I. LX más 968 pp.; vol. II. Densamente ilustrados con numerosísimas láminas y encuadernados en tela o piel. (24/17).

- Leopoldo de la Rosa Olivera. *Evolución del régimen local en las Islas Canarias*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración local, 1946. 256 pp. (25/18). 30'
- Sebastián Padrón Acosta. *El escultor canario Don Fernando Estévez (1788-1854)*. Santa Cruz de Tenerife, Imp. Cat., 1943, 24 págs. 4 láms. (22/16).
- Sebastián Padrón Acosta. *Don Luis de la Cruz, pintor de cámara de Fernando VII*. La Laguna, 7 Islas, J. Régulo-editor, 1952. 94 pp. más 15 láms. (22/15'5).
- José Pérez Vidal. *Endechas populares en trístrofos monorrimos. Siglos XV-XVI*. La Laguna, 7 Islas, J. Régulo-editor, 1952. 64 págs. con 8 grabados (22/16).
- Sebastián Jiménez Sánchez. *Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria, del Plan nacional de 1942, 1943 y 1944*. Madrid, Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias, núm. 11: 1946. 156 pp. más 76 láms. (25/18).
- Juan Alvarez Delgado /y Luis Diego Cuscó/. *Excavaciones arqueológicas en Tenerife [Gomera y el Hierro]*. (Canarias). Plan nacional 1944-1945 /y 1946/. Ministerio de Educación Nacional, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, núm. 14. 1947. 192 pp. con 33 grabados y 19 láms. (25/18).
- Luis Diego Cuscó. *Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales. Yacimientos de Tenerife y la Gomera (1947-1951)*. Introd. por Julio Martínez Santa-Olalla. Madrid, Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, núm. 28. 1953. 156 pp. con 28 grabados y 29 láms. (25/18).
- /Simón Benítez Padilla/. *Gran Canaria a mediados del siglo XIX según un manuscrito contemporáneo (con dibujos)*. Las Palmas de Gran Canaria, Ed. del Excmo. Ayuntamiento, III, 8 ps. s. n. más 76. 1950. (21/16).
- Vecindario de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna en el siglo XVI*. Transcripción y anotaciones de Leopoldo de la Rosa y Elías Serra Ráfols. La Laguna de Tenerife, Real Soc. Económica de Amigos del País de Tfe., 1949, 24 págs. (24/17).
- Ventura Doreste. *Plácido Fleitas. Un estudio sobre su obra con 20 reproducciones*. Las Palmas de Gran Canaria, 1950, 14 pp. más 16 láminas. (23/16).
- Pedro Cullen del Castillo. *Nicolás Massieu, pintor de Gran*

- Canaria.** Las Palmas de Gran Canaria, 1952. Ed. del Excmo. Ayuntamiento. 70 pp. ilustradas. (25/19)
- Alfonso de Armas Ayala. *Don Luis de la Cruz y su época.* Puerto de la Cruz, Inst. de Est. Hispánicos, 1953, 16 pp. (21/16).
- Sebastián Padrón Acosta. *Centenario de Valentin Sanz. El paisaje canario del siglo XIX y la pintura de Valentin Sanz.* Santa Cruz de Tenerife. 1950, 164 pp. (19/13).
- Luis Ceballos Fernández de Córdoba y Francisco Ortuño Medina. *Estudio sobre la vegetación y la flora forestal de las Canarias Occidentales.* Madrid, Ministerio de Agricultura, Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, 1951. 466 pp. (27/20). 250'—
- Julián Cirilo Moreno. *De los puertos de la Luz y de Las Palmas y otras historias.* Las Palmas de Gran Canaria, «El Gabinete Literario», 1947. 242 pp. (21/16'5).
- Pedro Agustín del Castillo. *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias, acabada en 1737* por—. Ed. crítica, estudio bio-bibliográfico y notas por Miguel Santiago, Las Palmas (Madrid), El Gabinete Literario, 1949-1950, publicados dos fascículos XVIII más 488; 489-688. (25'5/18). 300'—
- Libro Rojo de Gran Canaria o Gran Libro de Provisiones y Reales Cédulas.** Introducción, notas y transcripción por Pedro Cullen del Castillo, Las Palmas de Gran Canaria, Ed. del Excmo. Ayuntamiento, II. 1947, 196 pp. 7 facsímiles, (32/22).
- Apuntes biográficos.** [Millares, Mesa, Artilles, Quesada, Morales, Inglott, Morales (T), Martínez de Escobar, Hurtado de Mendoza, Pérez Galdós (General)], Las Palmas de Gran Canaria, Círculo Mercantil, 1951. 150 pp. (21/15'5).
- Telesforo Bravo. *Aportación al estudio Geomofológico y Geológico de la Costa de la fosa Sectónica del Valle de la Rotava.* Madrid, R. Sociedad Española de Htra. Natural, 1952, 28 pp. más 6 láms. (24/17).
- Alejandro Carlos Györkö. *La tepra en el Archipiélago Canario.* Las Palmas, 1952, 8. mas 30 más 4 más 24 hojas de anexos (Gráficos y láms.) (31'5/21)

